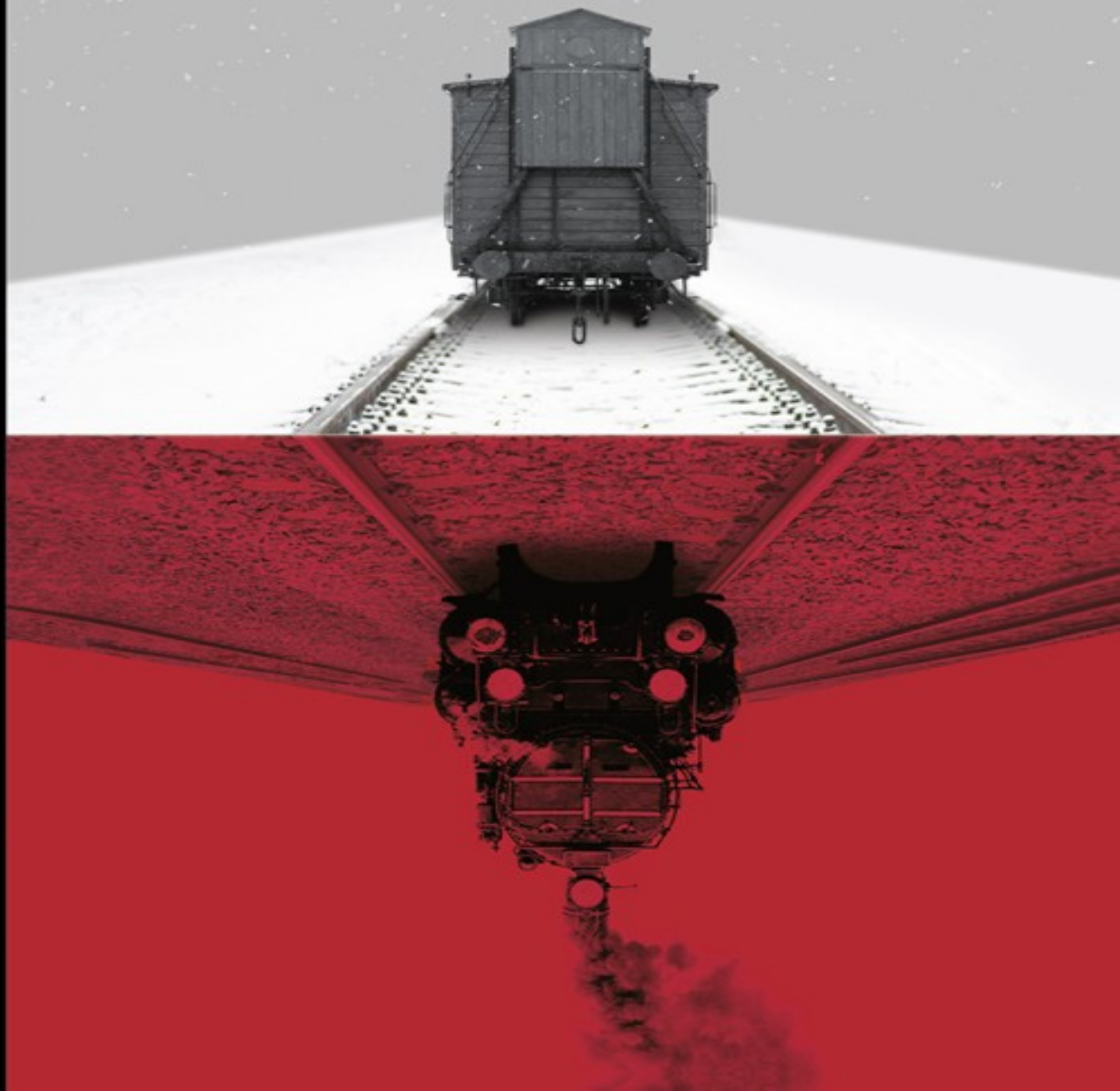
ALFAGUARA

Alejandro Páez Varela

Los vendedores de almas



Narrativa Hispánica

Los vendedores de almas

Alejandro Páez Varela

Los vendedores de almas



A la memoria de mis padres, Guadalupe y Aurelio

Para mi compañera Dani y para mis hijos, Aurelio Lucio y Alejandro Camilo

Primera parte
Selanik

1.

Era Ana Blanco una mujer hermosa y delicada. Su piel respondía a su apellido y su cabello rojo y abundante se veía aún más rojo y abundante cuando lo llevaba suelto porque se inflaba en una borla espesa que no le tocaba los hombros. Los dedos de sus manos eran delgados y finos como escurrimientos de miel, y, aunque era ligera como la vara de las flores de ajo, se podía advertir una extraña fortaleza en su gesto.

Ana Blanco era, sin embargo, una mujer complicada. Padecía desde niña espasmos que la sustraían, que la dejaban muda y viendo un punto indefinido, con los ojos abiertos y la mandíbula caída. Había que estrujarla por los hombros y obligarla a cerrar los párpados como se hace con los muertos, si es que se deseaba volverla en sí, aunque el más viejo en la casa de los Blanco había recomendado no despertarla de golpe y, por el contrario, permitirle soñar, o meditar, o cualquier cosa que hiciera mientras se quedaba suspendida. Y sólo la interrumpían cuando era muy necesario: si el espasmo le daba caminando por la calle o por el mercado, o si había visitas importantes en casa, o si la sorprendía la tarde a la intemperie con un frío de los que hacen perder el oído y el tiempo.

Su belleza y aquella particularidad daban a Ana Blanco un aire de santa que no gustaba a su familia y mucho menos a los habitantes del puerto, que en su mayoría eran griegos, macedonios y otomanos; católicos adoradores de Demetrio de Tesalónica, musulmanes, judíos e impíos. Cualquiera podría decir que Ana Blanco era una santa nacida en el lugar equivocado, en la ciudad equivocada, en la familia equivocada, con apellido equivocado y en un año equivocado. El abuelo Blanco era quien lo decía así, en tono

de broma, aunque de inmediato acotaba: “Pero no hay en Selanik una niña más hermosa que mi Ana. Ella es la verdadera novia del golfo Termaico. Todos los ríos llegan aquí a visitarla: Aliakmón, Galikós y Axios”.

Paradójicamente, Ana Blanco era de una salud física estable. La alcanzaban en ocasiones las enfermedades de temporada y, desde su vida adolescente, las afecciones propias de una mujer. Comía bien y dormía las horas que le correspondían; rendía en el trabajo y daba más cuando era necesario, y casi siempre era necesario porque el hilado y la confección, empresa de la familia, eran realmente extenuantes a causa de su buena fama. Piezas salidas de la casa de los Blanco llegaron a todo el Imperio otomano en esos años, de Esmirna a El Cairo, y su hilo fresco fue enviado a clientes exquisitos que estaban dispuestos a pagar su precio en Jerusalén, Alejandría o Constantinopla.

Pero Ana Blanco vivía atormentada y no por aquellos espasmos, sino porque había nacido con el don de la adivinación.

Y a causa de ese don tan peculiar llevó la vida con angustia, contando los días para que una tragedia, una gran tragedia que se le había revelado en sueños y espasmos, alcanzara a los que la rodeaban.

Era Ana Blanco una mujer hermosa y delicada que sufría a causa de la gran tragedia que aguardaba en el porvenir.

2.

Ana Blanco pudo advertir, en los ojos de José Galante, la tragedia que aguardaba.

—¡No, no! —le gritó.

Él no quiso escucharla.

Fue la noche en que arrestaron a Sabbatai Zevi, conocido también como Shabtai Tzvi y Sabetha Seri, o, en hebreo, שַׁבְּתַאי צְבִי.

En medio de la multitud, a pesar de la advertencia, José Galante levantó la mano y lanzó una piedra que iba dirigida al rabino de la sinagoga de Har Gavoa pero dio en el rostro de Moses de Gaza, hombre regordete y de corta estatura, tan ciego como canario en el fondo de una mina.

Momentos antes, un tumulto compuesto casi en su mayoría por hombres se arremolinaba en torno a Sabbatai Zevi.

Era el año de 1666.

—¡Sálvate a ti mismo! —le gritaban unos.

—¡Rabí, Mesías, sálvate a ti mismo! —repetían otros.

Sabbatai Zevi decidió no resistirse al arresto aun cuando era sabido que disponía de los milagros como quien mete un cántaro a la noria.

Con Sabbatai Zevi estaba su mujer, Sarah Querido, una prostituta arrepentida que había recorrido parte de Europa en busca del Mesías porque así se lo dijo Dios en un sueño cuando tenía doce años: "El Mesías está por aparecer. Ve a él".

Sarah Querido escapó del convento católico en el que había pasado parte de su infancia, y emprendió el viaje. "El Mesías está

por aparecer. Ve a él", le dijo Dios, y ella no tenía intención de negarse.

Las monjas católicas la habían recogido a los seis años después de que sus padres fueran asesinados durante una masacre cosaca de judíos y polacos en Chmielnicki. De entre las ruinas de su propio pueblo fue rescatada "para la gloria y honra de Jesús", como decían las monjas. Pero no podía ser así. Sarah Querido se sabía judía y esperaba una oportunidad ventajosa para confirmárselo.

Los partidarios de Sabbatai Zevi, que no eran pocos y estaban regados por todo el mundo conocido, contarían a los interesados que, durante años, Sarah Querido entregó su cuerpo a los hombres por pan. Que vivió un tiempo en Ámsterdam y fue a distintas ciudades siguiendo el rastro de su Mesías.

También se dijo, en las tabernas y en lugares menos santos, que durante el coito con desconocidos Sarah Querido pronunciaba el nombre de quien había llegado al mundo para librarlo de la inmundicia.

"¡Sabbatai, Sabbatai!", repetía ella durante el sexo, según se decía.

Para deshonrarla, algunos lo consideraban una blasfemia.

Sabbatai Zevi, nacido en Esmirna el primero de agosto de 1623, oyó hablar de Sarah Querido. Era entonces un joven rabino reconocido por su sabiduría; vivía en El Cairo, alimentado por mecenas, cuando le contaron de una prostituta polaca que "buscaba al Mesías" y lo llamaba por su nombre: "¡Sabbatai, Sabbatai!".

Conmovido, Sabbatai Zevi pidió que la ubicaran y vieran los medios para traerla a su presencia. No fue difícil para la grey: la búsqueda dio fruto y el gozo fue grande.

Sarah Querido y Sabbatai Zevi se casaron en Jerusalén en 1664, justos dos años antes de aquella noche en que jenízaros otomanos los sacaron de su casa en Tesalónica —o Selanik, como la llamaban los judíos.

Fue esa misma noche en la que Ana Blanco pudo ver, en los ojos de José Galante, que una tragedia inenarrable se avecinaba.

—¡No, no! —gritó Ana Blanco a José Galante. Pero él no quiso escucharla.

Ana Blanco tenía en esas fechas apenas edad casadera y no había conocido hombre. Y estaba allí, en la multitud, porque se vio atrapada, junto a su padre y a José Galante, en la breve rebelión contra las autoridades otomanas, que, azuzadas por los treinta rabinos de Salónica, acudieron a casa de Sabbatai Zevi para arrestarlo por apóstata y falso profeta.

Ana Blanco vio horrorizada cuando José Galante tomó la piedra. Fue allí donde todas las cosas cambiaron para ellos y sus familias.

Pero tan sólo unos meses después nadie recordaría estos eventos que cambiaron la historia.

José Galante erró el tiro y dio a Moses de Gaza, quien cayó sobre sus rodillas. Regordete y de corta estatura, tan ciego como canario en una cueva, besó el suelo, pero la multitud no lo vio porque tenía puesta la atención en Sabbatai Zevi y en Sarah Querido, su mujer, que justo en ese momento eran conducidos a empujones a las afueras de la ciudad amurallada.

Los hombres proferían amenazas y maldiciones a los rabinos que habían entregado a su Mesías; les lanzaban escupitajos y ellos traban de resguardarse entre los guardias otomanos.

Moses de Gaza quedó tendido sobre la tierra, herido de muerte y no por la piedra de José Galante, que ciertamente le dio plena en el rostro, sino porque la multitud caminó sobre él, provocándole estallamiento de vísceras.

Los soldados del Imperio otomano se llevaron a Sabbatai Zevi atado de manos y pies hacia el este, con rumbo de Constantinopla, seguido por la multitud. Moses de Gaza emitía quejidos apenas perceptibles.

Y detrás del carro jalado por bestias al que subieron a Sabbatai Zevi iba Sarah Querido, a paso veloz, gimiendo:

—Sabbatai, Sabbatai.

Alguien dijo que Sarah Querido exclamó "¡Sabbatai, Sabbatai!" cuando, al cruzar las murallas de Tesalónica, un soldado lastimó con una lanza las costillas del Mesías y de la herida no brotó sangre: brotó miel.

3.

El asesinato de Moses de Gaza no pasó inadvertido. Los rabinos abordaron el evento varias noches después del arresto de Sabbatai Zevi y llegaron a la conclusión de que era mejor no alimentar el malhumor social y el miedo entre los judíos de Salónica.

Algunos creyentes de Sabbatai Zevi negaron al nacido en Esmirna; sin embargo, eran más los que mantenían que era el Mesías. Por unos y por otros, razonaron los treinta rabinos, no era bueno traer a cuento el asesinato.

Acordaron, eso sí, que un grupo de ellos iría a la casa de José Galante para advertirle que bajo ninguna regla, de esta tierra o del cielo, podría ser exculpado por su crimen.

Y la advertencia fue tomada por la familia Galante con seriedad: se convenció de que era momento de dejar Salónica, donde sus antepasados habían llegado de España en 1499 —después de un breve y lastimoso tiempo en Portugal— atraídos por el Imperio otomano, que buscaba revigorizar ciudades opacadas y despobladas por las recientes y continuas invasiones, las guerras dinásticas y la peste que azotó los Balcanes.

Selanik había sido hogar de los Galante, refugio después de la expulsión de la península Ibérica. Allí se habían dedicado por más de 150 años a la confección y venta de telas y piezas terminadas, y se sentían en paz aun cuando los impuestos eran altos para los negocios judíos. Huir les traía enorme tristeza.

Sopesaron sus opciones. Los viejos en la familia Galante tenían noticias de que un grupo cada vez mayor de judíos había emigrado de España y Portugal hacia Cochin, India, y que se habían unido a una comunidad que entendía el ladino, la lengua de ellos y de casi

todos los judíos en Salónica. Escucharon que en Cochin había hombres y mujeres que descendían directamente de Salomón, o eso decían; y estaban allí desde la segunda destrucción del Templo o antes.

Pero la familia Galante tuvo miedo porque con esas noticias venían otras que decían que los negros se habían mezclado con los judíos y que los paganos podían sentarse en la sinagoga y ser llamados a la Torá. También se decía que cualquiera en Cochin, incluso los esclavos, podían ser pasados por las aguas de la mikvé y ser recibidos como uno entre los otros.

Un rabino llegado de Polonia les dijo que aquellos judíos de India tenían cultos impuros, impíos y paganos, y que adoraban otras imágenes delante de Yahveh; dioses abominables con cabezas de animal y cuerpos de insecto.

Aunque Cochin parecía en principio una buena idea, una revisión un poco más razonada desechó la posibilidad. Ir hasta la India y encontrarse con una decepción no resultaba tan atractivo para individuos con recursos contados y la moral por los suelos.

Tendrían que buscar otra opción, se dijeron, porque la muerte de Moses de Gaza no había pasado desapercibida y sobre José Galante pesaba una amenaza. Y porque los rabinos habían emprendido una cacería silenciosa de los creyentes de Sabbatai Zevi.

Los Galante pensaron ir al noroeste, hacia Belgrado o a otras comunidades de los Balcanes; se supieron demasiado vulnerables porque justo allí había crecido, en los últimos años, uno de los movimientos más fuertes de apoyo a Sabbatai Zevi, que, por razones que no alcanzaban a comprender del todo, era perseguido o acosado o vigilado por el Imperio otomano.

Inseguros y con miedo, se habían unido a las redes clandestinas que crearon los judíos mesiánicos para comunicarse entre sí. La mayoría mantenían su creencia en Sabbatai Zevi y algunos lo expresaban con mayor firmeza, como José Galante, y de qué manera: lanzando una piedra con destino equivocado.

Aunque los Galante sentían la presión de irse cuanto antes de Salónica, otros habían decidido resistir en la ciudad en espera del

regreso del rabí. Muchos apostaban a que Sabbatai Zevi sabría convencer a las autoridades otomanas del error de su encierro.

Las treinta congregaciones judías de Salónica, en ese 1666, ya habían perdido fieles durante los años de Sabbatai Zevi en la ciudad. El culto al Mesías atraía adeptos a diario y los rabinos vieron cómo los creyentes se extendían por el mundo conocido.

El celo los consumía cuando negociaron su arresto con las autoridades otomanas.

Y buscando su complicidad, les dijeron que la figura del sultán, autoridad administrativa y además divina en el Imperio otomano, era sustituida durante las oraciones por la del nacido en Esmirna.

De hecho, el mismo Moses de Gaza estuvo con los rabinos cuando decidieron recurrir al poder otomano para detener a Sabbatai Zevi.

Se sabía, pues, que irían por el Mesías. No faltó quién comentara, en una reunión clandestina, que otomanos y rabinos ya estaban organizando el arresto de todos los mesiánicos y el reparto de sus negocios y propiedades.

Y el temor fue todavía mayor cuando Rebeca Pariente, quien estaba enterada de los andares de unos y otros, advirtió sobre la posibilidad de un pogromo.

Los pogromos eran actos de rapiña programados que llevaban a cabo distintos pueblos en contra de las comunidades judías en la diáspora. Muchas veces, o siempre, además de la expoliación había violaciones y asesinatos. Esta violencia sistemática era difícil de evitar para un pueblo errante, sin ejército, siempre a merced de la buena voluntad de quienes los acogieran.

Por eso asustó tanto la advertencia de Rebeca Pariente.

—Una de estas noches saldrán al pueblo a quemar vivos a los seguidores del rabí y se quedarán con sus pertenencias —dijo.

Hubo expresiones de asombro y miedo, y varios pidieron el perdón adelantado de Yahveh, el Creador de todas las cosas.

Todo caía como bolsa de plomo sobre los Galante. Así se decidió no demorar la partida. Se acordó, mejor, definir un destino sobre los pasos.

Y siete días después del arresto de Sabbatai Zevi y de la muerte de Moses de Gaza, los Galante subieron sus pertenencias a carros jalados por bueyes y partieron de noche. Fueron en silencio por temor a ser vistos, denunciados o arrestados. Fueron en silencio y con gran dolor.

Confiaron a familiares la venta de maquinaria y propiedades. Sabían que el dinero mueve al mundo, pero la codicia lo pone de cabeza: no esperaban un retorno de todo aquello que abandonaban.

Antes de partir, en su camino hacia el norte de la ciudad hicieron una última parada en la casa de los Blanco, que no era un *cortijo* o vecindario dentro de una de las *plasas* que ocupaban los hijos de Israel y huérfanos de Sefarad, sino una casa discreta, de campo, fuera de la mancha urbana.

Al llegar notaron un movimiento inusual en la finca. La neblina de la mañana dominaba el campo.

José Galante se bajó de uno de los carros y se encaminó hacia tímidas luces de lámparas de aceite que como luciérnagas brincaban de la casa a la huerta y de la huerta a los talleres, en un edificio contiguo. No tardó en encontrarse con Ana Blanco.

—¿También se van, José Galante? —dijo ella.

—También nos vamos, Ana Blanco —respondió él.

Y fue un bálsamo saber que no eran los únicos en haberse organizado para migrar, porque además vieron la posibilidad de que sus familias huyeran juntas.

Los más viejos de las casas Galante y Blanco se abrazaron e intercambiaron, a oscuras, pareceres sobre los últimos acontecimientos en Salónica. Discutían encontrarse, quizás, en algún punto del destierro. Lamentaban hasta las lágrimas dejar sus propiedades, donde habían nacido y a donde sus antepasados habían llegado de la persecución, de otra persecución.

Y cuando se preguntaban cuál sería el destino de Sabbatai Zevi y su esposa Sarah Querido, escucharon en la oscuridad el lamento de un hombre. Lanzaba alaridos que venían de un profundo dolor.

Ana Blanco y José Galante, que estaban cerca de los más viejos, también lo escucharon. Se tomaron de la mano, instintivamente,

porque aquel gemido parecía sostenerse en el aire y era tan denso como la nata sobre el vinagre de manzana.

Las mujeres y los niños, que estaban más lejos, escucharon aquella voz y corrieron a la casa a esconderse. El alarido era cada vez más profundo y fuerte, y más doloroso.

Los hombres se dirigieron, casi a tientas en la bruma, hacia la voz atormentada que a veces sonaba como el chillido de un cerdo y otras veces era grave y cortante, como un tambor. Encontraron a un viejo en atuendos de rabino tirado en la tierra. La luz de una luna se hizo poderosa justo en ese momento y pudieron verlo con mayor precisión.

—¿Qué sucede? ¿Qué le ha pasado? —dijo el más viejo de los Blanco, inclinándose hacia él.

El hombre gritaba palabras entendibles en hebreo, y no en judeoespañol, ladino o djudezmo, que era lo que se hablaba entre los Blanco y los Galante y entre casi todos los judíos de Tesalónica.

Ana Blanco y José Galante llegaron todavía tomados de la mano. Al verlos, el hombre sobre la tierra abrió los ojos como dos platos.

—¡Ana Blanco, huye! ¡El fin de los tiempos viene! —dijo entre alaridos.

Los dos jóvenes se estremecieron.

—¡Huye! ¡Escóndete! ¡Grandes calamidades vendrán sobre los hijos de Dios y de los hombres! —exclamó aquél, con una mano presionando su pecho y la otra intentando tomar las ropas de Ana Blanco.

La luna permitió ver al hombre con plenitud. Era Moses de Gaza, el rabino muerto siete días antes, la noche en la que las autoridades otomanas sacaron de su casa a Sabbatai Zevi.

Tenía el pecho húmedo y de la boca le brotaba sangre cuajada.

—¡Moses de Gaza! —dijo Ana Blanco asustada, y se cubrió el rostro en el pecho de José Galante.

Moses de Gaza clavó la vista en José Galante.

—¡Tú…! —alcanzó a decir. Y se dejó caer sobre la tierra.

Hubo un breve silencio en el que sólo se escuchó la respiración entrecortada de Ana Blanco. Moses de Gaza, ahora inconsciente y con los ojos en blanco, empezó a balbucear frases incomprensibles.

Y un estruendo calentó el aire y cientos de aves volaron despavoridas en la oscuridad.

La casa de los Blanco estalló inexplicablemente en llamas.

—¡Los niños! —gimió Ana Blanco.

Todos corrieron hacia la columna chispeante de fuego que se elevaba sobre el cielo negro de Salónica, justo en donde antes se veía una casa.

Fue una tragedia tremenda, inolvidable. Los niños de las familias Galante y Blanco murieron allí, abrazados por la lumbre. Las mujeres fallecieron también, menos Ana Blanco, quien se encontraba con los hombres junto a Moses de Gaza.

Nadie escuchó a las mujeres y a los niños lamentarse; desaparecieron entre las llamas. Incluso días después recogieron cenizas para darles sepultura sin saber si realmente eran ellos.

Salónica despertó con el incendio y pocos prestaron ayuda. Algunos tenían miedo a las supuestas maldiciones que caerían sobre los seguidores de Sabbatai Zevi, un rumor que soltaron los mismos rabinos. Otros temían al pogromo. Unos más huyeron del dolor, prefirieron no estar cerca de semejante tragedia; conocían a los Blanco y a los Galante y sabían que eran temerosos de Dios.

Poco después del estallido, segundos antes de que todos corrieran hacia la casa en llamas, Ana Blanco se soltó de la mano de José Galante. Se quedó con los ojos abiertos y la mandíbula caída, de pie, mirando fijamente a Moses de Gaza, sin mirarlo.

Moses de Gaza seguía inconsciente y con los ojos en blanco, pero ya no balbuceaba. Se quedó quieto unos segundos y cuando estaban solos, él y Ana Blanco, cuando se escuchaban en el fondo los llantos de los hombres frente a la casa en llamas, empezó a vomitar incontenibles chorros de gusanos blancos como los que devoran a los muertos.

Ana Blanco no vio aquello. Estaba sustraída, ausente. Y fue entonces, en ese instante, cuando advirtió una gran tragedia por venir.

Y no era la tragedia —tremenda e inolvidable— de aquella misma noche. Era otra.

4.

Los eventos inexplicables en la casa de los Blanco llevaron a las dos familias a marchar cada una por distintos rumbos.

Los Blanco dijeron que buscarían el mar, en respuesta a una invitación que les había llegado para regresar a Portugal; o que irían hacia Bosna-Saraj o hacia El Cairo. Hablaron incluso de la posibilidad de viajar a América, siempre de este a oeste como el viento de Levante.

Los Galante irían al norte, pero no se atrevieron a confesar que no tenían una sola idea de cuál sería su destino.

Las dos familias enterraron a sus muertos y guardaron los siete días de luto. Y luego, dejaron Salónica, Tesalónica, su Selanik.

Visitaron la casa consumida por el fuego y caminaron al lugar en el que habían visto a Moses de Gaza. No encontraron su rastro, aunque justo sobre la tierra donde lo hallaron tirado se localizó un trozo de piel con las cuatro letras del Tetragrámaton inscritas en él:

YHVH

—¡Elohim! —exclamó el más viejo entre ellos.

—¡Elohim! —dijeron los demás.

Pensaron en quemar allí mismo la inscripción venida del arameo y, antes, de los caracteres fenicios. No lo hicieron. El más viejo de los Galante tomó el trozo de piel, lo dobló y lo metió en su maleta. Respetaron la decisión.

“Yahveh”, dijo el viejo, pronunciando una de las interpretaciones del Nombre que no debe ser pronunciado.

Ana Blanco y José Galante se despidieron con un largo abrazo. Ambos notaron, entonces, que tenían el cuerpo adolorido de tanto llanto.

—Te encontraré aunque me lleve la vida, Ana Blanco —dijo él.

La tristeza había envejecido su rostro.

—Si no en esta vida, en la siguiente —agregó ella, bañada en lágrimas.

Ambos dudaban, sin externarlo, de la reencarnación.

Ana Blanco y José Galante no se volvieron a encontrar jamás, dijeron algunos. Otros sostuvieron que sí, y de eso va el resto de la historia.

5.

En la larga marcha hacia el norte, con los pies sobre el Imperio otomano, murió el más viejo de los Galante, Simeón, el único entre ellos que leía hebreo aunque lo hablaba con dificultad.

En sus últimos minutos, Simeón Galante llamó a todos a su tienda y les dijo:

—Abandonen su pasado. Abandonen su nombre y búsquense uno nuevo que los aleje de Selanik para siempre. Busquen apellidos y constrúyanse una historia porque los tiempos que vienen no serán los mejores. Conserven en sus pensamientos a Sabbatai Zevi sólo esta generación y abandónenlo como se abandona la ansiedad, porque les provocará abatimiento.

La familia entendió que el anciano, en su lecho de muerte, dudaba de Sabbatai Zevi, el que hizo milagros a edades muy tempranas y era un conocedor del Talmud y de la Torá, y asombraba lo mismo en Jerusalén que en cualquier otro lugar en la vasta diáspora; el que había nacido en el día más triste de todos y en Esmirna, como algunas lecturas de la Cábala sugerían; el que se había casado con una prostituta redimida, como otras lecturas tuvieron en concordancia.

Y lamentaron la muerte de Simeón Galante y que su tumba fuera modesta. Sobre ella montaron piedras y siguieron el camino con pesar.

—Conserven en sus pensamientos a Sabbatai Zevi sólo esta generación y abandónenlo como se abandona la ansiedad, porque les provocará abatimiento —insistió el viejo.

Y esa frase les pesaba.

Entonces los Galante abrieron la valija de Simeón Galante y se repartieron sus cosas, apenas un puñado. Entre las ropas encontraron el trozo de piel doblado con las cuatro letras del Tetragrámaton inscritas en él.

—¡Elohim! —exclamó José Galante.

—¡Elohim! —respondieron los otros.

Y sin ponerse de acuerdo, orientaron sus ojos hacia la montaña en la que quedó Simeón Galante, uno de los más fieles seguidores del rabino Sabbatai Zevi.

Era el invierno de 1666. Así quedó marcado para la Historia.

El Imperio otomano alcanzaba en ese momento un gran esplendor. Los territorios que habían obtenido las campañas militares del sultán Mehmed el Conquistador, entre 1451 y 1481, se habían multiplicado con Solimán el Magnífico, quien expandió su presencia entre 1520 y 1566 hasta Argelia, Túnez y Trípoli en el norte de África, y por el norte de Europa hasta los linderos con Austria y Transilvania.

El mar Caspio y el golfo Pérsico eran sus fronteras en el este, y las tierras santas de Hijaz, incluidas Medina y La Meca, eran parte de sus dominios.

Después del arresto de Sabbatai Zevi vendría, para los turcos, un periodo de declive acelerado. Treinta años después de los eventos en Salónica, por derrotas e invasiones, empezaron a ceder territorios enormes a Polonia, Austria, Venecia y Rusia.

Empezaba el declive de un imperio multiétnico y multicultural, que apreció e incluso protegió el judaísmo pero terminó con el sueño de un Mesías temprano.

6.

Los Galante escucharon rumores de guerra entre los rusos y los otomanos o turcos durante su largo camino. Supieron que Viena padecía revueltas sociales a causa de la intolerancia religiosa, y que los protestantes eran perseguidos y expulsados. Conocieron que el Imperio otomano alentaba los asedios a pueblos y comunidades que simpatizaban con la monarquía de los Habsburgo, porque soñaban con tomar su capital y echarlos.

Las noticias de la guerra y su deseo de alejarse de Selanik y de los territorios otomanos los llevaron más al norte, en una larga y adolorida procesión en la que muchas veces perdieron la esperanza.

Como se plantearon huir de los conflictos, tomaban empleos temporales. Hacían algo de comercio con telas y piezas terminadas y se alimentaban sin ortodoxia con lo que se lograban acercar. Respetaron las fechas religiosas, mantuvieron la fe y de cuando en cuando hablaban, muy baja la voz, de Sabbatai Zevi.

Desde su salida de Salónica fueron encontrando caravanas de seguidores del rabino. Entre 1664 y 1667, muchos judíos en distintas partes de la diáspora abandonaron sus bienes y se encaminaron hacia Tesalónica, la ciudad coronada por la Torre Blanca, para atender el llamado del Mesías.

—El rabí ha sido arrestado y conducido a Constantinopla —decían a los que se encontraban.

—¿Preso? ¿Fue preso? —dudaban los que habían abandonado sus bienes para seguirlo.

—Está preso.

Algunos encontraban en las palabras de los Galante una confirmación de lo que ya sospechaban, y volvían sobre sus pasos.

Otros seguían su camino, porque otras noticias decían que el sultán Mehmed IV lo había absuelto.

Por unos y por otros, un gran pesar ensombrecía la marcha de la diáspora. Rabinos llevaban años alertando sobre "el falso profeta Sabbatai Zevi", y otros, varios de ellos muy importantes, llamaban a mantener su fe en él justo ahora, en la desgracia. Cualquier noticia, pues, ensombrecía a unos y a otros.

La desesperanza consumió a los Galante hasta el día en que escucharon que en Polonia, después de años de destrucción, invasiones, pogromos y persecución por razones de raza y religión, el rey Segismundo aseguraba un periodo de paz y prosperidad.

Sabían que Sarah Querido, esposa de Sabbatai Zevi, era polaca. Eso ayudó a que creyeran que su destino estaba dado.

Tomaron sin más el camino a la nueva tierra.

Los Galante llegaron a Polonia a finales de 1668 y se establecieron en Cracovia, adonde les llegó la noticia de que Mehmed IV había atendido directamente el caso de Sabbatai Zevi y su mujer.

Les contaron, voces creíbles, que al rabino y a Sarah Querido les había dado dos opciones: ser sometidos a una lluvia de flechas para que probaran su divinidad, o convertirse al islam.

Sabbatai Zevi optó por el turbante turco, se les dijo. Y cambió su nombre por el de Aziz Mehmed Effendi.

E incluso aceptó la generosa oferta de una pensión, garantizada directamente por el sultán.

Sarah Querido y doscientas familias con ella se convirtieron también al islam, se supo más adelante.

Varios rabinos en sinagogas por todo el mundo conocido llamaron a Sabbatai Zevi y a su esposa "vendedores de almas". Los condenaron al infierno en ausencia.

Pero otros mantuvieron la fe en él y oraban a Dios para que les concediera paciencia.

Años después de su arresto, se hizo púbica una carta del Mesías. Circuló durante un largo periodo en la diáspora, sobre todo entre aquellos que aún lo querían.

La carta decía, simplemente:

“Dios me ha hecho un ismaelita; Él mandó, y así fue realizado el noveno día de mi regeneración.”

Los Galante, ahora en Polonia, se abstuvieron de participar en los movimientos mesiánicos, pero respetaron la memoria del rabino. Han escuchado con atención la defensa y denostación del judío sefardita nacido en Esmirna, y no asumirán rol alguno en las disertaciones.

Amarán a Yahveh por sobre todas las cosas y guardarán celosos, como herencia y en recuerdo de aquellos días aciagos, el trozo de piel con las letras del Tetragrámaton:

YHVH

Muchas veces andarán por valles de tinieblas y no temerán mal alguno porque Él estará con ellos. Su vara y Su bastón los reconfortarán y el bien y la compasión los acompañarán muchos días de su vida, pero otros días no.

7.

En el año de su conversión al islam, ahora con residencia en Constantinopla, Sabbatai Zevi recibió la visita de dos *shadarim*, dos emisarios de uno de sus seguidores en Belgrado, Joseph Almosnino, pintor, periodista, sobrino del rabino Jehuda Lerma y esposo de una de las hijas de Simha HaKohen, otro afamado *haham*.

Los enviados le entregaron dos cartas de Nathan de Gaza, rabino de notable erudición establecido en Jerusalén. Y recibieron de manos de Sabbatai Zevi un breve texto que llevaron de regreso a Belgrado.

Joseph Almosnino tradujo aquellas misivas. Porque fueron varias.

Las primeras dos, las que enviaba Natan de Gaza, solicitaban instrucciones precisas del rabino cuando estaba bajo arresto.

En la tercera, entregada en Jerusalén, Sabbatai Zevi explicaba "el acto de conversión al Islam".

En esa carta decía que frente al sultán Mehmed IV había concentrado sus pensamientos en las enseñanzas de su *haham* Isaak Ashkenazi Luria y en su maestro, Moshe Ben Jacob Cordovero.

E insistía en que no había abandonado a Yahveh, Dios de Abraham.

Las cartas estuvieron en Belgrado porque allí fueron traducidas por Joseph Almosnino, y este hecho coincidió con una serie de eventos trágicos.

Primero, con el estallido de la peste, que acabó con parte de la población. Poco después, en 1681, con un rayo que cayó en la ciudad y que provocó un incendio que nunca se olvidó porque cientos murieron y miles perdieron su heredad. Verdaderas calamidades. Obras centenarias que se habían conservado en

edificios públicos y religiosos se perdieron, por ese incendio, para siempre.

La sinagoga en donde Joseph Almosnino se refugió para traducir esas tres cartas fue incendiada durante la ocupación austriaca de Belgrado, en 1688.

Ese mismo año, y es quizás el único momento venturoso, los Galante decidieron que Cracovia sería su nuevo hogar, como antes Selanik y antes de Selanik las ciudades al sur de España.

Pero los Galante no olvidaron a Sabbatai Zevi, como les fue recomendado por el más viejo de la familia. Siguieron sus enseñanzas proscritas, mezclándolas con la tradición judía.

No se reunieron con otros sabatianos jamás, pero mantuvieron vivas sus lecturas al menos hasta la segunda mitad del siglo XIX.

De los Blanco, los Galante supieron muy poco. Ana Blanco y su familia se perdieron en el tiempo. En Selanik no se les volvió a ver y tampoco en los distintos destinos de la basta diáspora.

Alguna vez escucharon que Ana Blanco había envejecido en Constantinopla, en las famosas cocinas del palacio Topkapi, en la cabeza del sultanato.

Pero otros les dijeron que sí estuvo en Constantinopla, luego en Esmirna y después en Albania.

8.

Fue un cuerpo de jenízaros que salió del Palacio de Topkapi, en Constantinopla, el que arrestó a Sabbatai Zevi en su casa de Tesalónica. El sultán Mehmed IV lo envió personalmente, a petición expresa de los treinta rabinos de la ciudad amurallada.

Los soldados de élite salieron en sigilo y así, tan discretos como les fue posible, regresaron.

La información existente indica que las hijas y esposas de judíos sefarditas adinerados, asentados en la capital del imperio, llevaron la petición. Tenían acceso al palacio y se habían ganado la confianza de la corte durante un periodo en el que las mujeres gobernaron por encima del propio sultán: Mehmed IV recibió las riendas de un reino en decadencia a los siete años. Su madre y su suegra tomaron, por casi una década, todas las decisiones.

Las mujeres judías se habían metido hasta la cocina (algunos dicen que empezaron por la cocina) mientras el soberano creció. Se ganaron los favores del gran visir, Mehmed Köprülü, y de su descendiente, Fazil Ahmed. Y fueron ellas las que alertaron al palacio, según toda la información disponible, sobre los supuestos "riesgos de mantener libre a ese rabino descarriado".

Mehmed IV era muy sensible a cualquier muestra de inconformidad en sus territorios. Lo mismo su hombre fuerte, Mehmed Köprülü, quien codirigió el sultanato. La mano dura de ambos permitió que se recuperaran territorios y esplendor perdidos durante el reinado anterior, el de Ibrahim, que duró poco menos de ocho años y fue un desastre. La llave para reabrir puertas fue una alta sensibilidad y gran rapidez en la toma de decisiones. Por eso no

es difícil adivinar que cuando les llegó el rumor de Sabbatai Zevi de inmediato tomaron cartas en el asunto.

El sultán fue criado como cazador, no como cabeza de un imperio. Para su madre y su suegra, que estuvieron al frente de la política palaciega, fue muy cómodo mantenerlo alejado del centro administrativo en fiestas de cacería que duraron hasta que él entendió las consecuencias de su ausencia.

Esa educación, por otro lado, lo hizo cercano a las causas de la gente y le dio un particular gusto por las artes, las letras y el respeto de las leyes islámicas. El sultán, conocido precisamente como el Cazador, fue piadoso y sorprendió varias veces a sus soldados con ropas de combate en la campaña militar que lo llevó a las puertas de Viena.

Por eso tomó la denuncia contra Sabbatai Zevi en sus propias manos.

Poco después de ser conducido a Constantinopla, el rabino fue llevado ante la presencia del sultán. Mehmed IV vio en él la oportunidad para entrar a Europa sin armas, porque el autodenominado Mesías había establecido una fuerte red de fieles en la diáspora; sin embargo, eso le habría implicado al sultán renunciar a sus propias creencias. Y en lugar de alentar a Sabbatai Zevi, le cortó las alas.

Mehmed IV obligó al rabino a ponerse el turbante otomano y a abrazar a Alá como el Dios único y verdadero. Así sucedió. Así quedó en registros.

En un reinado especialmente cruel con la disidencia, sin embargo, el sultán fue conciliador con Sabbatai Zevi. Le ofreció una salida, aunque sus enemigos querían que fuera encerrado para siempre o condenado a pena capital.

Mehmed IV primero escuchó los argumentos del llamado Mesías. Y luego le pidió que explicara sus creencias y convicciones, y, de no ser porque los rabinos tenían infiltrada la corte, quizás hasta eso le habría perdonado.

Quizás el sultán vio su propio rostro en el rostro del rabino porque algo pasó entre ambos.

Mehmed IV y Sabbatai Zevi tendrán un final muy parecido. El primero moriría en el exilio de Belgrado en 1693, mientras que el rabino vería por última vez la luz de este mundo en 1676 —diez años después de su arresto—, en Albania, igualmente en el abandono y lejos del poder.

Se cree que Mehmed IV murió envenenado; lo mismo se dijo del rabino.

Estas versiones sobre uno y otro jamás fueron corroboradas y se mantuvieron durante siglos en la oscuridad, pero sí se consignaron.

La muerte del Mesías apuró varios acontecimientos. Sarah Querido y su hermano, Jacob Querido, fundaron una secta que se mantuvo en la penumbra durante siglos: los dönme. Siguieron sus propios rituales; vivieron los primeros años de los textiles y el tabaco; hicieron negocios entre ellos, fundaron escuelas e incluso sinagogas. Asumieron distintos roles políticos a su paso por distintas ciudades y países.

Apoyado por su hermana, Jacob Querido, conocido como el Amado, se declaró como la reencarnación del rabino. Esto causó una fuerte división en los sabatianos y dio origen a tres corrientes más.

Jacobo Querido practicó una versión extraña del islam y del judaísmo mesiánico. Visitó cada año La Meca. Y en La Meca murió durante una procesión, en un accidente extraño.

En ese tiempo, durante las guerras intestinas por el legado del rabino, varios de sus primeros seguidores volvieron a Salónica a pelear la feligresía con los judíos de la ciudad, sin éxito.

Y antes de su muerte, Nathan de Gaza, rabino de enorme fama y poder tanto en Jerusalén como en la diáspora, dio a conocer la tercera carta, aquella en la que Sabbatai Zevi contaba sobre su primer encuentro con el sultán.

El Mesías contaba este secreto:

Que había escondido una paloma dentro de sus ropas durante su supuesta conversión al islam.

Que el alma de esa paloma fue la que se entregó al islam. No él.

Que luego, al salir del palacio de Topkapi, liberó la paloma y la paloma voló con rumbo intrascendente y desconocido.

Que todo eso pasó y que su fe se mantenía intacta.

Y allí mismo, en esa carta, llamaba a mantener la confianza en que regresaría sobre sus pasos, pero eso, hasta donde es sabido, nunca sucedió. Lo que es más: a su propia historia, donde niega su conversión al islam, vino otra:

Que la paloma no voló con rumbo intrascendente y desconocido; que cayó fulminada al poco tiempo de montar el vuelo, en los jardines mismos del palacio imperial.

Que una flecha del propio Mehmed el Cazador la bajó de los cielos y la envió a una de las tres cocinas de Topkapi, diseñadas por el legendario arquitecto otomano Sinan, en donde las hijas y esposas de judíos sefarditas adinerados la prepararon con pistaches para la suegra y madre del sultán.

9.

La familia Blanco sabía, desde antes de los eventos desatados con el arresto de Sabbatai Zevi, que podría suscitar envidia. Había amasado una discreta fortuna; llevaba una buena relación con las autoridades otomanas locales e incluso con otras *cales* o sinagogas regionales; podía vivir fuera de los *cortijos* y *plasas* en los que se congregaba la población hebrea, y esos privilegios, además de su cercanía con el Mesías, ponían al clan familiar en una posición de riesgo.

Los Blanco eran parte de una de las treinta congregaciones judías en que se dividía la ciudad en 1666, con sus treinta sinagogas y su templo principal: el Talmud Torá. Eran parte de todos los eventos religiosos que unían a la comunidad de Selanik.

Temían, sin embargo, a la envidia de los distintos grupos raciales establecidos en Tesalónica y, más que ninguna, a la envidia de los propios judíos. Sabían que haber llegado de España los ponía además en la mira de los judíos romaniotas, los que se quedaron dentro del Imperio Bizantino y presenciaron la llegada de los otomanos y eran más pobres e incultos que los sefarditas. Y había muchos asentados en la ciudad.

Ana Blanco, cuya piel respondía a su apellido y su cabello rojo y abundante se veía aún más rojo y abundante cuando lo llevaba suelto, estaba al tanto de los eventos en torno a la comunidad y a su familia. Vivía un encierro conveniente en casa, como la mayoría de las mujeres judías de Tesalónica; usaba en la cabeza una *cofya* y ropas cerradas, discretas, conservadoras y modestas.

Fuera de los Galante, Ana Blanco no frecuentaba a otras familias. Salía al pueblo acompañada y bajaba la cabeza al andar, aunque por

dentro sintiera un fuego inexplicable cuando pensaba, por ejemplo, frente a los productos del mercado tesalónico: especias, animales, frutos secos y frescos y verduras traídas por tierra o por el mar Egeo.

Ana Blanco acompañaba su exótica belleza con un conocimiento profundo de las mejores cocinas judías de la región, robustas todas; llenas de sabores antiguos y nuevos; adaptaciones locales de recetarios andantes.

Un día de Pascua previo a los eventos que sacudieron Salónica, Ana Blanco había salido de su casa sin rumbo; se dirigió a la antigua sinagoga de Etz Ha Haím, alguna vez visitada por Pablo de Tarso, y no supo explicarse por qué; simplemente dejó que sus pasos la llevaran por los caminos angostos de tierra hasta que, junto al cementerio judío, se subió a una piedra a descansar.

Por la mañana había preparado *bounikitas*, croquetas de intestinos de cordero que llevaban como especia principal, a la usanza de Selanik, eneldo fresco finamente picado. Había depositado cuatro *bounikitas* en una vasija de cerámica que cubrió con una manta de tela blanca y con esas viandas salió a caminar.

Llevaba unos minutos sentada cuando escuchó una voz a sus espaldas que le dijo, en ladino:

—¿*Quién te fizo cuzinera*, Ana Blanco?

Y ella respondió, sin siquiera voltear la vista:

—La azafrán y la pimienta.

Completó la frase sin pensar, porque era un dicho de esos años entre los judíos de Selanik.

De sus ropas sacó el bulto de manta; abrió la vasija y ofreció dos *bounikitas* al hombre que ahora estaba frente a ella.

Él las tomó con los dedos pelones y las devoró.

Entonces él sacó las otras dos y se las depositó en las manos.

—*Quien negra cena quiere cenar, de noche y al escuro vaya a guizar*, Ana Blanco —dijo él, sonriente. Otra vez, un dicho de la ciudad.

Así fue que Ana Blanco conoció de Aaron Ventura, un *horaci* del cementerio de Salónica.

Como era su tradición, Aaron Ventura vivía entre las tumbas y ayudaba en sus oraciones a los dolientes: leía pasajes bíblicos y conducía ceremonias.

Pero Aaron Ventura, como todos los *horaci* de su tiempo, era un indigente. Tan culto y conocedor de las lecturas como un rabino, pero indigente. Vestía harapos y comía desechos que levantaba del mercado tesalónico.

Algunas veces la gente le llevaba alimentos y ropa; gente que llegaba hasta el cementerio en procesiones religiosas de recordación, conocidas como *ziyaras* y *ziyaras grande*.

En tiempos de Ana Blanco y Aaron Ventura, aquel cementerio contenía al menos doscientas mil tumbas; rabinos, místicos, maestros, peregrinos, gente del pueblo y de comunidades cercanas eran enterrados allí, junto a la sinagoga Etz Ha Haím, construida por judíos romaniotas.

—Adiós, Ana Blanco —dijo Aaron Ventura, repentinamente, en esa primera ocasión en la que se encontraron.

—*Las palabras claras el Dio las bendice* —respondió ella con otro dicho, en un intento por retenerlo.

Aaron Ventura ya no respondió. Siguió su camino y se perdió entre los andadores de tierra del cementerio judío.

Esa misma Pascua, Ana Blanco le compartió *boumwelos* que vinieron de su cocina; llevó el jarabe dulce en un recipiente por separado para que el pan delgadísimo, frito en aceite de oliva y cubierto con canela y nueces picadas, no se reblandeciera antes de servírselo.

Y para el *Shavuot* le ofreció su *peshe kon huevos y limón* —que lleva abundante perejil en una salsa de limón y yemas de huevo— y *fritada de berenzenna* preparado con quesos griegos.

Muchas veces cocinaba sólo para compartir con Aaron Ventura en el cementerio judío de Selanik. Y eran platillos que habrían deleitado a sultanes: simples a la vista, aunque complejos en su preparación y de sabores exóticos muy bien armonizados.

Y vino el otoño.

Y los eventos relacionados con Sabbatai Zevi estallaron en la ciudad y la vida de Ana Blanco cambió radicalmente.

El día en que arrestaron al rabí, poco antes de que ella pudiera advertir, en los ojos de José Galante, la tragedia por venir, tuvo un penúltimo encuentro con Aaron Ventura.

Se vieron en el mismo lugar, cerca del cementerio.

Ella le llevó *arroz kon spinaka*.

—No llores los días por venir, Ana Blanco —le dijo él, de la nada, mientras comía.

—¿Por qué, rabí? ¿Por qué habría de llorar? —le respondió, aunque él no era rabino.

—No llores ahora, porque lágrimas te faltarán —agregó, haciendo a un lado el plato. Y ahora era él quien lloraba—. No llores ahora, mi niña, que una gran tragedia nos alcanzará. No ahora, no en este tiempo que vives ni en esta carne que caminas; en otro tiempo, Ana Blanco, la tristeza llegará a tu casa y es una tristeza que no ha conocido nadie jamás.

—¡Rabí! —dijo ella, y lo tomó de las manos.

Quiso llorar y contuvo el llanto. Quiso abrazarlo, pero en vez de eso dio un paso atrás.

—Rabí, ¿es posible detener esa tragedia? ¿Cómo, conociéndola, podemos impedir que acontezca?

Aaron Ventura cerró los ojos unos segundos.

—Esta noche, la piedra que ruede arrastrará a todas las demás —le respondió—. Es la piedra de José Galante.

Ella lo asumió como una metáfora.

Pero esa noche, en medio de la multitud, José Galante levantó la mano y lanzó esa piedra que iba dirigida al rabino de la sinagoga de Har Gavoa.

La piedra, sin embargo, dio plena en el rostro de Moses de Gaza.

El tumulto se arremolinaba entorno a Sabbatai Zevi, detenido por las autoridades otomanas a petición de los rabinos de la ciudad. Era el año de 1666.

Ana Blanco no se enteró, hasta donde es sabido, que ante su inminente arresto, Sabbatai Zevi y Sarah Querido habían decidido que Moses de Gaza asumiera su defensa legal.

Porque Moses de Gaza era parte de la comunidad de rabinos, pero guardaba con celo su cercanía con el Mesías y muchas veces le

sirvió, incluso, como correo con El Cairo y con Jerusalén.

Sabbatai Zevi le había dado a Moses de Gaza cartas que debían ser entregadas en cada sinagoga de la diáspora, hasta donde fuera posible, más allá de Asia Menor e incluso hasta Europa y al norte de África.

Estas cartas habían sido elaboradas cuidadosamente por Sabbatai Zevi. Y eran su salvación frente al sultán.

Pero las instrucciones contenidas se desconocen hasta el día de hoy, porque la familia quemó las posesiones personales de Moses de Gaza y principalmente aquellas —como las cartas— que los vincularan directamente con el nacido en Esmirna.

Así que todo fue pasado por fuego. Menos el Tetragrámaton.

YHVH

La familia de Moses de Gaza simplemente no se atrevió a quemarlo.

Y, por razones que no se alcanzan a comprender, la noche en que un estruendo calentó el aire y cientos de aves volaron despavoridas en la oscuridad, cuando la casa de los Blanco estalló inexplicablemente en llamas, Moses de Gaza o el fantasma de Moses de Gaza o el ser transfigurado en Moses de Gaza llevaba consigo el Tetragrámaton.

El mismo Tetragrámaton que quedó en las generaciones de los Galante.

10.

Dos días antes de partir con su familia al exilio, cuando discutían a dónde irse, José Galante tuvo un encuentro en el cementerio judío con tres de los treinta rabinos de Selanik.

—Ustedes no cumplieron su parte —les dijo, apenas los tuvo enfrente.

—Tú conocías los riesgos, José —le respondió uno de ellos mientras se le acercaban.

Conversaron brevemente: unos diez minutos, quizás. Incluso menos.

Durante ese tiempo, José Galante, de 17 años, se cubrió varias veces el rostro no con vergüenza, sino con desesperación. Y luego soltó el llanto.

Estaba sentado sobre una lápida. Los otros permanecían de pie.

Cuando lo vieron llorar, entre ellos se hicieron un gesto de abrazarlo y se le acercaron, y él los rechazó.

Entonces uno de ellos sacó una daga turca de entre sus ropas. José tenía el rostro cubierto con sus manos y la cabeza inclinada. No lo pudo advertir.

Luego se escuchó un ruido seco y a unos pasos vieron una ligera nube de polvo a nivel del suelo. Una lápida de metro y medio había caído.

Los tres rabinos dieron pasos largos, de espanto, separándose de José Galante. Y partieron apresurados. Unos segundos después, corrían.

Ajeno a lo anterior, José Galante se quedó sentado. Enjugó sus lágrimas y caminó unos momentos más por el cementerio.

Cuando estaba lejos vio, entre las tumbas, el rostro del *horaci* Aaron Ventura. Le clavaba la vista. No percibió nada extraño.

Esa misma tarde, Aaron Ventura se reunió por última vez con Ana Blanco en el mismo cementerio. Comieron. Ella le llevó dulces de miel y pan recién horneado.

Ana Blanco estuvo apenas unos días más en Tesalónica.

Su familia y ella partirían con rumbo desconocido.

11.

Casi trescientos años después, en 1942, el cementerio judío de Tesalónica sería reducido a escombros por los nazis. La piedra de las lápidas de cerca de trescientos mil sepulcros sería reutilizada como material de construcción.

La necrópolis judía de Selanik fue la más grande de los Balcanes y quizá de todo el Cercano Oriente. Era un vínculo directo de los sefarditas con su pasado en la península Ibérica y más atrás, hasta Tierra Santa.

También contenía parte de la historia de los judíos romaniotas, esos que no pasaron nunca por las tierras de Sefarad.

La destrucción del cementerio no sería documentada por los alemanes y tampoco por el gobierno local. Ni una línea quedaría en los archivos oficiales.

Sobre el terreno se construyó la Universidad de Tesalónica.

Entre el 20 de marzo y el 18 de agosto de 1943, con el cementerio reducido a menos que escombro, cerca de 49 000 judíos fueron sacados de Selanik a empujones y enviados a los campos de exterminio de Polonia, cerca de Cracovia.

El censo de 1951 reportó un total de 1 783 sobrevivientes de aquella deportación.

Cientos de apellidos, miles de historias personales se perdieron para siempre. Incluso la lengua de los judíos de Salónica casi desapareció.

El 29 de noviembre de 1997 se inauguraría el único memorial dedicado por las autoridades griegas a sus habitantes asesinados en masa. El memorial quedaría en la periferia, a pesar de la insistencia de los hijos de sobrevivientes.

Del *horaci* Aaron Ventura no quedaría un solo registro.

Tampoco de la conversación que sostuvo con Ana Blanco la última vez, después de haber presenciado, en silencio, el encuentro entre José Galante y tres de los treinta rabinos de Selanik.

12.

Era Ana Blanco una mujer hermosa y delicada. Y como sufría a causa de la gran tragedia del porvenir, encontraba en la cocina motivos para distraer su preocupación.

Desde niña conoció de artes que no son para todos. Sabores tan diversos como antiguos —unos escondidos en los ingredientes y otros en la preparación— le fueron revelados por las tradiciones y por cierta alquimia que dominó con los años.

Sabía de usos pocos conocidos para la sal, por ejemplo, en alimentos dulces o en conservas, y encontraba en la simpleza de la comida de las fiestas un reto para hallar algo más que a su Creador.

Ana Blanco robaba a los días razones para cocinar, y su sazón no tardó en conocerse fuera de su propia casa porque era especial y agregaba toques delicados a lo que parecía ordinario.

Preparaba el *durce blanko* de Tesalónica con la receta tradicional: una tasa de agua, una y media de azúcar y una de almendra previamente tostada y quebrada; pero agregaba a cada dulce (unos veinte salen de esas cantidades) una brizna discreta de sal de mar que cualquier paladar descubría aunque no podría definir el sabor, si le fuese requerido.

Sus *boskochos* eran esas mismas medialunas de almendra, blanqueadas en azúcar fina y harina blanca que se cocinaban en Rodas, Ioánina, Selanik o Volos; pero escondía en ellas, posiblemente antes de hornear, toques de una masa hecha de manera independiente con limaduras de naranja o con ajonjolí tostado que no afectaban el olor tradicional y sorprendían cuando estaban en la boca.

Ana Blanco preparaba un inolvidable *durse de roses*, tan común entre judíos y otomanos de la región de Tracia, desde el norte del mar Egeo hasta las montañas Ródope. Su dulce llevaba los ingredientes tradicionales: zumo de tres limones, dos y media tasas de agua por cantidad similar de azúcar, y hasta un kilo de pétalos de rosas. Y hacía una mezcla de pétalo ordinario con los de rosas de Kazanlik, que su abuelo le conseguía una y hasta dos veces al año, en el mercado de los tesalonicenses.

Alguna vez el más viejo de la casa de los Blanco sembró rosas de Kazanlik y entonces el *durse de roses* fue como Ana Blanco había supuesto, sin probarlo antes: glorias depositadas en la lengua; glorias de color rojo pálido y un gran olor, porque es sabido hasta nuestros días que si los pétalos de la rosa de Kazanlik se separan antes del amanecer conservarán su olor intacto, profundo y dulce, nunca empalagoso.

Ana Blanco tenía gusto por lo dulce, apelando a su corazón. Pero sus secretos más preciados estaban en otra parte; estaban en lo salado. De allí que su *pispiti*, que en Tesalónica llamaban también *ravani*, tuviera un toque de sal de mar. Lo preparaba con toda la influencia de la cocina griega: sémola, agua, aceite de oliva, azúcar, almendras y un jarabe dulce y aguado. Ella agregaba dos diferencias, ambas a la hora de poner sobre la mesa: servía caliente el *pispiti* con el jarabe frío y no al revés, como se acostumbraba; y escondía en cada porción un pequeño, muy pequeño grano de sal que días antes dejaba sobre la corteza de naranja ácidas de Persia. Y entonces, en medio de ese festival de dulce, el comensal encontraba una nota discordante de sal tratada con cítricos que de inmediato se disolvía, dejando la sensación de que un efímero haz de luz había pasado por la boca.

Y no se han mencionado, hasta aquí, sus *huevos haminados*, su *pastel de kwezo*, su *pan despanya* o *d'Espanna*, su *peshe en saltsa* o su *poyo en saltsa blanko*, delicias extraídas de una tradición que se aderezó en Grecia pero que viajó en barco mucho tiempo antes de su propia vida: cuando los viejos huyeron de la persecución para convertir a Tesalónica, su Selanik, en la novia de Jerusalén.

Ana Blanco vivía atormentada, cierto. Pero los espasmos no alcanzaban a la *cuzinera*, la *cocus*, la cocinera.

Y el don de la adivinación, que la obligaba a vivir con zozobra, se ausentaba mientras estuviera frente al horno, en su cocina fielmente dividida para lácteos y carnes en atención a las leyes del *cashrut*.

Era Ana Blanco una mujer hermosa y delicada, y más delicada aún era su cocina, que no salió de Salónica en 1666 pero sí se conoció después, muchísimos años después, en América.

Segunda parte
Krakow

1.

Un deseo de morir visitaba de cuando en cuando a Yago Galante, pero ese día, como ninguno que recordara, le atrapó el corazón y oscureció su tarde brumosa en el barrio de Kazimierz, donde vivía.

Salió de casa y se encaminó a la Sinagoga Alta porque, a pesar de sentir un cierto orgullo por llamarse ateo en las conversaciones, se dijo que era mejor morir en el templo que en la soledad.

"Que me alcance aquí la muerte; mejor aquí que en casa", pensó al entrar al segundo piso del templo, en donde se encontraba la sala de oración. Buscaba al rabino con los ojos.

La Sinagoga Alta se llamaba así porque se decidió poner en un segundo piso el espacio de oración, después de varios atentados en el transcurso de muchos años.

Yago Galante quedó prematuramente viudo a los 26 años de edad, en 1896. Tenía un hijo de ocho, Joseph Galante, que siempre lo acompañaba como una sombra, aunque ese día, muy temprano, lo había enviado al piso de un hermano que trabajaba como administrador de una fábrica de bebidas embotelladas sobre la calle de Wolnica, frente a la plaza del mismo nombre.

Para mayor precisión: la fábrica de bebidas embotelladas en la que trabajaba su hermano estaba sobre la calle de Wolnica, frente a la plaza Wolnica del barrio de Kazimierz, y justo arriba de la fábrica estaba el piso de su hermano, y arriba del piso de su hermano ocupaba el suyo, con su hijo de ocho años.

Yago Galante había pasado la mañana solo, pensando. No quiso desayunar por el mal estado en que se encontraba: la noche anterior se había bebido dos botellas de un vodka especiado que compraba a una familia rusa que lo destilaba en el sótano de su casa.

Fue por la tarde que el nubarrón negro atrapó su corazón; le llegaron ganas de morir y sintió un dolor en el pecho y en la espalda, a la altura de los pulmones, que no lo dejaba respirar.

Yago Galante tenía estudios en matemáticas y ejercía de administrador, al igual que su hermano. Pero a diferencia de él, no tenía un empleo fijo y se dedicaba a los talleres y negocios establecidos en el barrio de Kazimierz, donde los judíos recurrían a una doble contabilidad para suavizar las cargas impositivas extraordinarias de los gobiernos local y nacional.

Dominaba y recurría al polaco y al alemán para los negocios, y usaba también algo de *yiddish*, por su relación con los judíos *ashkenaz* asentados en el mismo barrio. Había aprendido de sus padres un griego sucio y también turco. Pero la lengua que utilizaba a diario en casa, como generaciones antes que él, era el judeoespañol o djudezmo. En esa lengua escribía *aljamiado* —es decir, con alfabeto hebreo— sus cosas personales y los libros de su propia contabilidad; y con esa lengua se dirigía a su hijo.

El judeoespañol o djudezmo era exótico en esos años, en una ciudad como Cracovia. Algunos lo consideraban un "dialecto sucio", un "español vulgar" atrapado en su pasado medieval.

A Yago Galante le parecía que esa lengua olía a pan y todo lo volvía color miel. Con esa lengua se dirigía a su esposa, cuando vivía. Y aún hoy, si se sentía solo, simulaba que Débora Lewi estaba con él y le hablaba en ladino, porque el sonido de las palabras lo transportaba al vestido de flores azules del día en que la conoció.

La lengua madre de Yago Galante tenía vocación para recrear mundos extraordinarios cualquier día de la semana, a cualquier hora. Por eso la guardaba en un lugar especial en su cofre de lenguas.

Esa tarde, sin embargo, pensó que vivir era una gran tragedia cuando el deseo de morir le atrapó el corazón y oscureció su tarde brumosa del barrio de Kazimierz.

Y como no encontró al rabino, pensó en dejar la Sinagoga Alta y caminar por la calle de Józefa hasta Bozego Ciala y de allí subir al piso que ocupada con su hijo; sacar la pauta de un ensayo de Johannes Sebastian Bach editado por Janet et Cotelle en 1824, en cuya portada amarillenta se leía, simplemente: *Sonates ou Études*,

sonatas o estudios. Tocar las *suites* de ese ensayo (*suites* que servían como material de apoyo para estudiantes de violonchelo) le traía calma.

Pero Yago Galante no tomó la calle de Józefa hasta Bozego Ciala, ni subió al piso que ocupaba con su hijo. La vida tenía planes distintos para él, y él entendió y abrió los ojos para verlos.

Notó que la bruma era tan espesa que se atoraba en las ruedas de un carro de caballos que pasaba por la calle. Cruzó el pórtico bajo la sala de oración del templo y ya en la banqueta miró a la izquierda —hacia la calle de Jakuba, justo donde Józefa se angosta para formar un callejón— y luego a la derecha, y allí, frente a él, bajo el arco de un edificio de cinco pisos, pudo ver cómo una parvada de cuervos revoloteaba en torno a un hombre que manoteó hasta perder el equilibrio y cayó sobre su espalda con tal estrépito que perdió un zapato.

Aquella imagen le causó miedo en un principio. Luego fue desentrañándola.

Los cuervos negros no eran cuervos, sino una parvada de adolescentes. Y no revoloteaban en torno al hombre: lo golpeaban ferozmente mientras él se aferraban a su maletín color oscuro.

—¡Déjenlo en paz! ¡Tengan temor de Dios y déjenlo en paz! —gritó Yago Galante.

Y mientras aceleraba el paso pensó que él no era alguien que citara a Dios porque era ateo, mucho menos para espantar ladronzuelos. "Me darán de palos junto al otro", razonó. Se dijo que apelar al temor de Dios era un signo de debilidad.

Los adolescentes se dieron por advertidos y empezaron la retirada. Yago Galante vio que se llevaban el maletín del desconocido, quien yacía sobre la tierra y gemía.

—¿Está usted bien? —dijo Yago Galante. Recibió quejidos por respuesta—. ¡Malditos jovenzuelos!, agregó.

El hombre sangraba del rostro, y él pensó que se habría desmayado por los golpes. Pero al instante vio algo más grave: una herida en el estómago.

—¡Se muere! —dijo espantado, y con ambos brazos lo arrastró hacia la sinagoga.

El rabino salía, atraído por el escándalo.

—¡Maestro, maestro, ayuda! —exclamó, aunque no fue necesario: el rabino corría en su dirección, levantando las manos y lanzando preguntas atropelladas.

("¿En dónde estaba el rabino cuando lo buscaba?", pensó. "¿Se escondía de mí?")

Y así fue que Yago Galante conoció, en el año de 1904, a Hans Bauer, un hombre extremadamente delgado y alto, con una barba en forma de candado delineada a la perfección y un porte de caballero que habría dificultado a cualquiera de los dos que lo auxiliaban dirigirle la palabra sin anteceder, por lo menos, el título de señor.

Llevaba un sombrero alto que se perdió en la refriega; usaba una gabardina abierta y sin botones, con una solapa amplia de pelo que iba de los hombros y el cuello hasta las pantorrillas, y debajo un frac de tres piezas: saco largo de lana oscura, pantalón negro ajustado con leves líneas también grises, y un chaleco sin detalles que destacaba la camisa de algodón y el moño negro.

Aquel atuendo, sin embargo, era anticuado. Incluso para Yago Galante y para el rabino, que no eran hombres que atendieran la moda o estuvieran atentos a los cambios generados en París, Londres, Berlín o cualquiera de las capitales que marcaban la pauta en esos años.

De hecho, el atuendo hacía que Hans Bauer pareciera un caballerito aristocrático de un siglo antes, porque el pantalón estaba tan ajustado que parecía de montar, y el saco debajo de la gabardina terminaba en dos puntas, ridículas para esos años.

En resumen, el frac no era frac sino tres piezas sueltas de muy buena calidad pero lo suficientemente viejas para que los otros lo notaran.

—Mi maletín… —dijo Hans Bauer apenas volvió en sí. Estaba tan débil que no pudo siquiera abrir los ojos.

—¿Cuál maletín? ¿De qué habla? —dijo Yago Galante—. ¿Se le perdió un maletín?

Repasó la escena frente a la Sinagoga Alta. Recordó cómo la parvada de cuervos —que no eran cuervos sino adolescentes— le arrebataba, antes de herirlo o mientras era herido, un maletín.

—Mi maletín… —repitió Hans Bauer, y volvió a la inconsciencia.

Hans Bauer despertó una semana después, muy demacrado, metido en unos calzones largos y con la barba desaliñada.

El deseo de morir que visitaba de cuando en cuando a Yago Galante había desaparecido para entonces.

Las tardes seguían brumosas.

2.

Hans Bauer se asombró cuando Yago Galante le dijo que Joseph Galante, su hijo, había nacido el 29 de diciembre de 1896.

—¡Qué coincidencias las nuestras! —expresó. Jalaba sopa del plato con una cuchara—. Tengo un hijo que nació el mismo día, el mismo mes y el mismo año.

No tuvo que contarlo porque no se lo preguntó su anfitrión, pero había más coincidencias entre los dos niños. Por ejemplo, que ambos crecían sin madre.

—Mi esposa murió dos días después de dar a luz —dijo Yago Galante—. Murió minutos antes del primero de enero.

Una sombra oscureció buena parte de su rostro.

Yago Galante no le preguntó sobre su esposa por educación, y además porque no quería conocer la historia. Hans Bauer simplemente brincó a otros temas.

—Dígame, por favor, ¿cómo recuperó mi maletín? —preguntó.

—No es difícil para alguien como yo enterarse qué hace cada quién en este barrio —respondió el otro, con un aire de vanidad fingida que lo avergonzó.

—¿Quiénes eran? ¿Por qué me golpearon? No sabe usted cuán agradecido estoy. De no ser por usted, seguramente habría muerto…

—Fue la casualidad. Adolescentes perdidos, señor, que se juntan en parvadas para asaltar a los visitantes —dijo, y cuando pronunció *casualidad* notó que deliberadamente excluía a Dios; y cuando dijo *parvadas* recordó aquella visión, la de los cuervos.

—¿Pagarán por lo que hicieron? —cuestionó Hans Bauer. Imaginaba que para recuperar el maletín color oscuro, Yago Galante

habría recurrido a la policía y los adolescentes estaban ya en sus manos.

—No todos pagan por sus errores, señor. La vida no es así de justa —respondió.

La mente de Yago Galante se había deslizado hasta la escena del 31 de diciembre de 1896, cuando Débora Lewi daba los últimos suspiros.

—La vida no es así de justa, señor mío —concedió el herido.

Hans Bauer regresó, en ese momento, a la cama. Joseph Galante brincó a la orilla del colchón y Yago Galante le pidió que dejara descansar al huésped.

Hans Bauer, sin embargo, reaccionó y dijo:

—¿Cómo cree usted que un niño tan hermoso y formal podría molestarme? Ha sido mi compañía. Con él aquí, a mi costado, me siento menos solo.

Yago Galante se sintió feliz por un momento. La compañía de Hans Bauer le agregaba temas para pensar y alejaba el deseo de morir que lo visitaba de cuando en cuando. Quizá por eso se atrevió a sacar el violonchelo. Buscó los papeles amarillentos del ensayo de Johannes Sebastian Bach editado por Janet et Cotelle en 1824, en cuya copia había estudiado su instrumento.

En la portada de los papeles se leía, simplemente: *Sonates ou Études*, sonatas o estudios.

Yago Galante no sabría, por las razones que sean, que unos años antes un español encontró copias de esa misma pieza en una tienda de Barcelona. El año: 1888. Justo cuando a él, a Yago Galante, le regalaron sus copias.

Pau Carles Salvador Casals i Defilló aprendió violoncelo desde los doce años en las *Sonates ou Études*. Como Yago Galante.

Algunos biógrafos dicen que Casals obtuvo una copia de las partituras de los talleres Friedrich Grützmacher. Las de Yago Galante eran, definitivamente, de Janet et Cotelle.

Los ensayos de Bach cruzaron casi dos siglos como simple material didáctico. Casals los grabó después con su nombre pleno: *Suites para violoncelo solo*. El musicólogo alemán Wolfgang Schmieder había ya registrado las suites con los números 1007,

1008, 1009, 1010, 1011 y 1012 dentro del catálogo Bach-Werke-Verzeichnis, o BWV, con el que se intentó clasificar la extensa obra de Bach.

El mismo año de 1888, cuando Casals y Yago Galante se hacían de sus copias de *Sonates ou Études* para aprender violoncelo, el 17 de junio nace Heinz Wilhelm Guderian en Culm, cerca de Dansk, en ese momento parte de Prusia Occidental, en la Alta Silesia.

Ese dato es importante y también éste: que cuando Hans Bauer y Yago Galante se conocieron, en 1904, el censo en curso enumeró 11 665 habitantes en Culm: 5 131 alemanes y 6 534 polacos.

Heinz Wilhelm Guderian, hijo del oficial prusiano Friedrich Guderian y de la también militar germana Clara Kirchhoff, se volverá decisivo en la vida de los Bauer y los Galante un cuarto de siglo después.

—¿Qué toca, Yago Galante? —preguntó Hans Bauer.

—Estos ensayos, estimado señor —se interrumpió en la *allemande*—. Estudios que dejó Bach para sus alumnos de cordófono de arco.

Hans Bauer no supo qué era un cordófono de arco y le pareció que preguntar era una imprudencia mayúscula. Era un hombre estudiado y apreciaba la música culta, pero también era vanidoso y más con los extraños. Aunque llevaban varios días juntos, consideró, seguían siendo extraños. Decidió no preguntar qué era, pues, un cordófono de arco.

Pero Yago Galante vio en su rostro la pregunta y la respondió, sin hacer daño a su orgullo.

—Como usted sabe, el instrumento de Bach no fue el violoncelo. Tampoco la viola da gamba o cordófono de arco, como también se le conoce.

—Cierto —dijo Hans Bauer.

—Estos ensayos me atraparon. Sé que no son considerados la obra maestra de Bach, pero yo he encontrado en ellos mi consuelo.

—Entiendo.

Yago Galante no terminó la *allemande* de la primera suite. Se siguió con la *courante* y cuando terminó la *gigue* se hizo un profundo silencio entre los tres. Joseph Galante seguía con ellos.

—No me ha dicho a qué se dedica, Hans.

—Tiene usted razón. Soy un desatento y maleducado, señor mío.

—No, no diga eso. No hemos podido platicar siquiera.

Hans Bauer pensó que no había preguntado a Yago Galante cuál era su oficio, a pesar de que ocupaba su casa, tomaba de su sopa y usaba sus calzones largos.

—Soy vendedor de almas —dijo Hans Bauer, y en eso se escucharon ruidos en la puerta.

—¿Vendedor de almas?

Cuatro hombres entraron al piso y cuando Hans Bauer hizo un esfuerzo por incorporarse, corrieron hacia él para auxiliarlo. Yago Galante y su hijo se hicieron a un lado para dar espacio. Traían un cambio de ropa e incluso medicamentos.

Uno de ellos, que parecía liderar el equipo, volteó a verlos y propuso al dueño del piso:

—¿Me permite un momento?

Ambos salieron al pasillo. El hombre extendió un sobre de papel abultado por billetes.

—Esto es suyo —dijo.

Yago Galante lo rechazó con un gesto.

—Gracias, señor. Aquí no necesitamos dinero —dijo.

Hans Bauer no se enteró. Ya de pie, arrastrándose con dificultad hacia la puerta, hizo una pausa para ver, detenidamente, el piso. Se veía contento.

Dirigió su vista hacia Yago y Joseph Galante con los ojos cargados de agradecimiento.

—Han salvado mi vida —dijo.

—Hicimos lo que cualquiera hubiera hecho.

—Evidentemente no —respondió Hans Bauer.

Hans Bauer iba con los brazos extendidos sobre los hombros de dos de los cuatro que habían llegado momentos antes. Arrastraba los pies.

—¿Qué es un vendedor de almas? —dijo Yago Galante tomando la perilla de la puerta, antes de cerrar.

—Ah, eso —respondió el otro. Dio un giro con la cabeza y halló en los ojos de su nuevo amigo cierta preocupación.

—Eso, sí.

—No se preocupe, querido amigo. Quiero invitarlos a mi casa. Quiero corresponder a su gentileza —dijo.

—No es necesario.

—No porque sea necesario —insistió—. Es porque estoy agradecido y les debo, por lo menos, mi amistad. Y no se diga la vida.

—No es necesario.

Hans Bauer le clavó los ojos:

—Insisto. Vendré por usted. Así le cuento más de mí y conocen a Franz, mi hijo.

—¿Franz? —dijo Joseph Galante acercándose a la puerta.

—Franz —dijo Hans Bauer—. Ustedes dos serán amigos, lo presiento. Tiene tu misma edad.

Hans Bauer seguía sorprendido porque su hijo y Joseph Galante habían nacido el mismo día, del mismo mes, del mismo año: 29 de diciembre de 1896.

—Qué coincidencias las nuestras —dijo antes de perderse, primero por las escaleras y después por el barrio de Kazimierz, en Cracovia.

La ciudad, parte de Polonia, estaba en esos años bajo administración del Imperio austrohúngaro.

3.

La mañana fresca de abril empujaba, con brisas intermitentes, olores distintos: fusas y semifusas, corcheas y florituras, el carbón que arde en las estufas, la resina de los troncos cortados con el hacha, el excremento de los caballos de carreta, los brotes de yerba verde, la tierra húmeda que es apenas una promesa.

—Escuche —dijo Hans Bauer—. Vea.

—Escucho y veo —respondió Yago Galante.

Ambos estaban inclinados y con los rostros separados apenas diez centímetros. Trataban de pegar la oreja, sin toparse con la nariz, a la bocina de un gramófono.

—Quizá se necesite una mesa más alta, una a modo.

—Quizá, quizá.

—Quizás estos aparatos deban entregarse en un mueble más grande. Esta caja parece frágil, Hans.

—Quizá, Yago, quizá. Escuche.

—Quizás un día no tengamos que ir a la ópera, Hans.

—Ése es el punto. Justamente ése es el punto, Yago.

Hans Bauer levantó entonces la aguja del gramófono; caminó a una esquina del salón y se sirvió agua de una jarra cuya boca estaba cubierta con una manteleta blanca. Vestía pantalones ajustados de montar y botas hasta la rodilla.

Entusiasta, dio largas zancadas hasta donde se encontraba su invitado y se paró frente a él.

—Quizá muy pronto no tengamos que ir a una sala de conciertos para escuchar música —repitió la idea.

Hans Bauer confiaba en el desarrollo de la ciencia y veía, en la tecnología, luces para el porvenir. Apenas días antes había llegado a

su casa el gramófono, inventado en 1887 por el alemán Emile Berliner, su coterráneo, quien lo patentaría un año después.

Para él, como se lo dijo a Yago Galante en esa conversación —y como se lo ratificaría en pláticas posteriores—, ese gramófono significaba una revolución: atrapar voz y sonido en un aparato cambiaría al mundo. Y se preguntaba y se respondía qué habría pasado si se hubiera inventado doscientos años antes; cómo habría afectado la Historia y de qué manera habría alterado la historia de la música.

—Recuerde la *Sinfonía n.*o *9*. Recuérdela —dijo Hans Bauer—. No podemos escucharla ahora mismo, aquí, así que hay que recordarla. *O Freunde, nicht diese Töne!*

Los dos cerraron los ojos unos segundos.

Hans Bauer agregó: "Es muy probable que Beethoven no se hubiera visto en la necesidad de repetir una y otra vez las variaciones sobre sus temas principales si hubiera existido el gramófono en su tiempo. Si su sinfonía puede ser escuchada una y otra vez en casa, ¿para qué tratar de colocar una idea, una tonada, un ritmo?

—Explíquese.

—Freude, schöner Götterfunken,
Tochter aus Elysium,
Wir betreten feuertrunken,
Himmlische, dein Heiligtum!
Deine Zauber binden wieder
Was die Mode streng geteilt;
Alle Menschen werden Brüder
Wo dein sanfter Flügel weilt.

Cantó Hans Bauer de memoria, impostando la voz.

—Maravilloso —dijo Yago Galante, elevando los ojos y las manos al cielo, aunque él era un hombre que procuraba alejarse de la fe o, más concretamente, de la religión.

—Usted sabe que los compositores que disfrutaron la fama en vida, incluidos los más exitosos de su tiempo, ejecutaron apenas unas cuantas veces sus obras. Una persona con recursos suficientes

habría escuchado una, dos veces si mucho, alguna pieza de un autor famoso.

—Cierto.

—Usted sabe que el *reprise*, las repeticiones y las variaciones sobre el tema principal de una obra y sobre el tema secundario de esa misma obra pretenden reafirmar en los amantes de la música una idea imborrable, que se les quede y la puedan repetir más tarde.

—Correcto.

—Una idea inmortal.

—Cierto.

—Usted es un hombre culto. Sabe que en gran medida la forma sonata responde a una convención que permitió afianzar técnicas, a la vez que ayudó a los compositores a confirmar cierta tonada. Los compositores querían que los niños silbaran sus melodías en las calles; que los cocheros las tararearan y que las mujeres entonaran las arias en sus casas con sólo haber escuchado la tonada una vez.

—Le concedo que puede ser así.

—Es así, querido amigo.

—Bueno, es el caso de la *Sinfonía n.*o *9* —dijo Yago Galante—. Si mal no recuerdo, a la segunda representación no fue casi nadie, aunque la primera fue ampliamente aplaudida.

—Justamente. Regresemos a la *Novena* de Beethoven. Hablamos de una pieza única, que no quepa la menor duda; algo casi divino. No quiero que me malinterprete. No quiero que piense que estoy faltándole al respeto a uno de los músicos más importantes de la historia alemana y de la historia del mundo.

—Lo sigo.

—Cuando escucha usted el cuarto movimiento, ese extraordinario coral que repite una y otra vez un tema principal, pareciera que no le sobra nada, ni le falta.

—Es así.

—Pero ¿qué hubiera pasado por la mente del artista al momento de componer, si estuviera consciente de la existencia del gramófono? Dígame, ¿cómo habría afectado en Ludwig van Beethoven la existencia de un aparato que podía llevar su idea una y otra vez a

miles de hogares, sin necesidad de que él debiera repetirla muchas veces en la partitura?

—Se lo concedo. Y quizá Beethoven habría acortado sus piezas; quizá la *Novena* habría terminado en diez minutos —dijo Yago Galante.

Hans Bauer creía en la idea del progreso. Así se lo había compartido a Yago Galante en alguna ocasión. En este encuentro, frente al gramófono, se lo confirmó.

—La tecnología, Yago, cambiará este mundo. La ciencia modificará la manera en la que pensamos. No existe más destino que este que se abre ante nosotros —dijo inspirado—: ¿cómo renunciar al perfeccionamiento? Mírelo, aquí, ahora mismo: mañana toda la música llegará al fin del mundo sin tener que desplazar músicos e instrumentos.

Yago Galante no quiso guardarse las palabras. Aprovechó que Hans Bauer hizo una pausa y dijo:

—Los que van enfrente en la marcha de la humanidad quizás estén pensando en una "idea de la perfección", Hans. Pero el progreso es para unos cuantos. No veo que el progreso, por sí mismo, se traduzca en igualdad. Si el progreso es para beneficio de unos cuantos, entonces yo y otros como yo nos opondremos, ¿me explico? Progreso, progreso, pero ¿progreso para unos cuántos? Por eso no me gustan las escuelas nacionales del siglo XIX: los nacionalismos plantean un amor desmedido a los centros y una exclusión de las periferias.

—¿El progreso devora las periferias? —dijo Hans Bauer. Abría los ojos amplios y se acomodaba en un sillón, con el ánimo de discutir.

—Los hombres montados en una idea del progreso devoran periferias para mantener la marcha hacia *su perfección*, querido Hans. Hemos creído durante un siglo que Alemania, Italia y Francia son el centro de la música occidental. Las escuelas nacionales dominantes del siglo pasado no fueron sino madres llenas de leche, con los pechos abiertos, dispuestas a amamantar para transmitir todo lo que son: sus miedos, sus enfermedades; algo de grasa y alimento también. Las escuelas nacionales, esencialmente las de

estas tres naciones, pregonaron un camino único hacia la música culta, y en la marcha se comieron todas las expresiones disidentes.

Ambos sintieron que un torrente de ideas se agolpaba en sus cabezas. En los dos estaba el impulso a debatir, hasta el final. Pero no lo hicieron. Tuvieron miedo de romper lo que apenas se estaba construyendo. La paciencia de uno con el otro y la prudencia evitaron acabar lo que fuera que se estaba edificando.

Yago Galante sugirió caminar por el barrio de Kazimierz, donde se encontraban.

—Explíqueme cómo es que ha decidido mudar su residencia más cerca de Polonia —le dijo a Hans Bauer.

—Caminemos, sí. Caminemos y le cuento, Yago. Además, tengo un negocio que proponerle. Yo sé que me dirá que sí.

—¿Vendiendo almas, Hans?

—Vendiendo almas, Yago.

Y los dos rieron.

Caminaron por las calles de Cracovia sin agenda y sin tema de conversación. Salieron del piso en Wolnica y se dirigieron hacia la Plaza Mayor sin proponérselo. Hans Bauer dejó hablar a Yago Galante; lo común era que él asumiera el rumbo de la plática, no en esa ocasión.

En la calle Grodzka, su amigo judío le contó cómo su familia y otras habían desarrollado el comercio de libros en la zona, hasta su prohibición, en 1806, cuando toda la actividad del centro de la ciudad fue limitada o gravada para los judíos.

—La Universidad Jagellónica se fue apropiando de los edificios de los judíos, y hasta de una parte del cementerio judío, a la vez que se nos prohibió vender libremente a los estudiantes los libros que requerían; irónico, tratándose de una universidad, ¿no cree? —le dijo.

Al llegar a la casa marcada con el número 62, todavía sobre la calle Grodzka, Yago Galante se adelantó a Hans Bauer y extendió su mano, solícito, a un hombre de unos 60 años o más que tomaba el sol sobre la banqueta. Algo hablaron y luego se despidieron con breves pero notorias ceremonias.

—Józef Fiszer —le dijo Yago Galante cuando se retiraron.

—¿Quién es Józef Fiszer? —respondió el otro.

—Antes, dicen, fue *chazan* de la Sinagoga Alta. Un cantante. Hoy es un revolucionario.

—¿Un revolucionario? ¿Un anarquista? ¿Un comunista? —preguntó Hans Bauer, y pensó más en la tercera posibilidad, porque era sabido, en esos años, que una fuerte corriente socialista era impulsada desde las comunidades de judíos por todo Europa.

—No. Es un impresor. Su imprenta es famosa en todo el mundo, Hans —enfatizó en lo de *todo el mundo*—. Escritores, poetas y periodistas de *todo el mundo* lo buscan para publicar en su editorial. También los rabinos. Ejemplares notables de la Torá han salido de su imprenta, Józefa Fischera, así como trabajos de Spinoza, Yitzhak Leib Peretz, Józef Gedalías Klausner o Sholem Asch.

—¡Fascinante! —dijo Hans Bauer, gratamente emocionado.

—En Cracovia no existe ley de censura, Hans. Muchos autores, sobre todo rusos, vienen a imprimir sus obras con Józef Fiszer. De su imprenta salen periódicos en hebreo para todo el mundo: el *Hazman*, por ejemplo; también otras publicaciones periódicas como *Ha-Sziloah*, *Ha-Tor*, *Ha-Zman* y *Ha-Magid*.

—¿Y las autoridades polacas?

—¡Shhh! —se llevó un dedo a la boca y cargó los ojos de picardía —. Que no se enteren. Hable en voz baja.

Dio un largo suspiro y volvió al gesto de angustia al que Hans Bauer se estaba acostumbrando.

—A ver cuánto nos dura… —concluyó.

La mañana fresca de abril empujaba, en brisas intermitentes, olores distintos: la resina de los troncos cortados con el hacha, el excremento de los caballos de carreta, la esperanza de un día mejor.

* * *

(Yago Galante pensó más tarde ese mismo día que se genera un debate desigual cuando se mezcla *la idea de la conservación del sonido* con la antigua lucha por *mantener en el tiempo la uniformidad de la música*, cualquier música. Se trata de dos cosas muy distintas, no comparables, no compatibles, se dijo, cuidando no

menospreciar —aun con el pensamiento— el optimismo permanente de Hans Bauer. Los métodos usados para custodiar tradiciones musicales de sus antepasados podrían ser un punto de partida, pero para someter el orgullo de su amigo y minar su entusiasmo, y no para abundar en la discusión. Qué podrían hablar de los métodos de cantilación para marcar acentos, ritmos y pausas en los salmos de los judíos de cien o mil años antes. Para qué adentrarse, se dijo, a las neumas; o a los cantos gregorianos deformados, en su tránsito a través del tiempo, por la ausencia de un sistema de notación. Que si Guido de Arezzo y Pablo el Diácono se robaron las sílabas del solfeo del sistema árabe *durr-i-mufassal*. Que si el largo camino para encontrar una manera de codificar un sistema único y completo que, si existiera, sería más fiel que cualquier grabación, que cualquier gramófono. En pocas palabras, razonó Yago Galante, no hay ocasión que valga minarle el ánimo a nadie. Por eso decidió guardar silencio, y no para agachar la cabeza, sino para evitar que se detuviera ese torrente de emociones llamado Hans Bauer. Así lo razonó).

(Pero tampoco podría escatimarle la razón: el anterior había sido un siglo de virtuosos cuyas ejecuciones se perdieron para siempre porque no quedaron grabadas, aun cuando existan las partituras. Pierre Marie François de Sales Baillot o Rodolphe Kreutzer en las cuerdas, por ejemplo, a quienes se sigue estudiando pero no se pueden escuchar; o el mejor ejemplo de todos: Paganini, quien no imprimía constancia de los arreglos que lo distinguían en vivo porque prefería dejarlos como sorpresa para asegurarse presentaciones. O Chrétien Urhan, a quien le fue conferida la parte solista de *Harold en Italie* de Berlioz porque Paganini se negó a ejecutarla; o Adrien-François Servais, a quien Rossini dedica su *Concierto para violoncelo*; o Jean-Delphin Alard, a quien se atribuye haber inventado —sí, inventado— a Sarasate. Todos perdidos casi por completo y para siempre. Y sólo el recuerdo perdura).

4.

—¿Gogol?

—En efecto. Chíchikov compraba almas. Yo las vendo.

Hans Bauer hizo una pausa risueña. Se escondió por unos momentos en una recámara de su interior. Sacó documentación y argumentos. Regresó:

—En realidad no son almas, pero mi padre así bautizó nuestro negocio. Por él es que me llamo así: vendedor de almas. Mi padre tomó el término *almas* de los rusos, y específicamente de *Almas muertas*, de Gogol. La novela fue muy famosa cuando él era joven. *Almas*, como usted sabe, es un término que se utilizó en la Rusia rural para identificar a los siervos; posteriormente se usó para llamar a las personas del campo en general. Entiendo que el término *almas* sigue significando posesión. Lo entiendo. Pero en realidad, en este negocio, por algunos momentos somos dueños de esas almas.

—Gogol era ucraniano.

—Ruso.

—Ucraniano —insistió Yago Galante.

—¿Ucraniano? —dudó su amigo.

Otra vez se refugió en su interior. Hans Bauer hacía eso con frecuencia. En ese preciso momento pensaba en su padre; lo vio, vestido con las mismas ropas que él, dando largos pasos en su casa de Berlín, fumando, sumando en voz alta. Pensó que su padre había muerto con la idea de que Gogol era ruso.

—¿Pero cuál es su negocio, Hans? —interrumpió Yago Galante.

—Vendo trabajadores; o, más correctamente: vendo fuerza de trabajo. Es un negocio muy noble, por más sórdido que parezca; y beneficia a todos —respondió Hans Bauer, y entró a los detalles—.

Usted va a construir un puente en San Petersburgo o en Sebastopol; necesita obreros y necesita ingenieros; requiere maquinaria y también materiales. Yo aporto lo primero: los obreros. Me buscan los gobiernos; me buscan los empresarios. Yo les pregunto cuánta gente requieren y qué garantías ofrecen. Negocio un precio, que siempre busca ser el más alto porque yo llevo comisión por cada alma, es decir, sobre cada obrero. Cada uno de ellos me deja un porcentaje. Lo que hago a continuación es que elaboro una lista de almas, que depende de muchas cosas. La experiencia es importante. Y también el desplazamiento: ¿para qué llevo a Moscú gente desde Belgrado, cuando tengo almas que han trabajado en Sebastopol? Es un ejemplo. Lo uso como ejemplo. Hay obras que me han requerido trasladar almas desde Tunicia o desde Venecia; obras grandes. Mi padre contaba que fuimos nosotros quienes logramos llevar a los otomanos hasta Viena. Una invasión pacífica. Lo contaba porque alguna vez llevó turcos a trabajar en la construcción de fábricas en Viena, ¿se imagina? El sueño de los sultanes, que era entrar a Viena, lo logramos nosotros. Mi padre decía que tuvo que cambiar nombres y hasta documentos de muchas almas para no asustar a los austriacos. Miles de almas llevó durante años desde el decadente Imperio otomano hasta Viena; miles; muchas de ellas entraban con documentos falsos.

—¿Y los gobiernos lo aceptan?

—Los gobiernos cooperan. Unas por otras. Mire: alguna vez, y esto lo viví cuando era un niño, llevamos almas de Tesalia y de Macedonia, de Epiro y Albania hasta París. Les conseguimos documentación polaca porque a los franceses les parecía peligroso que la operación fuera vista como una intervención en una zona que se estaba desgranando. Nos dijeron eso, o eso le dijeron a mi padre: cuidado con que se interprete como una intervención en los Balcanes. Porque, al final, usted hace un gran desplazamiento de almas pero también de recursos, de dinero. Se trastocan equilibrios. Cuando traslada gente de una nación a otra, esa gente genera necesidades a donde va, y también toma moneda local y la cambia por bienes o por otras monedas que luego envía a otras zonas del mundo, ¿me entiende? Mandan recursos a sus familias, ¿me explico?

—Se explica.

—Alguna vez trajimos trabajadores franceses a Alemania. Esto sucedió apenas diez o quince años después de la guerra. ¿Se imagina?

—Me imagino.

—¡Trabajadores franceses en Alemania! ¡Después de la guerra franco-prusiana!

—Entiendo.

—Usted puede traer alivio a zonas con alto desempleo; también puede satisfacer la demanda de trabajadores a regiones en desarrollo.

—Ya veo.

—Mi padre trajo rusos, hace muchos años ya, a Polonia.

—¿Rusos a Polonia?

—Cosacos. A Polonia. Con documentos falsos de Turquestán. La gente en Polonia los veía llegar a los campamentos de trabajo de Galitzia y pensaba que eran mongoles.

—¿Y Polonia lo permitía?

—Lo permitían los funcionarios, o lo exigían los empresarios. Mucho dinero de por medio.

—Increíble.

—Es un negocio noble, Yago.

—Impresionante.

—Lo es.

—¿Y para las guerras? ¿Su padre participó con almas para las guerras?

—No. La guerra ciega las almas. Nadie aceptaría luchar al lado del que va a violar a su madre, a su mujer y a sus hermanas. Nadie. Y nadie se los propondría.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Ni por dinero?

—No hemos llegado a eso. Nosotros no.

Hans Bauer se puso serio. Tomó a Yago Galante de los hombros y le dijo:

—Véngase conmigo, véngase a trabajar.

—¿Por qué yo?

—Necesito a alguien de mucha confianza.

—¿Y yo soy esa persona de confianza?

—Pongo mi peso en oro a que sí, Yago.

—¿Y qué debo hacer?

Entonces Hans Bauer empezó una larga explicación del negocio. Argumentaba consignas como: "lo importante son los censos" o "lo importante son los contactos".

—Yo llevo una lista actualizada de contactos y almas, Yago. Tengo contactos por regiones, por pueblos, por villas, por ciudades. Contactos de vendedores de almas a menor escala; contactos de autoridades y empresarios locales. Contactos actualizados. Algunos sirven para tramitar la documentación de las almas, otros para contactarlas.

—Gran trabajo.

—Gran trabajo de escritorio.

—Mucho trabajo.

—De contabilidad. Usted es bueno con los números.

—Puede ser, sí.

—Usted puede llevar ese padrón de contactos y almas. En el escritorio. Yo, en cambio, debo viajar largas temporadas para actualizar los padrones y para detectar necesidades.

—¿Cómo decide sus viajes?

—De muchas maneras. Me voy moviendo a las regiones en donde hay necesidades. En mi viaje aprovecho para llegar a lugares en donde tengo contactos, gente. A muchos les escribo con anticipación, así veo temas puntuales.

—A eso vino a Cracovia en aquella ocasión.

—No. Vine por usted, Yago.

—¿Vino por mí?

—Por usted. Necesitaba a un buen administrador; ahora encontré algo mejor: un amigo.

—¿Quién me recomendó?

—El rabino. El rabino de la Sinagoga Alta.

—¿El rabino?

—Sí. El rabino y su mujer, Itusia; han sido mis amigos durante años. Los conocí en Cracovia, en una tienda de muebles que era propiedad de alguien de su familia. Una tienda de muebles que está sobre la calle de Starowiślna.

—Los conozco bien.

—Muy cerca del cementerio.

—Lo sé.

—Y de la sinagoga.

—Conozco mi ciudad, Hans.

—Llegué a esa tienda de muebles cuando decidí mudarme más cerca de Cracovia.

—¿Por qué más cerca de Cracovia?

—Porque es un lugar mejor para mi hijo. Huelo conflicto en mi país, Yago. Algo viene.

—¿Y usted es el optimista?

Se dieron la mano para despedirse, y para más: para confirmarse amigos, para saludarse y agradecerse y para cerrar la plática.

Y así fue que Hans Bauer contrató a Yago Galante.

Esa relación duraría muchos años y no fue sólo de negocios: se selló con la amistad.

Los hijos de ambos, Franz Bauer y Joseph Galante, crecerían como dos hermanos, hasta que la Gran Guerra los separaría para siempre.

En un principio, Yago Galante se sintió otra alma en la vida de Hans Bauer. Y terminó aceptándose como lo que era: un contador de almas. Algunas veces, mientras sumaba nombres y restaba tareas, se preguntaba quiénes estaban, realmente, detrás de esas largas listas sin rostro.

"Son sólo almas", se decía. Y esa respuesta lo asustaba.

Uno de los muchos días en los que trabajaron juntos, Hans Bauer se acercó a un Yago Galante atareado, que contaba.

—*Arbeit macht frei* —dijo de la nada—. El trabajo libera.

—Cita usted a Lorenz Diefenbach —observó Yago Galante; suspendió lo que hacía para clavarle los ojos con reserva—. Cita usted a un nacionalista identificado con el antisemitismo.

—No. Cito un dicho *muy alemán*. O quizá cito al otro que reside en la misma persona: cito a Lorenz Diefenbach el escritor, el miembro de la Academia de Ciencias, el bibliotecario…

—Son uno mismo —repeló.

Yago Galante sintió que ese hombre frente a él distaba mucho de ese otro que un día estaba indefenso, a merced de una parvada de cuervos, tirado en el piso cerca a la Sinagoga Alta.

5.

Yago Galante no podría olvidar que fue una noche con sol, brillante y amarilla. La luz le pareció altanera por borrar a deshoras la oscuridad de los callejones con su reflejo en las ventanas; por arrancar sombras largas desde los pies de las personas, sin consultarlas.

La invitación decía, simplemente:

"Se le llama a presentarse al hospital de Katowicy", que es el nombre silesiano para Katowice. Katowicy, en ese tiempo, era parte de Prusia.

Abajo de la invitación firmaba un doctor de apellido germánico y más abajo estaba la marca de fecha y hora, impresa con puntitos azules como los de los relojes de las fábricas.

No pudo preguntar de qué se trataba tal requerimiento porque el mensajero lanzó el papel color naranja por debajo de su puerta, sin tocar. Tampoco supo cuál hospital, o si Katowice tenía más de un hospital.

El instinto sugirió a Yago Galante que una invitación desde un hospital nunca es una invitación: es un llamado.

Y no podría olvidar que fue una noche con sol cuando salió de su casa en Cracovia con destino a Katowice. Y que justo cuando llegó a la estación de tren, el sol hizo la gracia de desaparecer para dejarlo con su hijo en una mano y una pequeña maleta en la otra.

—El señor le espera —le dijeron en el hospital.

Sólo había un hospital en Katowice.

—¿Qué señor me espera? —apenas pudo responder.

El señor era Hans Bauer, que yacía boca arriba en una cama, con una sábana elevada cubriéndole parte del pecho y hasta los pies.

—Ya ve —dijo Hans Bauer como si continuara una conversación —, que lo mío son los hospitales. Paso por enfrente y me llaman.

Su rostro había perdido brillo. Las palabras salían de su boca con tono de disculpa. Le temblaban las manos y la piel del cuello estaba ligeramente colgada, a pesar de que era un hombre delgado.

Yago Galante notó que su amigo había extraviado el motor del optimismo.

Hans Bauer había heredado de su cultura y de su padre una visión alegre del futuro. Los años anteriores fueron, para el Reino de Prusia, de guerras intestinas y conflictos internacionales; pero fueron, y ésa era su gran lección, los años de consolidación para el Estado moderno. Ese tránsito, cargado de traumas y de victorias, lo había vivido la familia Bauer desde adentro, como parte viva de un imperio antiguo que buscaba, primero, no desintegrarse, y caminaba directo a la consolidación.

Además, la fortuna familiar había crecido al ritmo del ánimo del pueblo germano. El padre de Hans Bauer solía contar, ya entrado en años, cómo su carácter se había afianzado durante la guerra de las Siete Semanas; también decía, con orgullo y con pesar, que había sido un conflicto necesario.

"Era necesario derramar sangre para que Austria entendiera la urgencia de la unificación", decía, "pero no la unificación en una gran Alemania, sino en la Alemania que somos hoy, sin Austria".

Contaba cómo sus habilidades para organizar almas le habían servido al Reino de Prusia. Quizás exageraba, quizá, nadie sabe. Así lo contaba.

"Esa guerra —decía— la ganó Prusia porque supo reclutar y movilizar a sus conscriptos con velocidad y precisión de relojero. Miles de hombres en edad de pelear salieron de sus casas el 13 de julio de 1866 y el 14 de julio ya estaban en el campo de batalla, armados, adiestrados y peleando. Eso se logró porque cientos de hombres, como yo, nos dedicamos a organizar las movilizaciones por toda la nación; se logró porque el Sacro Imperio Romano Germánico supo, tiempo atrás, que el ferrocarril era el futuro".

El padre de Hans Bauer hablaba del Sacro Imperio Romano Germánico como si todavía existiera. Lo había escuchado de su

padre y de su abuelo y lo mantenía en la mente como un recurso del lenguaje para cuando era necesario imprimir dramatismo a lo que iba narrando.

"El Sacro Imperio esto, el Sacro Imperio lo otro", decía orgulloso, levantando el índice y engrosando la voz. Así era el padre de Hans Bauer.

El Sacro Imperio Romano Germánico era una idea de un siglo atrás.

Ese día, en el hospital, Hans Bauer parecía haber extraviado el motor del optimismo y no porque tuviera miedo del porvenir. Apostaba al porvenir. Sin embargo, el porvenir no apostaba por él.

Su hijo, su único hijo, estaba llegando a edad para la guerra.

Alemania vivía años de una intensa política exterior, de acuerdos de salón y tratados para garantizarse la paz; pero casi cualquier chispa podría encender el ánimo de un pueblo que había visto la retirada de las tropas del Primer Imperio francés y luego las de sus hermanos austriacos. Y en ese momento peleaba, cuerpo a cuerpo, las colonias de África.

Fue por ese temor escondido que Hans Bauer decidió establecerse en 1904 más cerca de Polonia, en parte atraído por la posibilidad que le daba la Alta Silesia a sus negocios y en gran medida por su creciente preocupación por la política interna alemana.

Notaba, y así se lo hizo saber en distintas ocasiones a Yago Galante, que el clima en su país no iba bien con su empresa porque le implicaba justificar ante las autoridades por qué desplazaba de una orilla a otra de Europa a personas de distintas nacionalidades.

Hans Bauer temía el creciente antisemitismo, además. Pero ese dato se lo guardaba.

Sin perder el optimismo por Alemania, movido por la precaución, se había desplazado hacia terreno "más seguro". Su casa —y un anexo amplio que habilitó como oficina— quedó a las afueras de un pueblo pequeño llamado Oświęcim, a poco menos de cincuenta kilómetros de Cracovia y muy cerca de Katowice, en la Alta Silesia.

El polaco era la lengua común en Oświęcim; también era posible escuchar, sobre todo para hacer negocios, el alemán: las guerras de

los años previos había dejado incluso remanentes de colonias prusianas.

Sin embargo, la lengua que daba homogeneidad era el silesiano, una mezcla de alemán, polaco y checo antiguos.

La Alta Silesia se presumía como una región próspera e industrializada, algo que alentaba los ímpetus de Hans Bauer. Su padre, que había llevado almas a esa zona para construir vías de tren, narraba cómo había asistido, de niño, a la puesta en marcha de la primera máquina de vapor en la Europa continental, justo allí, en la Alta Silesia.

Los silesianos tenían orgullo regional y al mismo tiempo apelaban a sus orígenes germánicos. En un intento por restar fuerza a la población llegada de Prusia o de Austria, las autoridades polacas habían apoyado una discreta migración de distintas regiones, entre 1880 y 1885.

Y una comunidad amplia de judíos —venida sobre todo de Galitzia— se había establecido en esa región, atraída por los negocios crecientes.

Hans Bauer no se complicaba demasiado la existencia: su casa de Oświęcim era amplia, fresca en el verano y acogedora en el invierno, y con eso se daba por complacido. La región, marcada por los ríos Vístula, Sola, Klodnica y Rawa, crecía a un ritmo fuerte y ofrecía oportunidades, mientras que en Katowice, que servía como cabecera de sus negocios, las autoridades lo tenían en gran estima porque él y su familia habían ayudado con almas para desarrollar industrias, incluso la minería. Hans Bauer, su hijo y sus negocios eran más que bienvenidos.

Sentía que estaba bien: él en su casa de Oświęcim, Yago Galante no tan lejos: en Cracovia. Todos cerca de la Alta Silesia, que ofrecía desarrollo. Todo en territorio polaco, lejos de Alemania y de la inestabilidad que se olía desde lejos.

Su empresa era próspera en esos años y haber contratado a su amigo agregaba certezas. Era cierto que tenía en alta estima a Yago Galante; era cierto además que se sentía en deuda con él por aquel episodio en el que le había salvado la vida; por aquella tarde de cuervos en Cracovia.

Y el mismo Yago Galante estaba agradecido; y no podía olvidar aquel episodio frente a la Alta Sinagoga.

Y tampoco podía olvidar que fue una noche con sol, brillante, amarilla, cuando recibió aquella invitación al hospital de Katowice.

—Ya ve que lo mío son los hospitales —le dijo Hans Bauer acostado en una cama, con las manos temblorosas y una sombra en el rostro—. Paso por enfrente y me llaman.

—¿Qué le ha sucedido, Hans? —preguntó el otro, compungido.

—Mire —desplazó la sábana a un lado—. He perdido una pierna.

Los dos se vieron fijamente a los ojos. El rostro de Hans Bauer se tornó aún más oscuro y las manos, que ya le temblaban, apenas podían mantenerse sin brincar sobre la cama. Yago Galante pensó que la piel del cuello se le alargaba hasta tocarle el pecho.

—Mire. He perdido una pierna —repitió.

No hubo preguntas y tampoco explicación.

Yago Galante tomó a su hijo con una mano y con la otra, su pequeña maleta. No pudo ocultar su pesar y, en vez de expresarlo, dijo:

—Voy a su casa, Hans. Voy a ver a su hijo, a organizar a la servidumbre para su regreso. Voy a revisar los pendientes del negocio y también iré a comprar algo de ropa, porque he traído sólo las listas desde Cracovia.

—Mire. He perdido una pierna —respondió Hans Bauer antes de voltear el rostro hacia la pared blanca del hospital de Katowice, llamado también Katowicy por los silesianos.

Y Yago Galante salió, con su hijo en una mano, con rumbo a la casa de Oświęcim para preparar la llegada de su amigo en desgracia.

6.

Hans Bauer se escondió en un túnel oscuro y se asomaba cada mucho tiempo. Un túnel interior.

Asistía con la mente en blanco a las reuniones con Yago Galante, quien se había convertido en el hombre fuerte de la empresa; perdió el apetito por las cosas que antes le causaban hambre: la Historia, la idea del progreso, las monedas y las almas, la gastronomía, los buenos vinos, las conversaciones, la música. Se empezó a encoger en un sillón de respaldo alto y amplio y sólo parecía hallar gusto en su colección de grabaciones y aparatos reproductores: en casa tenía el gramófono de Emile Berliner, el Auxetophone de Victor y el Maestrophone de Paillard.

Yago Galante le preguntó sólo una vez cómo había perdido la pierna. Ambos se encontraban en la casa de Oświęcim.

Hans Bauer se concentró en mover la comida con un tenedor.

—¿Qué le pasó? —le dijo.

No hubo respuesta. Era 1906.

En los siguientes meses, Yago Galante asumió todas las tareas de Hans Bauer, incluyendo las personales. Realizó largos viajes para mantener vigentes los contactos y los padrones de almas; se reunió con decenas de representantes de gobiernos locales y con empresarios, e hizo tratos con sindicatos, cada vez más numerosos, en distintas regiones de Europa e incluso de Oriente Medio. Movilizó a miles de personas de un lado a otro recurriendo a todo tipo de acuerdos y enredos.

Ideó nuevas formas de desplazamiento de la fuerza de trabajo: para agregar valor a su intervención, elaboró contratos amplios con

empresas ferroviarias que transportaban mano de obra de manera masiva, a bajo costo, de un país a otro o de una ciudad a la otra.

Incluso fue visionario en la seguridad social de las almas: aunque no siempre, pudo obtener de los patrones garantías de salud y alimento, así como apoyos para vivienda temporal.

El peso de Yago Galante en la empresa se hizo sentir de muchas maneras. También en la casa de Oświęcim, en donde terminó ocupando uno de los pisos. La finca era lo suficientemente amplia para albergar la empresa y a las dos familias. Había sido construida de dos niveles y con un amplio sótano, al estilo del renacentista Palacio Goldstein (o Pałac Goldsteinów) mandado hacer en 1870 por los hermanos Abraham y Joseph Goldstein en el centro de Katowice.

Cada piso en esa casa de Oświęcim estaba equipado con recámara principal, recámaras adicionales, cocina, baños, sala de estar e incluso dos cuartos para la servidumbre. Los empleados domésticos le reportaban a Yago Galante, mientras que los hijos de ambos, Franz Bauer y Joseph Galante, se acostumbraron a su sola voz de mando.

Franz Bauer y Joseph Galante entraron a instituciones militarizadas y el segundo expresó desde entonces su voluntad de asistir a la Academia Militar de Berlín para luego solicitar su ingreso a la Escuela de Guerra de Metz. Eso era lo que le atraía. Alguna vez llegó a casa con revistas militares, francesas y alemanas, y comentaba, en pláticas de sobremesa, su interés en la telegrafía, por ejemplo, o en la mecánica. No había cumplido los 12 años cuando envió un ensayo a una de esas publicaciones con una idea para llantas y ejes de vehículos militares pesados sobre terrenos apantanados; los editores le respondieron con una carta en la que le aseguraban que su texto sería incluido en números posteriores; nunca sucedió, pero eso no le restó ánimo.

Hans Bauer había nacido en 1868. Era un hombre joven, en esos años, con toda la fuerza para luchar. Sin embargo se había abandonado al túnel oscuro en el que se refugiaba, celosamente, con sus misterios. Dos misterios, al menos: qué era de la madre de su hijo, y cómo había perdido una pierna. Yago Galante sospechaba que ambos secretos estaban relacionados.

Yago Galante ocultaba bien el pesar que sentía por su amigo. Trataba de mostrarse optimista con el futuro; intentaba inyectarle vida y lanzaba temas de conversación. Y en el fondo, al verlo, pensaba: "Qué gran tragedia es vivir".

No lo notó, no lo razonó siquiera; en esos años, empero, dejó de pensar en su propia mujer, muerta dos días después de dar a luz, apenas minutos antes del primero de enero de 1897. El deseo de morir que lo atrapaba de cuando en cuando se había desplazado a una sala de espera en su interior, sin que se diera cuenta cómo. Y seguía firme en su deseo de mantenerse lejos de la religión.

—Nosotros no vamos a la iglesia. No vamos a la sinagoga. ¿Tenemos alguna religión? —le preguntó alguna vez su hijo, Joseph Galante.

Vivían en la casa de Oświęcim; estaban los cuatro a la mesa.

Yago Galante cuidó las palabras antes de ofrecerle una respuesta. Estaba consciente de su responsabilidad.

—Yo no voy a la sinagoga, Joseph —le dijo—. No reniego de quien soy, mucho menos de mis orígenes y de mi raíz, pero no voy a la sinagoga porque he preferido alejarme de la religión. Tú podrás decidir lo que quieras con respecto a ése y a otros temas. En algún momento te llegará la hora de tomar decisiones y yo las respetaré y las respetará esta casa, si todavía estoy aquí.

Y en 1908, las cosas cambiaron.

Hans Bauer abandonó la silla a la que se había confinado durante un año para atender una serie de reuniones convocadas por, dijo, "empresarios y funcionarios". Debió dejar la casa de Oświęcim varias veces durante los primeros meses del año y acudió, siempre solo, a Berlín.

Yago Galante pasaba cada vez más tiempo en la finca, desde donde dirigía gran parte de las operaciones de la empresa.

Aunque la invasión sueca de 1655 había frenado la actividad del pueblo, su anexión en 1772 al Imperio de los Habsburgo —a la provincia de Galitzia—, y una serie de victorias militares contra Prusia en la guerra de 1866 volvieron a la comunidad un centro de control ferroviario importante que facilitaba el trasiego de almas:

desde allí era posible administrar los desplazamientos de la fuerza laboral hacia y desde Europa.

Yago Galante pensó que los viajes recientes de Hans Bauer a Berlín significarían una mayor actividad para el negocio, que él llevaba en su totalidad. No fue así. Los viajes, cada vez más frecuentes, no reportaron absolutamente nada a los ingresos, lo que empezó a generarle dudas.

Y más: la casa de Oświęcim fue escenario de varias reuniones que encabezaron funcionarios y empresarios alemanes y austriacos y en las que Hans Bauer fue anfitrión, y Yago Galante no estuvo invitado. Las discusiones se alargaban durante la tarde y hasta la noche. Se hizo notorio que entre los asistentes había militares de mediano o alto rangos, porque algunos de ellos llegaban con escolta que, aunque vestía de civil, cumplía protocolos de soldados: saludo marcial, espera en turnos de vigilia, armas.

Yago Galante empezó a sentir una gran angustia por lo que presenciaba y por la ausencia de información. Así fue que decidió inquirir a Hans Bauer mientras planeaba en secreto su regreso al piso de Cracovia.

Fue la primera vez; dos veces lo haría durante el tiempo que duró su amistad.

—Hans, sobre las reuniones… —le dijo en la primera oportunidad.

Era el verano de ese 1908. Hans Bauer revisaba listados muy parecidos a los que él llevaba para el negocio de las almas.

—Ah, las reuniones —respondió, levantando la cabeza y recargándose en el sillón de respaldo amplio.

Hans Bauer se movió, ayudado por muletas, hacia un lugar más cómodo en la misma sala de su casa. Se sentó y suspiró sin separar los ojos de Yago Galante. Dio un largo trago a un vaso con agua y le dijo:

—Como usted sabe, querido amigo, nuestro negocio está afincado en Prusia; pagamos impuestos al gobierno germánico y pagamos también lo correspondiente a los gobiernos que involucramos en el traslado de mano de obra, de almas. En los últimos meses, el gobierno prusiano ha sostenido pláticas conmigo

para encargarme una serie de negocios sobre los que vamos a trabajar juntos, usted y yo, querido amigo. No solamente se nos han ofrecido exenciones de gravámenes sino un impulso mayor a nuestro negocio. Están interesados en la metodología desarrollada todos estos años para ordenar los padrones de almas. Ahora quieren que desarrollemos un padrón amplio de almas en la Alta Silesia: gente con edad de trabajar. Buscan realizar una operación masiva para impulsar el trabajo en la región, y además quieren que en los siguientes años las almas que nosotros ubicaremos en esta zona sean distribuidas en otras regiones, incluso en otros países, en donde puedan desarrollarse.

Yago Galante fue aflojando el rostro, y Hans Bauer lo notó. Se relajó en el sillón, tragó más agua y continuó:

—Existen ya algunos censos generales realizados durante los últimos años —dijo—. Sobre esos censos hemos trabajado para ver su fiabilidad. La migración desde Polonia ha sido importante; una población amplia de judíos, por ejemplo, se detectó en el censo de 1905. La idea del gobierno, de algunos empresarios también, es detectar no sólo almas en edad laboral sino también los grupos raciales, lo que puede permitir dar a cada quién lo que corresponde a sus razas.

—¿Dar a cada quién lo que corresponde a sus razas? —repitió Yago Galante.

—Así es. Usted sabe que la población judía tiene una gran facilidad para el comercio. Bueno, la idea es que las oportunidades que abra este censo, realizado por nosotros, sean justamente en esa materia para ese grupo poblacional. Es un proyecto amplio, querido amigo. Amplio. Hay una gran nobleza en ello.

—¿Y por qué estaría involucrado el ejército de Prusia en el proyecto? —preguntó Yago Galante.

—No necesariamente —respondió el otro.

—Entre la gente que lo visita hay miembros del ejército prusiano; es notorio.

—Bueno, querido amigo, usted lo sabe tan bien como yo: en el gobierno germánico hay una alta presencia de funcionarios militares. Más aún en estos años.

—¿Más aún en estos años?

—Así es. Hay una estructura paralela del ejército en el gobierno. Así lo siento. Y es porque las escuelas militares han probado dar una buena educación a nuestros hijos. ¿O no, Yago? ¿No han probado dar una buena educación a nuestros hijos?

Yago Galante hizo un silencio. Poco qué discutir, pensó, sobre este punto. Tomó la iniciativa:

—¿Cuándo empezamos?

—Tan pronto como usted quiera lo incorporo en las conversaciones. Debe pensar que el hecho de que usted sea polaco podría generar recelo entre ellos. Pero pronto detectarán su talento, Yago. Pronto se superará cualquier barrera.

—Polaco y judío.

—Cierto, judío y polaco. Aun así, no veo ningún problema para que nos podamos sentar, como amigos, a discutir este negocio. Es un negocio y nada más. Nos ofrecen mucho a cambio, Yago. Mucho. Ya lo verá. Ya verá que tenemos mucho que ganar. Tenga confianza; si no tiene confianza en ellos, tenga confianza en mí, querido amigo. Tenga confianza…

7.

—El poder es de ida y vuelta, querido Yago; es una espada de dos filos. Dos filos que se vuelven contra el que carga la espada, por supuesto. Ésa es la garantía que te da el poder, y no falla. ¿Encuentra usted un mejor ejemplo para explicarlo que la vida de Lully?

—Es una buena definición del poder. Y un excelente ejemplo el de Jean-Baptiste Lully. Personaje único en muchos sentidos, hombre más lleno de talentos. Combinaba la política palaciega con sus afectos personalísimos hacia el rey. Bailaba y ejecutaba música con la misma maestría; escribía y era dueño de la escena. Controlaba los teatros y hasta las salas de concierto más pequeñas. Era el músico principal de la corte y el mayor verdugo de aquellos que se ponían en su camino. Vaya personaje. Fue director de sus obras y de las de sus contemporáneos, ¿se imagina?

—¿Existían entonces los directores de orquesta?

Las conversaciones habían regresado a la finca de Oświęcim.

—El puesto de director de orquesta nace en la Edad Media, Hans. Es una respuesta a la evolución de la música: conforme se fue haciendo más compleja, con una mayor interacción entre secciones de instrumentos, solistas, coros, se fue requiriendo la presencia de alguien que manejara tantas partituras, personas e instrumentos; algo más que un *Kapellmeister*. Quizá Hans von Bülow sea el primer director formal de la historia. No queda claro. Parece que es Bülow quien define los atributos de un director de orquesta. Como sea, su papel es notorio hasta nuestros días.

—Bülow, el esposo de Cosima, la amante de Wagner…

—Bueno, Hans von Bülow disputó con Wagner el amor de Cosima, quien además era la hija de Liszt. Ella se divorcia de Bülow, debemos recordar, para casarse con Wagner.

—Creo que Wagner es otro ejemplo del poder que enferma. ¡Fue él quien hizo a su rival de amores, a Bülow, director por primera vez! En Zúrich, si mal no recuerdo.

—Y más aún, Hans: se considera que la consagración de Bülow fueron dos óperas de Wagner: *Los maestros cantores de Núremberg* y *Tristán e Isolda*. Wagner le encomendó los dos estrenos cuando Bülow era el director de la Ópera de la Corte en Múnich. Y poco después, a unos meses de entregarle sus estrenos, hizo de Cosima su amante.

—El poder nos hace voraces, Yago.

—¿Qué necesidad tenía de poner los ojos en Cosima?

—¿Usted podría calificarlo como un "arrebato de amor"?

—No. Amor, no: deseo —dijo Yago Galante—. El deseo es un pariente cercano del poder. Quizás el poder y el amor sean sólo primos distantes. El deseo, Yago, es todavía más: es poder en su forma natural.

Yago Galante y Hans Bauer bebían aquel vodka especiado de Cracovia. Estaban reunidos para tomar decisiones importantes y conversaban de todo, sin agenda, como era su costumbre. Una de esas decisiones tenía que ver con los negocios por venir. Crear la lista de almas por especialidades y razas que había solicitado el Reino de Prusia implicaría un censo pueblo por pueblo por toda la Alta Silesia.

Y otra decisión, muy importante, estaba relacionada con el futuro de sus hijos.

—El poder es esa espada de dos filos, Hans. Pienso en dos eventos que vienen con la muerte de Lully: por un lado, el odio que había generado entre sus contemporáneos lo saca de la escena musical *post mortem*. La Francia de Luis XIV era despótica. En la muerte, Lully es un leproso.

—Qué locura, Yago. ¡Proponerse autorizar toda la música que se escribe en Francia! Una locura.

—Escupe sobre Molière y sobre los que lo rodean.

—Los humilla.

—Y luego viene su muerte, Hans, por gangrena.

—Ser el consentido del Rey Sol y morir en un accidente ordinario…

—¡Y qué accidente!

—Un accidente con la batuta.

—¡Golpearse un dedo del pie con su propia batuta!

—Dirigiendo un *Te Deum*. ¿Cuánto pesaba una batuta en esos años? ¿La cuarta parte de un hombre?

—Menos pero sí, eran pesadas, largas y pretenciosas. Más la de él: hecha de metales preciosos. En los ensayos pegaba con ella en el suelo para marcar el ritmo; luego la movía rítmicamente en los conciertos sin tocar el piso. Y en una de ésas…

—En una de esas se golpea un dedo.

—Un dedo del pie.

—Y luego la gangrena.

—Gangrena. Imagínese. El bailarín del rey se niega a que le corten la pierna para salvarse.

—El poder radicaba en esa batuta, pero también en sus piernas: es un bailarín del rey.

—El poder de los dos filos —dijo Yago, dramatizando el gesto—, que se vuelve contra quien carga la espada.

Empezaba 1909. Las colinas y los bosques estaban todavía cargados de hielo y neblina.

8.

Joseph Galante, el hijo de Yago Galante, hizo saber que continuaría sus estudios militares después de varios años en instituciones de cadetes. Su inquietud no era la guerra, claramente, sino las comunicaciones. Así lo dijo.

El verano de 1908 lo pasó en el Batallón Prusiano de Telégrafos No. 3, y había quedado muy impresionado. A su pasión por la mecánica se sumaba la que sentía por los estudios sobre el magnetismo terrestre y las comunicaciones a largas distancias, materia de estudio cada vez más obsesivo del batallón y de los hombres de ciencia en todo el mundo.

En la unidad se estudiaba a Johann Carl Friedrich Gauss y Wilhelm Eduard Weber, ambos teóricos alemanes de la primera mitad del siglo XIX. La instalación del primer cable telegráfico trasatlántico la habían realizado los ingleses en 1866. La exploración de las tecnologías de comunicación era una verdadera fiebre en todo el mundo.

Joseph Galante, aunque era apenas un adolescente, entendía el poder que le daban las comunicaciones a los pueblos. Le intrigaba el músico francés Alexandre-Théophile Vandermonde, cuyos textos sobre química y matemáticas fueron aceptados por la Academia de las Ciencias de Francia en 1770. Incluso se sabía de memoria tramos de su tesis sobre el destino del telégrafo:

"Se dice algo en relación con el telégrafo que me parece infinitamente justo y que pone de manifiesto su importancia. Es que el fondo de este invento puede bastar para hacer posible el establecimiento de la democracia en un gran pueblo. Muchos hombres respetables, entre ellos Jean-Jacques Rousseau, han

pensado que el establecimiento de la democracia era imposible en los pueblos extendidos por la tierra. ¿Cómo puede deliberar un pueblo así? La invención del telégrafo es un nuevo dato que Rousseau no pudo incluir en sus cálculos", Joseph Galante declamaba de memoria un texto de Alexandre-Théophile Vandermonde.

Le intrigaba además que ese mismo hombre fuera autor del *Système d'harmonie applicable à l'état actuel de la musique*, una especie de contradicción de su propia personalidad. El ensayo renegaba del uso de las matemáticas en la música y pedía —*grosso modo*— que el estudio se basara sólo en el oído.

Alexandre-Théophile Vandermonde era un músico reconocido en el campo de la ciencia así como en el de la música.

El hijo de Yago Galante compartía sus pasiones con su padre y también con Hans Bauer. Y muchas veces los sorprendió, de buena manera.

Alguna vez les dijo que el error de Alexandre-Théophile Vandermonde radicaba en su "inocencia frente a la tecnología".

—¿Inocencia frente a la tecnología? —cuestionó Hans Bauer.

—Inocencia, sí.

—¿Por qué inocencia frente a la tecnología? —intervino Yago Galante. Tenía un interés profundo por saber de dónde había sacado tal aseveración un jovencito, porque esa materia había generado grandes discusiones entre él y Hans Bauer.

—En la primera oportunidad —dijo el adolescente con tono solemne—, los países arrebatarán el telégrafo a los ciudadanos. Será para la guerra. Lo que un batallón de telégrafos hace no es invitar al mundo a comunicarse; tampoco le interesa si los pueblos avanzan o no. Lo que estudia un batallón de telégrafos es cómo codificar la información que se transmite. Y lo va a lograr. Hay ya algunos intentos, y yo creo que muy pronto el telégrafo sólo transportará códigos, no información abierta. Es imposible que ese gran invento quede en manos de civiles. Imposible. Hay libertades que atentan contra la idea misma de la nación.

¿Libertades civiles? ¿Naciones? ¿De dónde sacaba un lenguaje tan complicado un adolescente como Joseph Galante?

Hans Bauer y Yago Galante se quedaron fríos. Estaban en el patio interno de la finca de Oświęcim, todo de cantera, en el que solían trabajar o conversar (y por lo regular hacían ambas cosas en un mismo momento, sin perder el hilo).

Ese patio al interior de la casa no estaba allí cuando los vendedores de almas habían llegado. Estaba sugerido, a saber: cuatro paredes, ventanas orientadas hacia adentro y dos puertas, también: una que daba desde la cocina y otra desde el comedor. Al pie de cada una de las nueve columnas circundantes fue sembrada, cuando la casa se había terminado de construir, una hiedra *Hedera helix* que se abrió paso hasta el techo y convirtió ese patio en un cubo abigarrado, siempre verde, una especie de túnel vertical hacia el cielo.

Yago Galante había sugerido ponerle una estructura de metal arriba y un techo de cristal, además de un piso de cantera con una pequeña fuente en medio que se alimentara, dijo, del agua de la lluvia. El cielo quedó abierto, pero sí se optó por el piso plano. El mismo Hans Bauer fue por cantera a la Baja Silesia, al pueblo de Striegau, que durante todo el siglo XIX y una parte del XVIII había explotado la piedra a nivel industrial y tenía una gran estación de trasvase para hacer envíos por Prusia o hacia Polonia o hasta donde fuera necesario.

Con ayuda de trabajadores de cantera, Yago Galante diseñó un piso en rombos y en medio se colocó una fuente barroca que fue motivo de una discusión amable. Él reconocía que no iba bien con la casa y con el piso en rombos; Hans Bauer decía que le daba un aire de "patio victoriano", por alguna razón. El caso es que la fuente nunca tuvo agua; el rallado con drenaje al pie y el declive del piso sirvieron simplemente como desagüe. Y así se quedó.

Yago Galante y Hans Bauer habían conversado, en ese mismo patio, del futuro de Joseph Galante. Su nacionalidad le ponía trabas para continuar con estudios militares, sobre todo en Alemania. No podría, como judío polaco, ir a una escuela de alta especialización militar en Berlín, como quería.

¿Estudiar en Polonia, entonces? No. Tanto el Cuerpo de Cadetes (Szkoła Rycerska) como la Escuela de Artillería e Ingeniería (Szkoła

Aplikacyjna Artylerii i Inżynierii), ambas en Varsovia, habían cerrado en 1830 después de la guerra ruso-polaca conocida como el Levantamiento de Noviembre. Iniciada como una rebelión de cadetes contra la ocupación rusa, había concluido con una estampida de militares hacia Alemania y Francia; cerca de veinte mil polacos que buscaron evadir la captura dejaron su nación, de por sí dividida en esos años por las múltiples intervenciones extranjeras. Esa historia afectaba la Alta Silesia, en esos momentos en manos de los germanos.

La mayoría de los polacos que aspiraban a estudiar en academias militares debían emigrar, a Francia y Alemania y, en menor escala, a Inglaterra. El otro problema de Joseph Galante no era migrar, sino cómo migrar: aunque su padre había logrado juntar algo de fortuna en esos años, no era capaz de sostener los estudios de un hijo en el extranjero y en instituciones especializadas a las que tenían acceso los nacionales y los apellidos nobles o con dinero. Entrar a la Escuela Militar de Berlín, conocida también como Academia Militar Prusiana, era un sueño caro.

Apenas unos días después de aquella conversación sobre el telégrafo, Joseph Galante volvió a sorprenderlos. Hans Bauer y Yago Galante habían incorporado a su conversación los temas del destino y la casualidad.

—A Antonio Vivaldi no le ha sido perdonada su relación amorosa con Anna Giraud, usted lo sabe. Su música ha descansado en el olvido durante doscientos años por esa causa —decía Hans Bauer—, a pesar de que es uno de los músicos más importantes del Barroco. Y fue él quien tomó ese camino.

—Lo que es peor, Hans: su relación amorosa con Ana Giraud *y* con su hermana, Paulina Giraud —enfatizó Yago Galante.

—Peor aún, cierto. ¡Un sacerdote! Se negaba a oficiar misa; viajaba por toda Europa con dos hermanas pegadas a su cama. Aquí no es el destino el que ha decidido su vida: es el libre albedrío. Vivaldi retó a los poderes morales de la época y los poderes morales de la época no se andaban con rodeos. Enterraron su música, la castigaron.

—Su destino fue dictado por la Iglesia católica; no por su música, Hans. Ninguna de sus óperas regresó a los foros; sus obras maestras para cuerdas sobreviven como materia de estudio, y nada más. Fue vetado por el Vaticano por asuntos morales y religiosos.

—Veámoslo así, querido Yago, si usted quiere. Digamos que su música fue víctima del destino que el autor escogió, libre como era. Pero no podrá usted negar que fue él, Vivaldi, el que retó al destino…

—Usted usa *destino* y *futuro* como sinónimos, Hans. El destino es lo opuesto al libre albedrío —dijo Yago Galante, y debió interrumpirse porque su hijo estaba junto a ellos, con un rollo de papeles en las manos.

—¿Qué nos traes? —dijo Hans Bauer, amistoso.

—La llamo "la máquina del misterio" —respondió.

Desenrolló los papeles sobre la mesa y luego explicó su funcionamiento. En un primer pliego tenía dibujado el teclado de una máquina de escribir alemana tradicional de la época:

QWERTZUIO
ASDFGHJK
PYXCVBNML

En un segundo pliego venía el mismo teclado y cada letra tenía asignado un valor numérico consecutivo de la siguiente manera:

Q(1)W(2)E(3)R(4)T(5)Z(6)U(7)I(8)O(9)
A(10)S(11)D(12)F(13)G(14)H(15)J(16)K(17)
P(18)Y(19)X(20)C(21)V(22)B(23)N(24)M(25)L(26)

El tercer pliego era una copia del segundo, aunque estaba maltratado por las innumerables correcciones que el joven había hecho.

Cuando Joseph Galante iba a explicarse, su padre se exculpó. El cochero había llegado a la puerta y debía partir.

Dijo poco, de prisa. Un "regreso" o un "nos vemos pronto".

Yago continuó la explicación a Hans Bauer.

—Es un lenguaje cifrado —dijo—. Sirve para comunicarse en secreto.

—Explícame.

Y le explicó.

—Dime tu nombre —le dijo.

—Hans.

—Tengo 26 maneras de escribir tu nombre y tú sólo podrás conocerla si tienes una copia de mi plantilla de letras. Escoge un número hasta el 26, pero no escojas el uno porque ese lenguaje es el que conoces.

—Diez —respondió Hans Bauer.

—Diez. Bien —se concentró Joseph Galante.

Hizo apuntes en una hoja, luego los fue copiando en la tercera plantilla, la sucia y arrugada por las enmendaduras. Duró tiempo. Borró, borró.

Hans Bauer empezaba a desesperarse cuando exclamó:

—¡Lo tengo!

—Déjame ver.

—Mira: tu nombre en el código diez se escribe así: 10MXIC —le mostró un papel.

Joseph Galante le explicó, detalladamente, cómo funcionaba su código. Hans Bauer tuvo sólo una duda:

—¿Y el 10 al principio?

—Detalla el código a continuación —respondió—. Dice cómo deben ser leídas las siguientes letras.

Cuando Joseph Galante había terminado de explicar, Hans Bauer estaba muy sorprendido porque sabía que eso no lo había aprendido en la escuela o durante su verano en el batallón. Le preguntó, muy serio, sobre su futuro; sobre el colegio y su profesión.

—Quiero ir al Batallón Prusiano de Telégrafos No. 3 —dijo, seguro.

Hans Bauer le clavó la vista al jovencito, y después de algunos segundos en silencio, habló:

—Tengo un plan, Joseph. Un plan para que vayas al Batallón Prusiano de Telégrafos No. 3. Estoy por proponérselo a tu padre. Es un plan que cambiará tu vida. He pensado en ello desde hace mucho

tiempo. Lo he meditado y creo que es lo mejor. Guárdame el secreto hasta que hablemos con tu padre. Tengo un plan para que vayas al Batallón Prusiano de Telégrafos No. 3. Ya verás. Confía en mí. Pronto lo hablaremos con tu padre…

Hans Bauer había perdido interés en el progreso y la tecnología, aunque encontraba, en el ánimo de Joseph Galante, un reflejo de lo que él mismo había sido.

Poco más de una década después de aquella plática, en 1920, los sistemas de inteligencia militar de varias naciones europeas se disputaban el diseño de aparatos que combinaban máquinas de escribir y el telégrafo para codificar mensajes.

El ejército alemán completó a satisfacción el suyo en 1930; era un equipo llamado Enigma Maschine, diseñado a base de dos teclados: el de una máquina de escribir tradicional de la época, y otro rotatorio en el que cada letra tenía un valor numérico temporal, asignado por un sistema de cilindros movidos con electricidad.

Enigma fue patentado en 1918 por un ingeniero mecánico alemán de nombre Arthur Scherbius, quien vendía a civiles una versión rudimentaria para resguardar la transmisión de secretos comerciales.

El Enigma Maschine protegió por un largo tiempo las comunicaciones del ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial, hasta que un matemático polaco de nombre Marian Rejewski logró descifrarlas. Aun así, el grupo de inteligencia nazi elaboró sistemas más complejos —y de mayores combinaciones— que fueron un reto para la British Code and Cypher School: Gran Bretaña empezó con una casa victoriana en la campiña de Buckinghamshire y al término de la guerra tenía a diez mil personas empleadas en su escuela de decodificación. De ese tamaño era el reto.

La operación militar para desentrañar todos los misterios de Enigma fue bautizaba como Ultra. Reunió a científicos, criptoanalistas y matemáticos de varios países, militares y civiles, que debieron trabajar en alta secrecía e incluso bajo vigilancia. No fue sino hasta que terminó la guerra que los aliados pudieron decodificar casi plenamente la máquina misteriosa de los alemanes:

ciertas claves especializadas, como la que usaba la Gestapo, jamás se descifraron.

No hay registro de que, como algunos sospechan, el sistema de codificación alemán fuera diseñado por Joseph Galante, aunque su idea de adolescente fue muy parecida a la que dio vida a la máquina Enigma.

La "máquina del misterio" ideada por el hijo de Yago Galante a los 12 años de edad tenía 26 códigos para 26 caracteres, es decir, 676 combinaciones. Enigma, de Arthur Scherbius, permitiría un lenguaje de 158 000 000 000 de combinaciones.

En 1929, antes de que su sistema fuera plenamente adoptado por el ejército de Alemania, Arthur Scherbius murió en un accidente estúpido: un carro de caballos lo arrolló.

9.

En el verano de 1909, mientras recorría la Alta Silesia junto a Yago Galante, Hans Bauer abrió el frasco lleno de gusanos que se guardaba en el pecho.

—Nunca le conté de mi mujer, Yago. Nunca le conté la historia —dijo.

—No ha sido necesario, Hans.

—Es la historia de mi mujer, y la historia de mi pierna, de cómo perdí la pierna. Creo que nuestra amistad merece que se lo cuente todo.

Yago Galante pensó una respuesta y no la tuvo. Era cierto que nunca le había contado sobre la esposa y la pérdida de la pierna, y que ahora, cuando recorrían esa amplia región, tenían tiempo para platicar. No supo decir, sin embargo, si puestos a escoger habría preferido no conocer en absoluto la historia.

Por otro lado, había tiempo. El censo que les habían encargado resultó más fluido de lo que esperaban. La Alta Silesia, bajo el dominio prusiano después de las guerras con Austria, se había industrializado aceleradamente y las comunicaciones eran buenas. El sistema de trenes les permitía desplazarse con facilidad y los padrones se concretaron todavía mejor por las nóminas de las minas y las fábricas.

—Cuénteme la historia de su mujer y la de su pierna, de cómo perdió la pierna —concedió.

Primero, Hans Bauer le reveló que su hijo era mitad judío y que él mismo, aunque nació en un hogar protestante, había crecido muy cerca de la cultura hebrea.

Una parte importante de su educación temprana la vivió cerca de una familia de judíos galitzianos, le contó. Eran los padres y dos hijos menores que él. Los cuatro habían llegado a Berlín a buscar suerte a mediados del siglo XIX, hartos de vivir temblando por las invasiones rusas, austriacas y prusianas a Galitzia, Galitia o Galicia de los Cárpatos, una región superpuesta a Polonia, Ucrania y otros territorios, donde algunas comunidades judías encontraron refugio en distintos periodos.

—Un siglo complicado para ser polaco y además judío, Yago. ¿Qué le puedo contar a usted? —dijo Hans Bauer.

—¿Y es usted circuncidado? —le respondió el otro. Bromeaba, pero estaba muy asombrado de que su amigo, y sobre todo su hijo, fueran más cercanos a él de lo que habría imaginado.

—No. Soy un hombre completo —dijo Hans Bauer, y los dos rieron de buena manera—. Pero mi hijo Franz sí. Mi hijo sí está circuncidado.

¡Franz Bauer circuncidado! Yago Galante estaba realmente asombrado.

—Demasiadas sorpresas para un día, Hans. Demasiadas.

Hans Bauer le contó cómo sus padres murieron a causa de la epidemia de influenza rusa. El brote, que mató a cerca de un millón de personas, dio la vuelta al mundo en poco más de diez semanas y tuvo entre tres y cuatro rebrotes desde el primero de diciembre de 1889, cuando se detectó en Rusia, hasta el último evento masivo del invierno de 1894.

La madre de Hans Bauer enfermó en enero de 1890 durante un viaje a San Petersburgo; de los pocos viajes a los que acompañó a su esposo. Y su padre adquirió el virus en el invierno de 1894, en Berlín, y fue como un golpe en la nuca con un riel de ferrocarril: malvivió apenas cuatro días.

Hans Bauer tenía 26 años cuando murió su padre y tuvo en claro que debía tomar varias decisiones de inmediato. La primera fue retener el despacho de abogados, asentado en Berlín, que cuidaba y administraba las propiedades y su heredad. Lo segundo fue retener a la familia de judíos polacos que asistía a sus padres desde varios

años atrás y que, para entonces, ya llevaba tiempo establecida en su casa.

—Los retuve porque, para entonces, yo estaba muy enamorado, Yago —dio un giro la conversación—. Ella era el resplandor de las mañanas, la luz en mis amaneceres.

Yago Galante, apegado a su estilo, escuchaba atento y comprendió el salto en el relato de su amigo. Y pensó: "El amor nos hace ridículos". Las palabras de ese hombre (su amigo) le parecieron ridículas. "Ella era el resplandor de las mañanas, la luz en mis amaneceres", se repitió. "Demasiadas novelas rusas."

También pensó que él no le había detallado algo sobre su vida. Ni de sus padres o sus hermanos; ni de su gran amor, su único amor: Débora Lewi. Pensó que si él hablaba de su esposa quizá se expresaría en los mismos términos ridículos ("el resplandor de las mañanas, la luz en mis amaneceres") que usaba Hans Bauer.

—Los mejores momentos están en la soledad. No sabemos lo importante que es la soledad. La menospreciamos. Me arrepiento. ¡Qué error sentirse solo! ¿Por qué no me quedé solo, querido amigo? Qué error es sentirnos solos. El silencio y la soledad nos acompañan en la vida desde el nacimiento hasta la muerte —reflexionaba Hans Bauer en voz alta.

La mujer a la que llamaba "el resplandor de las mañanas, la luz en mis amaneceres" era la hija mayor del matrimonio de judíos polacos que ayudaban a sus padres. Ella tenía un hermano menor: Jacobo. Los dos crecieron en la casa de Berlín de los Bauer. El niño no había nacido aún cuando el matrimonio se instaló allí y ella era apenas de brazos.

Las líneas de la familia de ella iban a Polonia, al menos desde principios del siglo XVII. Eran judíos sefarditas y es probable que hubieran salido con el decreto de expulsión de 1492, aunque no podría darlo por un hecho.

Hans Bauer había nacido dos años después de la guerra de las Siete Semanas, en 1868. Creció durante el proceso de unificación de Alemania, lograda por el Imperio de Prusia después de derrotar a Austria y luego al Segundo Imperio Francés.

La familia de su amada se estableció en la casa de sus padres en 1871. El censo de ese año arrojó que 824 484 personas habitaban Berlín; en 1900, ya eran 1 888 313 habitantes: la ciudad crecía de manera acelerada, casi desbocada; era un gran imán y no sólo para los alemanes; muchos polacos, huyendo de la inestabilidad política, de un territorio mermado por las guerras y con una economía decadente, buscaban un lugar para establecerse en paz en esa nueva Berlín pujante. Entre los inmigrantes había un porcentaje importante de judíos.

—Se me metió a la piel, como una enfermedad. Cuando éramos muy jóvenes llevábamos una relación de iguales. La muerte de mis padres, sin embargo, me puso en desventaja: ella era una tabla de salvación en mi naufragio y se lo hice saber así: le dije que la necesitaba. Empezó una relación tirante que me llevó a amarla más —contó Hans Bauer—. Si la reflexión fuera una fuerza paralela al amor nos evitaríamos muchos problemas. Pero no. El amor es irreflexivo. Y traicionero.

—Gran tragedia es vivir, Hans.

—Lo es, querido Yago.

Hans Bauer le contó que no se casaron, dígase, en las formas que la familia de ella esperaba, aunque en 1895 firmaron un acuerdo matrimonial legal; fue un año después de la muerte de su padre.

Y ella quedó embarazada en la primavera de 1896. Franz Bauer nació a finales de ese mismo año: el 29 de diciembre.

—El mismo día que Joseph —recordó Hans Bauer.

—El mismo día que mi hijo —asintió Yago Galante.

—El año siguiente —retomó— fue un año muy difícil. Durante los primeros seis meses ella se encerró en la casa de Berlín y no aceptó visitas; apenas podía verla, hablar con ella. Asumió como propios los problemas de Franz. Se culpó a sí misma. Yo intentaba explicarle que no era nuestra culpa, que era una decisión de Dios.

—¿Una decisión de Dios?

—De Dios, así es. Eso mismo preguntó ella.

—¿Por qué habría Dios de decidir la tragedia de un recién nacido? —dijo Yago Galante.

—Eso lo entendí después. No era Dios. Vea usted los trabajos de Gregor Mendel, de mediados del siglo pasado; lea usted a mi querido Hugo de Vries, de Carl Correns y Erich von Tschermak. La historia natural nos da otras pistas. *Cromosomas*.

—¿*Cromosomas*?

—Es la herencia. Lo que transmitimos a nuestros hijos.

—¿La herencia?

—Nada, querido Yago. Regreso a mi tema. Los problemas con los que nació Franz Bauer la hicieron perder brillo. Era otra mujer seis meses después de dar a luz. Se fue marchitando. En ese tiempo, recuerdo, Berlín entero hablaba de la muerte de Brahms y de la llegada de Gustav Mahler a la ópera de Viena. Le propuse ir a Viena y aceptó. Nos fuimos, en un intento por recuperar el cariño entre ambos, ¿me entiende? Quería que nos volviéramos a aceptar. Fuimos a Viena, vimos a Mahler y regresamos a Berlín. Pero las cosas empeoraron. Ahora no sólo vivía encerrada; ahora rechazaba a Franz, su hijo. Y rechazaba a Mahler, y deje usted que hablara mal de Mahler, ¿a quién le importa Mahler? ¡Rechazaba a Franz! ¡No podía ver a su propio hijo! Recuerdo que en el verano de ese mismo año le comenté que había muerto Clara Schumann, sobre quien habíamos discutido mucho por las sospechas que había entonces de que ella era la autora de la mayor parte de la obra de su esposo. Le dije que había muerto Clara Schumann y me respondió con una bofetada.

"—¿A quién le importa —me dijo— Clara Schumann?

"—A nosotros —le dije.

"—No podría, nunca, verla. Prefiero que esté muerta.

"—Soñabas con conocerla.

"—Ella significa todo lo que ya no seremos.

"—¿De qué hablas?

"—Todos nuestros sueños estaban en nuestro hijo; estaban en Franz. Él era nuestro sueño. Ahora lo que tenemos es a un mutilado".

Hans Bauer se refugió en su interior por un instante. Bajó la cabeza con un gesto amargo y agregó:

—*Gelähmte, krüppel*. Un tullido. Así lo expresó —hizo otra pausa, ahora más entristecido—. Y a partir de esas palabras, todo cambió entre ellos —dijo—. Me di cuenta de que ella nunca aceptaría a Franz.

—¿Usted qué hizo?

—Querido Yago, me transformé en una fiera. Lo que hice fue sacarla de mi casa; a ella, a sus padres, a su hermano. Una noche que regresaban juntos los esperé en el comedor de la casa de Berlín con mis tres abogados principales y varios asistentes. Quise intimidarlos. Les dije que ella había ofendido a nuestro hijo y que lo rechazaba; que no éramos más un matrimonio y que debían abandonar de inmediato mi casa. Les aclaré que no quedarían desamparados: aun cuando su comportamiento era suficiente para dejarla sin derecho alguno, les entregué una pequeña fortuna y una propiedad, la más lejana que poseía en ese momento: una finca modesta pero suficiente en las afueras de Ámsterdam, a las orillas del río Amstel. Yo la había adquirido apenas unos meses antes a cambio de varios trabajos; la ciudad, como usted sabe, estaba y está en expansión. Les entregué boletos de tren para el día siguiente. Les ofrecí que no tardaría más de dos días en enviarle sus pertenencias. A ella le extendí una carta de renuncia a los derechos sobre Franz, que firmó con apenas desgano.

—¿Ella qué dijo?

—Nada. Me vio con desdén mientras sus padres estallaban en llanto. ¡Yo fui un hijo de esa misma familia, querido amigo!

—¿Y nunca más la volvió a ver?

Hans Bauer abrazó la muleta.

—Volví a verla, querido Yago. Para mi desgracia. Era un capítulo en mi vida que seguía abierto. Volví a verla. En 1906.

—¿En Ámsterdam?

—En Ámsterdam, sí. Retomó su nombre de soltera: Sarah Querido. Cuando fui a verla sus padres ya habían muerto, yo creo que de tristeza. Sarah se convirtió, Yago, en una prostituta cara, en un juguete de hombres ricos. Perdió la razón. Su hermano Jacobo se volvió alcohólico; un vividor que disfrutaba de las ganancias inmorales de su hermana mayor. Así me reencontré con ella.

Conozco la historia completa de su vida porque pedí a un investigador privado de gran reputación que me ayudara. Hugo de Vries, un amigo mío, director del Hortus Botanicus Amsterdam hasta el día de hoy, me ayudó a contratarlo. Él me entregó toda la información apenas llegué a Ámsterdam. Sólo quise verla de lejos, y la vi: era la misma mujer hermosa que yo había conocido, pero la maldad había tomado su rostro; destilaba maldad.

—¿Y su pierna? ¿Cómo la perdió?

—Un episodio sin importancia, estimado amigo. Una estupidez.

—¿A qué le llama una estupidez?

—Una noche en Ámsterdam, después de ver a Sarah de lejos, caminé hacia el botánico en busca de mi amigo Hugo. Como no lo encontré, anduve por esos jardines, hermosos jardines que se iniciaron con la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. Usted sabe de eso. Cuando llegué a un puente, sin pensar demasiado, me lancé al vacío.

Yago Galante fijó la vista al suelo. Luego tomó a su amigo por los hombros y así, viéndose a los ojos, Hans Bauer continuó su relato.

—Así como se lo digo. Me lancé al vacío. Perdí el conocimiento hasta el día siguiente, pero no pude ponerme de pie. Podía observar el hueso del tobillo: había traspasado la piel. El dolor era intenso y volví a desmayarme. Estuve dos días allí hasta que me hallaron los trabajadores del botánico. Cuando desperté estaba en un hospital. Gangrena. Me cortaron la pierna mientras soñaba con Lully.

—¿Soñaba con Jean Baptiste Lully?

—Soñaba con Lully.

—Un sueño exótico.

—Soñaba con Lully, querido Yago. Soñaba con una danza larga, incansable y redonda. Se repetía una y otra vez. Escuchaba a la gente discutir sobre la danza.

—¿Y estaba Lully?

—Estaba Lully. Y bailaba. Sin una pierna, bailaba.

—¡Qué espectáculo! Vio usted lo que no vio nadie: a Jean Baptiste Lully, el músico del Rey Sol, bailando sin una pierna.

—Así es.

—Lully no fue visto en público sin una pierna.

—Pues el día en que me amputaron la pierna, Lully bailaba.

—Qué poderoso es el cerebro, Hans.

—Qué poderosos son los sueños.

—Vivir es una gran tragedia —suspiró Yago Galante.

Hicieron una pausa y Hans Bauer se puso serio, ceremonioso, con un aire de preocupación que Yago Galante no le conocía y que no le sorprendió, en lo absoluto: había visto a ese hombre bufar como una locomotora en movimiento; lo había visto andar, en solitario, por un túnel oscuro y sin rumbo. No se sorprendió de verlo ahora con semblante serio y preocupado.

—Mandemos a Joseph a la Escuela Militar de Berlín —dijo—. Mandémoslo. Sería un sueño realizado para él. Incluso sería un sueño realizado para Franz: el pobre no podrá desarrollarse físicamente en esta vida pero disfrutará que Joseph, su hermano, vaya.

—Lo he pensado, Hans. No crea que no. Pero es algo que no podré enfrentar. Los gastos de una escuela militar, esa escuela militar, no los puedo enfrentar.

—Puede, si usted quiere. Yo le ayudo.

—No, Hans.

—Usted ha estado aquí cuando lo he necesitado. Yo le ayudo. Tengo un plan.

—¿Un plan? —dijo Yago Galante, entre divertido y curioso.

—Un plan.

—¿Cuál es su plan para con mi hijo?

—Mi hijo Franz tiene todos sus estudios pagados. Lo cubre una póliza desde el mismo día en que nació. Puede escoger casi cualquier colegio que quiera, en Prusia o en el extranjero.

—Piensa usted en todo, Hans.

—Mandemos a Joseph en el lugar de Franz.

—Si la póliza lo permite, podría pensarlo como una posibilidad. Yo tendría así más tiempo para pagar la educación de mi hijo…

—La póliza no lo permite.

Hicieron una pausa. Yago Galante lo vio a los ojos, sorprendido.

—¿Cuál es exactamente su plan?

—Usted y yo podemos conseguir actas de nacimiento para la mitad de Europa, Yago —dijo Hans Bauer divertido—: Chinas, si esa mitad de Europa lo desea. Actas de nacimiento, cartas de nacionalidad, identificaciones, pasaportes. Joseph Galante puede ir a la Escuela Militar de Berlín bajo el nombre de Franz Bauer, querido amigo. Hagámoslo por él. Usted y yo seremos los hombres más orgullosos cuando cumpla su educación. Mandemos a Joseph a la Escuela Militar de Berlín. Mandémoslo. Vivimos aislados del resto del mundo; pocos saben quién es quién. No llevamos una vida social, no nos aparecemos en público. Somos casi anónimos, Yago, usted y yo. Nadie lo notará. Los dos son hijos sin madre, los dos nacieron el mismo día.

Hans Bauer estaba inspirado y realmente, notó Yago Galante, tenía un plan elaborado.

—Somos los mejores vendedores de almas de toda Europa, querido Yago.

—Lo somos, Hans.

—Hagámoslo.

—Déjeme pensarlo.

—Hagámoslo. Él es como un hijo para mí, y yo sé que mi hijo es hijo suyo. Hagámoslo.

—Lo pensaré.

—No piense porque desistirá. Hagámoslo y ya.

—Voy a pensarlo. O, mejor dicho, voy a razonarlo. Deme tiempo. Deme un poco de tiempo. Soy un hombre torpe en el corto plazo.

* * *

Hugo Marie de Vries, amigo de Hans Bauer, moriría cuatro años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Sus estudios sobre biología y genética le darían premios y títulos en toda Europa. Sería miembro de la Royal Society y de la Real Academia Sueca de las Ciencias. Como uno de los primeros genetistas en la historia recibió la Medalla Darwin en 1906, a pesar de que sus teorías se contraponían a las del padre del premio, Charles Darwin. Él planteó,

a diferencia de la teoría darwiniana, que los cambios en las especies se dan repentinos, y no graduales.

Un día, Hugo Marie de Vries observó que la flor de una onagra que se escapó de un jardín a un campo de papas tuvo cambios repentinos, drásticos. Y cuando jugó con ella moviéndola a diferentes ambientes la planta presentó cambios radicales que llamó "mutaciones". Allí nació su tesis.

Su reconocimiento fue, sin embargo, efímero. La teoría de la evolución se impuso a los pocos años y Hugo Marie de Vries se retiró.

Después de su encuentro de 1906, año en que se encontraba en la cresta de su carrera, nunca más volvió a ver a Hans Bauer, su amigo berlinés.

Pero intercambiaron cartas.

Hugo Marie de Vries le decía, en tono de broma pero con respaldo científico, que un día las piernas y los brazos y cualquier miembro mutilado volverían a crecer en los hombres. Le animaba porque, decía, el día de los hombres-lagartija estaban cerca. Hans Bauer, también en broma, le respondía, siempre, que lo que la ciencia no lograría jamás era dar talento a los hombres.

—Nunca seré Lully, le respondía—. Nunca seré Lully, por más piernas que me amputen.

Y a la distancia, reían.

10.

—Mi nombre es Franz Bauer, mi padre es Hans Bauer —repitió.

En el verano de 1910, Yago Galante y Hans Bauer dudaron de su decisión de enviar a Joseph Galante a la Escuela Militar de Berlín. Habían disfrutado planear la travesura, pero al llegar a los detalles finos empezaron a entender que si algo salía mal las consecuencias serían terribles.

Los ponía muy nerviosos pensar en los efectos legales de usurpar un nombre, tanto para el joven como para ellos y sus negocios. Les asustaba, también, el creciente antisemitismo que tanto Prusia como Austria experimentaban: los nacionalistas, que cada día ocupaban más espacios en la vida pública, demandarían un "castigo ejemplar".

Aislados como estaban en la finca de Oświęcim, en viaje permanente por la Alta Silesia, les servía de termómetro el entorno del compositor Gustav Mahler, quien desde su llegada a la Ópera de la Corte de Viena era objeto de fuertes críticas de la prensa: en los primeros años lo acusaba de "degenerado" por su propuesta musical y, poco después, por su origen judío.

La vida privada del compositor y director no ayudaba: su esposa, la talentosa pianista Alma Maria Schindler, vivía de escándalo en escándalo: se contaban sus amantes (reales o ficticios) con más de una mano y se le acusaba de "perversa". Todo era aprovechado para mermar públicamente el prestigio de Gustav Mahler, el judío Gustav Mahler convertido al cristianismo.

Hans Bauer y Yago Galante seguían el caso como si fuera un juicio adelantado de la sociedad germánica y austriaca sobre sus propias vidas. Y lo que veían los asustaba.

Les preocupaban los "cabos sueltos". Porque la posibilidad de una indiscreción por parte de Joseph Galante era casi imposible: el joven se había elaborado un guion para mentir con información; por iniciativa propia, mantenía largas conversaciones con Franz Bauer en las que hablaban de la familia, de sus abuelos, de los negocios, de los años pasados. También aplicaba largos cuestionarios a Hans Bauer y se construyó una biografía con datos precisos que anotó en pliegos de papel que pegó en el techo de su cama. Y antes de dormir, todos los días, repetía nombres, fechas, frases.

Joseph Galante se construyó una historia creíble desde el momento mismo en el que había recibido la noticia y acentuó su dominio del alemán, aunque en la academia bien podría manejarse, sin problema, con el dominio del silesiano.

A esas alturas, Joseph Galante dominaba el judeoespañol, el polaco, el alemán y el silesiano; podía sostener una conversación en turco y entendía el griego. También algo de *yiddish*, por su relación directa con hebreos *ashkenaz*.

Franz Bauer, hijo de Hans Bauer, seguía divertido la transformación de Joseph Galante. Él mismo había sugerido que "estudiaría a Joseph" y copió su metodología: se reunía de cuando en cuando con Yago Galante y le preguntaba sobre su vida. Fue él quien dijo que lo mejor sería contratar nueva servidumbre para la casa e incluso para el resto de las fincas que poseían, y así se hizo.

Más fresco y menos presionado, fue él quien amarró detalles y afinó los bordes de la trampa. Recolectó, por ejemplo, todas las fotografías que había de él con sus manos al descubierto, y por fortuna eran pocas: su madre se avergonzaba de ellas.

Franz Bauer había nacido con sólo dos dedos en cada mano: el índice y el pulgar. Los anulares, meñiques y medios no se habían desarrollado, y eran como pequeños troncos sin uña en la mano.

Aunque estaba divertido y participaba de la travesura completa con gusto, Franz Bauer tenía la salud mermada. Había contraído la escarlatina, y la pérdida de apetito, las náuseas y los dolores de estómago lo tenían delgado y desvanecido. Superó el brote pero quedó muy debilitado, lo que hizo más lenta su "transformación".

Debido a una fiebre reumática que iba y venía se decidió que tomaría clases en casa y fue él mismo quien de inmediato desistió: no querían involucrar a más gente; no en este proceso de cambio de identidades. Así fue como planteó que esos meses se quedaría en casa hasta sentirse plenamente recuperado.

Era Franz Bauer un jovenzuelo dulce y de buen corazón. Sentía a Joseph Galante como un hermano mayor y se alegraba, hasta derramar lágrimas, por su arrojo. También entendía que caminaban sobre hielo delgado y que el fondo del lago era habitado por bestias marinas.

Cuando estaban solos, Joseph Galante lo abrazaba, emocionado. Le decía que nunca olvidaría lo que hacía por él.

—Eso hacen los hermanos —repetía Franz Bauer, siempre tan frágil, siempre tan amoroso.

Los últimos meses de 1910, Hans Bauer y Yago Galante se dedicaron de lleno a un nuevo encargo del gobierno prusiano: conseguir almas para la construcción del ferrocarril de San Gotardo, financiado por Suiza, Italia y Alemania. La obra se publicitó tanto (el túnel proyectado de quince kilómetros de longitud sería el más grande del mundo) que los trabajadores debieron ser ciudadanos comprobados de los tres países. El padrón de la Alta Silesia probó su efectividad: a una gran velocidad detectaron los grupos poblacionales capacitados y en disposición, y trasladaron obreros hacia los Alpes Lepontinos por la red ferroviaria de la región.

Durante esos meses, los cuatro viajaron hacia los balnearios suizos y tuvieron oportunidad de acompañar a Franz Bauer a terapias de rehabilitación que lo sacaron adelante.

Y fue allí, en Suiza, donde juntos decidieron que 1911 sería decisivo en su vida como familia: Joseph Galante entraría a la Escuela Militar de Berlín, sin más demora, con el nombre de su hermano Franz Bauer.

Casi al mismo tiempo, para descanso de la prensa vienesa, Gustav Mahler inició un viaje a lo largo de Estados Unidos, acompañado de Alma Maria Schindler, para una serie de conciertos con la Filarmónica de Nueva York. Los Bauer y los Galante lo leyeron en los diarios suizos.

En uno de sus regresos a la finca de Oświęcim, Yago Galante y su hijo anunciaron que irían de visita a Cracovia. El padre tenía la intención de que juntos recorrieran el barrio de Kazimierz, en donde su familia había vivido durante generaciones, desde su llegada de Tesalónica.

Muchas familias judías, para entonces, habían abandonado sus casas originales y se habían integrado al resto de la ciudad: el barrio fue aceptado jurídicamente como parte de Cracovia por la administración austriaca, dando un nuevo estatus a la población hebrea, que se fortalecía económicamente y disfrutaba un resplandor.

Yago y Joseph Galante compraron pan y té cerca del Stare Miasto e hicieron una rigurosa visita a las sinagogas. Y conversaron mucho.

—Confío plenamente en tu juicio, hijo —le dijo Yago Galante en la primera oportunidad—. Ya dimos pasos importantes para tu ingreso a la escuela en Berlín, pero todavía puedes rechazarlo. No tienes que hacerlo. ¿Me entiendes? Confío plenamente en ti, pero si por alguna razón debes cambiar de parecer, puedes hacerlo.

—¿De qué hablas? —contestó Joseph Galante—. Está decidido que voy. Quiero asistir a la Escuela Militar de Berlín. Es mi sueño.

—Así se hará. Sólo quiero que sepas que respaldaremos cualquier decisión que tomes. Puedes decir que no. Puedes desistir.

—Yo estoy listo. He aprendido parte del Nuevo Testamento —respondió Joseph Galante con una sonrisa amplia—. Ahora soy protestante.

Los dos rieron con cierta picardía, aunque Yago Galante sintió un sudor frío en el cuerpo.

Era cierto que Franz Bauer, poco antes llamado legalmente Joseph Galante, había leído la Biblia. Y fue muy cuidadoso a la hora de escoger una versión, en virtud de que su religión era protestante. Se inclinó por la llamada Biblia del Oso, traducida al español por un monje de la Orden de San Jerónimo, Casiodoro de Reina, tomando como fuente los textos que los eruditos consideraron, en su momento, los más fieles.

La Biblia del Oso no es, ni era entonces, una versión fácil, pero su conocimiento del ladino algo ayudaba en la comprensión y él

pensaba ir a la raíz. Y esa Biblia, para él, era eso: "la raíz".

El Antiguo Testamento de la Biblia del Oso provino directamente del texto masorético (tradicional) hebreo de Bomberg, edición de 1525, porque Casiodoro de Reina desconfiaba de la fidelidad de la llamada Vulgata latina, proveída por la Iglesia Católica Apostólica y Romana. Para reafirmar la fidelidad de su propia traducción, recurrió a una segunda fuente: la *Veteris et Novi Testamenti*, traducción al latín de 1528 realizada por el hebraísta italiano Sanctes Pagnino. No contento con este cruzamiento de versiones, el monje jerónimo había utilizado una tercera fuente sólo para el Antiguo Testamento: la Biblia de Ferrara, una exquisita traducción del hebreo al judeoespañol realizada por Abraham Usque y Yom-Tob Athias y publicada en 1553.

El Nuevo Testamento fue también traducido al español con una base: el *Textus Receptus* realizado en 1516 por Desiderius Erasmus o Erasmo de Rotterdam. Casiodoro de Reina recurrió, para verificar citas que consideró "dudosas", a la Políglota Complutense y, se cree, a manuscritos griegos y algunas traducciones judeoespañolas escritas en España apenas en las dos décadas previas.

La Biblia del Oso fue la primera traducción íntegra de los dos testamentos al español. Llevaba en la portada el grabado de un oso con los brazos elevados al cielo, tratando de alcanzar un panal de abeja. Esa portada disfrazaba su contenido porque la traducción fue perseguida por la inquisición.

Casiodoro de Reina duró doce años en terminarla. La vio impresa en 1569 y esa fecha está inscrita en la segunda portada, debajo de los forros ilustrados con el oso, en donde es posible leer: "LA BIBLIA, QUE ES, LOS SACROS LIBROS DEL VIEIO Y NVEVO TESTAMENTO. La Palabra del Dios nueftro permanece para fiempre. M.D.LXIX".

11.

Poco después del viaje a Cracovia con su padre, Joseph Galante se enfrentó a la realidad y tuvo un ataque de pánico. Fue el primer día en el que Hans Bauer lo acompañó al internado de la Escuela Militar de Berlín.

No pudo entrar al edificio. Se paró, amarillo y con los labios morados, y dijo:

—No puedo, *papá*, no puedo.

Era el invierno de 1911. Acababa de cumplir 15 años.

Hans Bauer, sin embargo, asumió que el temor era comprensible y le dio palmadas en la espalda. Aunque compartía las preocupaciones crecientes —y más aún porque era su idea—, hizo un esfuerzo por no mostrarlo. Le abrió, sutilmente, una salida para que pudiera desistir:

—Es comprensible, *hijo* —expresó tranquilo, prolongando el apelativo—. No te preocupes. Tener miedo no es vergonzoso. El miedo, a pesar de la mala fama que tiene, nos ayuda a superar lo que parece insuperable. El miedo es un mecanismo de protección y una invitación para alcanzar lo que parece imposible. Tienes todo nuestro apoyo, recuérdalo siempre. Puedes repensar este plan. No es ninguna pena. Puedes repensar el plan incluso cuando ya estés adentro. Podemos alegar muchas razones para que te ausentes, y ya.

Hans Bauer le propuso que caminaran juntos por la calle Unter den Linden, hacia el número 74, en donde se encontraba la Academia Militar Prusiana, citada también como Escuela Militar de Berlín, Academia Militar de Berlín o Preußische Kriegsakademie.

El edificio, de una aparatosa fachada neoclásica diseñada por el arquitecto prusiano Karl Friedrich Schinkel, asustó a Hans Bauer: pensó que había sido una terrible idea llevar a Franz Bauer, antes Joseph Galante, a ese edificio imponente que destilaba rigidez.

Pero Franz Bauer, antes Joseph Galante, tuvo una reacción inesperada. Como si se hubiera bebido unos tragos del vodka especiado que acostumbraba su padre, se le fueron los temores y se paró con la boca abierta frente a esa fachada llena de columnas y ventanas. Dijo:

—¿Sabías, Hans, que Schinkel quería ser pintor?

—¿Schinkel?

—El arquitecto.

—No lo sabía, Franz.

—Sí. Quería ser pintor. Leí que un cuadro lo decepcionó y se dedicó a la arquitectura.

En parte era cierto. Un siglo antes, en 1810, Karl Friedrich Schinkel tomó la decisión de dedicarse a la arquitectura. Una versión indica que fue frente a un cuadro de Caspar David Friedrich: *Monje en el mar* o *Der Mönch am Meer*; le pareció tan hermoso e insuperable que abandonó su carrera de pintor y se incorporó al Departamento de Obras Públicas de Berlín.

Otra versión sostiene que después de la invasión napoleónica se retiró de la arquitectura y se dedicó a la pintura… que abandonó en cuanto Napoleón Bonaparte fue expulsado de Prusia.

Detrás de la fachada, la Academia Militar Prusiana escondía un edificio laberíntico habilitado con salones de estudio y dos jardines internos majestuosos que servían a maestros y alumnos para realizar caminatas y conversar. En una primera ala, parte de la entrada principal, estaba el área administrativa y académica; luego se abría un pasillo con once salas grandes de lado derecho y otras veinte más pequeñas en el fondo que enmarcaban el primer jardín. Pasando un arco empezaba el segundo jardín y se desplegaban, en dos edificios, casi cuarenta salones amplios. Esa misma plantilla se repetía (sin los jardines, obviamente) en un segundo piso.

Por eso no fue complicado para Franz Bauer —antes Joseph Galante— esconderse en el mismo edificio (laberinto de pasillos,

jardines y salones) un día de verano de 1913, cuando fue avisado que una mujer lo buscaba.

—¿Quién?

—Sarah Querido. Tu madre —le dijo un empleado del área académica, algo extrañado por tener que repetir el nombre de ella.

—¿Sarah Querido?

—Sí, Sarah Querido.

Franz Bauer, antes Joseph Galante, sintió que iba a desmayarse. Salió corriendo por los pasillos del segundo piso hasta las escaleras de la última ala, después del segundo jardín. Bajó corriendo los escalones hasta un hueco que se abría al final, apenas un sotanillo para escobas, y allí se escondió cerca de cuatro horas.

Se mantuvo, con la respiración entrecortada, pensando mil veces qué hacer, qué decir. Sabía quién era Sarah Querido, por supuesto.

Franz Bauer, antes Joseph Galante, decidió allí, en el hueco de una escalera, que no informaría a su padre o a Hans Bauer sobre la visita de Sarah Querido, un temido (y olvidado) cabo suelto de la trama.

Franz Bauer, antes Joseph Galante, decidió allí, en el hueco de una escalera, que era momento de resolver por medios propios sus propios problemas.

Poco antes de esos eventos en la escalera, en mayo de 1911, Gustav Mahler murió y fue sustituido en la Ópera de la Corte de Viena, la Hofoper, por el austriaco —para beneplácito de la prensa— Felix von Weingartner. Sus últimos empleos no fueron en Viena, sino en Estados Unidos: dirigió la Metropolitan Opera House y de la Orquesta Filarmónica de Nueva York.

Después, el Tercer Reich o III Imperio Alemán, comprendido entre 1933 y 1945, intentaría borrar el legado de este "judío decadente y corrupto" y su música sería prohibida.

Alma Maria Schindler se casaría tres años después de la muerte de Gustav Mahler con el urbanista y arquitecto Walter Adolph Georg Gropius, y luego, en 1928, con el escritor Franz Werfel.

Además de Gustav Mahler, Alma Maria Schindler sumaría a su lista de amantes a Gustav Klimt, Alexander von Zemlinsky, Oscar Kokoschka y Paul Kammerer, todos celebridades de su tiempo.

Algunas versiones indican que la viuda de Gustav Mahler se enamoró profundamente de un sacerdote, Johannes Hollnsteiner, un guapo profesor de teología y filosofía, al que conoció en una cena. Fueron amantes, según algunos testimonios de la época, aunque otros indican que los rumores fueron extendidos por los periodistas para dañar la memoria del compositor y director ya fallecido.

Hans Bauer y Yago Galante vieron como un terrible presagio la muerte de Gustav Mahler. Siguieron con horror el posterior linchamiento de la prensa de Prusia y Austria a uno de los más grandes músicos de todos los tiempos.

Y pensaron, con los nervios tensos y la boca seca, en Joseph Galante. Se arrepintieron de haberlo enviado a la escuela militar y pidieron piedad, cada uno por su parte, a un mismo Dios con distintos nombres.

12.

—Un momento, por favor —dijo Franz Bauer.

Se puso de pie y caminó hacia la entrada del Grand Hotel Esplanade. Construido entre 1907 y 1908 bajo el diseño del arquitecto Otto Rehnig, era uno de los lugares más concurridos en el Berlín de la época.

En el umbral se encontró con una mujer elegantemente vestida. Apenas intercambiaron palabras. Ella lo tomó del brazo y caminaron al bar. Se encontraron con otros jóvenes como él, cinco cadetes de la Escuela Militar de Berlín. La presentó. La vieron. Entre ellos se codearon sin quitarles la vista. Alguno se atrevió a susurrar. Y luego, los dos se retiraron.

Salieron del hotel a las 19:55 horas, aproximadamente. Caminaron por Potsdamer Platz. El tren eléctrico se cruzó frente a ellos y él levantó la mano a otro grupo de estudiantes que lo saludó. Iban, como él, con el uniforme de cadetes.

Unas cuadras más adelante dieron vuelta en un callejón. Franz Bauer, antes conocido como Joseph Galante, tenía un cigarrillo en la boca. Hicieron un alto. Él se metió la mano en el saco y exhibió una cartera. Retiró cinco billetes y se los extendió con suficiente discreción. Se quedó cerca de veinte minutos más allí, fumando. Salió del callejón con otra mujer, visiblemente mayor a la anterior, sólo para avanzar dos cuadras hacia Unter den Linden y meterse en otro callejón. Entraron. Se detuvieron.

En la oscuridad, aparentemente solos, la mujer lo vio a los ojos con lascivia y le tocó el sexo a través del pantalón.

—¿A dónde me llevas? —le dijo—. ¿Sabes lo que cuesta una mujer como yo?

Franz Bauer, antes Joseph Galante, no respondió. Simplemente le sostuvo la mirada.

—¿Sabes lo que cuesta una mujer como yo? —insistió ella, mientras intentaba besarlo.

—Nada —respondió él. Y con un movimiento rápido sacó de la bolsa del pantalón una navaja de afeitar.

—¿Nada? —respondió ella, entre risas. Pensaba que el movimiento brusco era parte del juego sexual.

—Nada —insistió Franz Bauer, antes Joseph Galante, y de un movimiento rabioso le cercenó una oreja.

La mujer no gritó. Se separó de él violentamente y se vio las manos, incrédula: sangre, mucha sangre. Abrió la boca y se fue bajando de los zapatos mientras daba pasos hacia atrás. Abrió más la boca con intenciones de lanzar un grito pero el grito fue para adentro y sólo ella lo escuchó.

Franz Bauer, antes Joseph Galante, se lanzó sobre su cuello. Una de las manos del joven cadete le arrebató la posibilidad de gritar hacia el exterior: apretó con fuerza, cada vez más fuerza. Se dibujó mentalmente un corte con la navaja; un corte profundo y meticuloso en el cuello, hecho con una cierta calma. Se imaginó que la sangre salía a chorros.

Con la mano que la tomaba del cuello la lanzó al suelo y ella cayó de golpe, un golpe seco.

Se desmayo. Ni siquiera se llevó las manos a la herida en la cara; ni siquiera las metió para amortiguar la caída: se fue de espalda con los ojos blancos y quedó boca arriba, con las piernas abiertas y las rodillas dobladas.

Franz Bauer caminó hacia ella con la intención de abrirle el cuello con la navaja y en eso escuchó a sus espaldas una voz.

—Basta —le dijo.

Él no se intimidó. Avanzó hacia la mujer e hizo el intento por agacharse.

—¡Basta! —repitió la voz, que no era una voz sin rostro sino su hermano, Joseph Galante, antes identificado legalmente como Franz Bauer.

Franz Bauer se dio la vuelta con la navaja en la mano y se puso de frente a Joseph Galante. Se vieron durante unos segundos que parecieron muchos.

Luego, sin decir palabra, Franz Bauer, antes Joseph Galante, retomó los pasos hacia la mujer en el suelo. Sacó la navaja otra vez. Se inclinó.

Y tal como lo había imaginado, hizo un corte profundo y meticuloso en el cuello, con una cierta calma. La sangre salió a chorros. Ella se estremeció, pataleó y pataleó, cada vez con menos fuerza y menos fuerza y menos fuerza.

La mujer dijo dos palabras ahogadas que Joseph Galante y Franz Bauer, o Franz Bauer y Joseph Galante, no alcanzaron a escuchar.

Dos palabras, nada más:

—Sabbatai —arrastró cada letra—. Zevi…

Franz Bauer, antes Joseph Galante, se quedó observándola. La noche era fresca para un verano de Berlín. La luz era poca pero suficiente para no perder detalle.

Una fiebre nubló sus pensamientos, y dijo:

—¿Sabes quién es Maimónides, Sarah? Musa ibn Maymun es Maimónides, Sarah; Moisés el Egipcio, Sarah. Y entre Moisés y Moisés no hubo otro Moisés, Sarah, ¿lo sabes? "He aquí que tu reposarás con tus padres, pero se levantará este pueblo y se prostituirá tras dioses extraños". ¿Sabes de qué hablo, Sarah? *Debarim*, Sarah. Palabras.

Entonces limpió la navaja en la orilla de la manga de su chaqueta. Firme, fuerte la limpió: tanto que traspasó la tela y se cortó el antebrazo. Enseguida levantó sus dos colillas de cigarro a medio consumir del piso y se las metió en la bolsa.

Era la noche del viernes 19 de junio de 1914.

Ese mismo día, apenas unas horas antes, un ingeniero alemán de origen judío, Rudolf Goldschmidt, había hecho posible que el káiser Guillermo II de Alemania y el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, realizaran el primer intercambio exitoso de telegramas intercontinentales a través de su invento, el Goldschmidt alternator.

13.

La tarde del viernes 19 de junio de 1914, Franz Bauer salió franco del internado de la Escuela Militar de Berlín junto con otros cinco compañeros. El plan del grupo era irse de juerga.

Franz Bauer era un estudiante aplicado y sus instructores podrían calificarlo de "brillante". Y aunque le atraía el extraordinario y bullicioso Berlín de noche, no cometía el error de dejarse llevar. Por su extremo cuidado, su discreción y cálculo, decía no a las invitaciones hasta donde consideraba prudente. Prefería perderse una noche de diversión a poner en riesgo el proyecto de vida que tenía entre manos.

Su fondo de estudios era sumamente generoso y podía acceder a él sin ninguna restricción. Hans Bauer habían dispuesto que se le depositara sin falta, en la cuenta de una sucursal berlinesa de un banco suizo, una cantidad sobrada al mes.

Además, su padre biológico, Yago Galante, había depositado todos los ahorros de su vida en esa misma cuenta —para darle certezas—, y mes con mes agregaba de su salario otro tanto. No era por dinero, pues, que Franz Bauer rechazara invitaciones; era precaución.

Berlín era una cueva de ultranacionalistas que todo observaban, que no perdían detalle. En el preámbulo de la guerra, no sólo ellos, todos veían enemigos a diestra y siniestra. Los cuerpos transpiraban conspiración; era un gran baile de máscaras la noche berlinesa; y como era de suponer, Franz Bauer se sentía en desventaja: se había criado en el campo, su familia no venía de una tradición militar —como muchos en la escuela— y no conocía el quién es quién en esa

sociedad abigarrada, llena de medallas de honor y títulos nobiliarios de todas las casas europeas.

Franz Bauer estaba en medio de muchas corrientes de aire y todas olían a tormenta. Alemania y Austria estaban en pie de guerra y eso complicó el panorama hasta la casa de Oświęcim.

Y ese verano, en cascada, tres eventos sucesivos sacudieron sus cimientos y los tres ocurrieron en domingo.

El domingo 21 de junio, los abogados notificaron a Hans Bauer, por medio de un telegrama, que las autoridades de Berlín lo requerían para dar fe de un cadáver encontrado en el río Spree y que según un testimonio pertenecía a la señora Sarah Querido, prostituta, de unos 45 años de edad.

Las autoridades dieron rápido con él gracias al hermano de Sarah Querido, un vagabundo sin oficio de aproximadamente 40 años de edad. También informó que Hans Bauer era el padre de un hijo en común, que ahora quedaba huérfano de madre.

Una semana después, el domingo 28 de junio por la noche, Yago Galante y Hans Bauer recibieron, en Oświęcim, la noticia de que Francisco Fernando, archiduque de Austria, príncipe de Hungría y Bohemia y heredero del trono del Imperio austrohúngaro, había sido asesinado en la ciudad de Sarajevo.

Y la semana siguiente, el domingo el 5 de julio, Franz Bauer, antes Joseph Galante, notificó en un telegrama que iba con destino a Austria como parte de la fuerza militar regular de Alemania. No reveló nada más. Sólo dijo que había sido asignado como asistente de un oficial de señales de la retaguardia de nombre Heinz Wilhelm Guderian.

Otra noticia se recibió en la finca de Oświęcim ese verano de 1914. No fue en domingo, como las otras, sino en martes. Llegó el 28 de julio e informaba que las Potencias Centrales (los imperios Alemán y Austrohúngaro) le declaraban la guerra a Serbia.

Franz Bauer notificó en un breve telegrama que sería enviado de inmediato al frente de batalla. Tenía 18 años.

14.

Antes de esa sucesión de eventos —entre 1911 y hasta ese verano 1914—, la tensión y la angustia se instalaron en la finca de Oświęcim. Yago Galante se sumió en una depresión alimentada por la culpa. En los hechos no tenía comunicación directa con su hijo porque habían acordado que sus cartas fueran enviadas a su "querido papá", es decir, a Hans Bauer, y la correspondencia llegaba pero despersonalizada: hablaba generalidades y jamás, por ninguna razón, mencionaba al padre biológico.

Yago Galante sentía que había perdido a un hijo. Hans Bauer sentía que lo había conducido a perder a un hijo. Se veían a los ojos pero no podían sostenerse la mirada, y con un aire de tristeza profunda y desgano llevaban los negocios y bebían: los dos se hicieron afectos al vodka polaco, y lo acompañaban con música y silencio.

Evitaban hablar sobre los problemas personales porque los problemas personales los llevaban, de manera circular, al mismo tema: el hijo ausente. Evitaban hablar de los problemas del mundo porque los problemas del mundo, de manera circular, los llevaban al mismo asunto: la guerra inminente, y Franz Bauer, antes Yago Galante, era peón en una de las partes en conflicto.

En términos generales, el joven se mostraba contento en la academia. Había regresado algunas veces a la casa en los primeros dos años, pero en 1913 no volvió. Argumentó que tenía entrenamientos y obligaciones en las afueras de Berlín. No daba datos ni compartía detalles, mucho menos comunicaba su estado de ánimo.

Durante esos años, además de la angustia y la depresión, un pensamiento asaltó a Yago Galante: sentía que Dios le reclamaba las decisiones que había tomado sobre su hijo. Lo acosaba por haberse olvidado de Él, de su Creador.

El remordimiento y los reclamos de Dios, si es que Dios le reclamaba algo, los padecía en secreto y no los compartía siquiera con Hans Bauer.

El mismo Hans Bauer tenía sus secretos. Otro tipo de secretos. Sostenía reuniones con algunos militares prusianos de distintos rangos y con autoridades civiles. Si Yago Galante le preguntaba por algún tema, él de inmediato le respondía, sin ocultarle un detalle. Pero era una caja cerrada a la que se debía llegar con la combinación correcta.

15.

Una caja cerrada, sí. Yago Galante se enteraría, por ejemplo, que Hans Bauer hizo al menos tres "cambios de nacionalidad" desde el año en que lo conoció y hasta el final de sus días juntos. Algunos los orquestó y ejecutó él, Hans Bauer, y otros fueron operados por su despacho de abogados, el mismo que había manejado los intereses de su padre y operaba, desde que tenía 26 años, los de él.

Un primer cambio de nacionalidad fue a mediados de 1914, apenas semanas antes del estallido de la Gran Guerra. Hans Bauer consiguió pasaportes austriacos. Pensó que si era necesario irse a Cracovia —protectorado del Imperio austrohúngaro— necesitaría un salvoconducto. Yago Galante no necesitaba pasaporte alguno: era polaco y, de hecho, cracoviano. Y Joseph Galante, antes Franz Bauer, también.

Después de que Alemania y Austria perdieran la Gran Guerra, en 1918, cuando la Alta Silesia pasó a formar parte de Polonia, Hans Bauer determinó que debía registrar su cambio de nacionalidad porque hubo una expulsión sostenida de alemanes de la región. Las autoridades polacas querían garantizarse una mayoría nacional que les permitiera el control de la población —y el tiempo les dio la razón —. Ese año, el ciudadano Hans Bauer obtuvo su nacionalidad polaca. Yago Galante no necesitaba hacerlo: era polaco y, de hecho, cracoviano.

Posteriormente, en 1932, cuando la República de Weimar era insostenible y el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores ganó las elecciones extraordinarias de julio y noviembre, el despacho de abogados en Berlín recuperó el acta de nacimiento y el pasaporte alemán de Hans Bauer, siguiendo

instrucciones puntuales que guardaba en una caja de seguridad, porque el empoderamiento de Alemania era inaplazable y su primera decisión sería recuperar los territorios perdidos durante la Gran Guerra, entre ellos la Alta Silesia, que Polonia obtuvo durante el reparto realizado por las potencias triunfadoras.

El despacho de abogados consiguió, en 1932, documentos alemanes a nombre de Yago Galante también. Siguió una instrucción precisa, por escrito, de Hans Bauer, su empleador. Instrucción precisa guardada en una caja de seguridad.

Yago Galante, sin embargo, jamás vería sus pasaportes alemanes. No habría tiempo. No tendría esa oportunidad.

Hans Bauer tampoco vería su pasaporte alemán, y no le importaría: para entonces estaría en su refugio personal, en el túnel negro, en el espacio al que solía escaparse antes y que le serviría de refugio permanente en los años del porvenir.

16.

Durante los años de la Gran Guerra, entre 1914 y 1918, Franz Bauer, antes Joseph Galante, informó a cuentagotas sobre su vida. Para Yago Galante y Hans Bauer, seguirlo en el transcurso de los meses fue un rompecabezas de cartas, recados, rumores, colores de tinta, sellos postales, pequeños guiños en las palabras, informes oficiales y noticias del conflicto.

Se supo —siempre con un considerable retraso— que fue destacado en el Frente Occidental. Y, en efecto, existe registro de que entró a Francia con las fuerzas alemanas en las últimas semanas de 1915 como parte de un grupo de inteligencia militar especializado en comunicaciones.

Hay una carta de él que se puede ubicar cerca de la frontera con Bélgica, del lado francés, fechada el 10 de febrero de 1916; es una carta entusiasta, de alguien con el ánimo encendido, aunque una línea pone en evidencia que está consciente de que se trata de una guerra, "y en las guerras pasa lo que pasa, papá: se muere, y muchas veces evocando un honor equivocado".

Se supo que unos días después de aquella misiva, Franz Bauer arribó a un campamento cercano de Verdún, Francia. En otra carta que llega a la finca de Oświęcim seis meses después, cuenta sobre "los tristes cuerpos de los franceses en las trincheras, que muestran un horror que nunca ocurre porque el ataque los agarró dormidos y desprevenidos. Eran minutos después de las 7 de la mañana cuando miles y miles de proyectiles salieron del frente nacional [se entiende que era el frente de las Potencias Centrales]. Ese día, 21 de febrero [de 1916], me convencí de que estaba en el lugar más seguro de Europa, del lado correcto; pensé en el infierno que viviría la Francia

bajo fuego y no pude sentir miedo por los franceses. Muchos de nosotros podríamos quedar en el lodazal, también. Eso es la guerra".

Por dos cartas muy breves, escritas quizá para informar que vivía, se pudo entender que los siguientes meses de 1916 los pasó en territorio francés, entre Fort Douaumont, Fort Vaux y Fort Souville. Y a finales de ese año escribió desde un punto desconocido. Habla de la "Navidad" y de su "confianza en Cristo nuestro Señor". No hay manera de saber sobre su estado de ánimo porque deliberadamente lo oculta.

Por la información del frente de batalla puede derivarse que estaba en movimiento entre Francia y Bélgica: Alemania había perdido el efecto de la sorpresa en el Frente Occidental y la guerra se empantanaba en las trincheras.

Breves datos filtrados en una carta permiten comprender que la moral de Franz Bauer se ha desmoronado en junio de 1917. La información recopilada advierte que estuvo en Bélgica, en la Provincia de Flandes Occidental.

"He visto, desde Wytschaete, cómo un ejército completo de hermanos desapareció en Mesen", dice. Se refiere a la batalla que tuvo lugar en esa localidad, cuando fuerzas británicas explotan diecinueve minas y realizan un posterior asalto de infantería que da paso a la batalla de Passchendaele. Franz Bauer estaba entonces con el Armeeoberkommando 4 o el Cuarto Ejército Alemán.

El Archivo de Estado o Reichsarchiv documentaría 1 963 bajas entre el 21 y el 31 de mayo de ese año en la batalla de Messines (o Mesen), que Franz Bauer sigue desde Wytschaete. Otros 19 923 alemanes causarían baja entre el 1 y el 10 de junio, y de esos, 7 548 fueron reportados como desaparecidos en la cadena de explosiones de las diecinueve minas. Recuentos posteriores redondearon la cifra de muertos del 21 de mayo al 10 de junio en 25 000: a eso se refería el joven soldado cuando habla de "un ejército completo de hermanos desapareció en Mesen".

Fotos difundidas por la prensa británica desnudarán el ataque. Una brutalidad. Nadie, absolutamente, pudo sobrevivir a la explosión inicial, la del llamado Lone Tree Crater. Sólo algunos mutilados. Sólo

los que estaban lejos eran observadores y vivirán con el horror toda su vida, como Franz Bauer.

"La explosión se sintió hasta mi casa", diría a los diarios londinenses el Primer Ministro, David Lloyd George. Se refería a su casa en Londres, y no exageraba: la Université de Lille registró el estallido de las minas como un sismo; en Dublín y Estocolmo fue escuchada la detonación inicial.

17.

Desde el inicio de la Gran Guerra y hasta junio de 1917, varios eventos relacionados con la vida civil tuvieron preocupados a Hans Bauer y a Yago Galante. Ambos pasaron gran parte del tiempo que duró el conflicto en Cracovia, convertida en base de las fuerzas germanas, aunque tenían contacto permanente con la finca de Oświęcim.

Desde Berlín, Hans Bauer fue llamado a declarar en tres ocasiones por las autoridades civiles en torno a la muerte de su exesposa, Sarah Querido. Sus negocios fueron investigados y tuvo que proporcionar sus listados de clientes y trabajadores movilizados desde que su padre manejaba la compañía de las almas. También fue convocado a dos entrevistas con personal militar, "dado que su hijo servía al frente de batalla". Debió entregar actas de nacimiento, documentación escolar y de residencia de él y de Franz Bauer, antes Joseph Galante.

Datos proporcionados de manera confidencial a Hans Bauer por conocidos en el ejército prusiano le permitieron enterarse de que Franz Bauer se desempeñaba junto a un militar germánico de notoriedad creciente: Heinz Wilhelm Guderian, nacido el 17 de junio de 1888 en Culm, cerca de Dansk, en ese momento parte de Prusia Occidental, en la Alta Silesia. Quizá, no queda claro, esa cercanía con un oficial emergente que había recibido dos Cruces de Hierro (de primera y segunda clases) apenas iniciado el conflicto bélico, dieron cierta confianza a las autoridades civiles. Quizá. Lo que está claro es que la autoridad civil nunca sospechó de Franz Bauer porque no habría valido siquiera su participación en el Frente

Occidental. Ni pensarse siquiera que hubiera sospecha sobre su identidad: los habrían fusilado.

En ese mismo periodo, de 1914 a mediados de 1917, el deseo de morir que visitaba a Yago Galante de cuando en cuando atrapó su corazón y oscureció las tardes del barrio de Kazimierz, a donde había regresado. Su afición por el vodka se acentuó —aunque ya no lo conseguía especiado de la familia rusa que antes frecuentaba— y se sacudió el interés por las conversaciones, a cambio de la tristeza.

Sufría por su hijo perdido y no sólo era el corazón: también el cuerpo. Sus días eran un suspiro tras otro: "Vivir es una gran tragedia", repetía. Y aunque estaba en Cracovia, ciudad que disfrutaba de un trato medianamente digno por parte de las fuerzas de ocupación austroalemanas, padecía la pena de Polonia, tomada en una serie de combates que iniciaron en 1914 y que se extendieron lo que duró la Gran Guerra.

Polonia fue parte del Frente Oriental, donde millones de mujeres y hombres de todas las edades perdieron la vida por las armas enemigas o por una pandemia de influenza que golpeó indiscriminadamente. El dolor de esas almas pasaba por Yago Galante, o eso era lo que él sentía. En noviembre de 1916, conscientes del drama polaco, las fuerzas de ocupación propusieron darle un mejor estatus a la población con un reino que ni siquiera germinó. Los polacos llevaban casi un siglo sin nación libre, y encima de todo pagaban con sus vidas una guerra. Su independencia llegaría poco después del conflicto bélico, con la derrota que acabó con tres imperios: el Austrohúngaro, el Prusiano y el Otomano. En plena decadencia moral y de gobierno, empobrecidos y en la anarquía política, los otomanos pensaban aprovechar el río revuelto. Terminaron como ganancia de pescadores.

Pero si las cartas de Franz Bauer fueron apenas unas cuantas durante los primeros años de su ausencia, desde mediados de 1917 y los primeros meses de 1918 se espaciaron todavía más y más.

Antes de la carta de Franz Bauer desde Bélgica, Hans Bauer, Yago Galante y Joseph Galante, antes conocido como Franz Bauer, consiguieron un salvoconducto para trasladarse a la finca de Oświęcim, en la Alta Silesia. La tarde del jueves primero de marzo de

1917 llegaron a Katowice desde Cracovia, distanciadas por apenas setenta kilómetros lineales, después de un largo y doloroso camino de cuatro días. Joseph Galante tuvo que ser cargado en varios tramos por Yago Galante.

Eran días fríos y llevaban abrigo reducido porque habían imaginado un viaje menos accidentado. Fueron en camiones militares y en carros de mulas; tomaron a veces el tren sólo para permanecer varados. En el trayecto durmieron en donde se pudo, en ocasiones junto a la tropa. Buscaron amigos por la región y no encontraron una mano que los ayudara.

Eran gente reconocible, sin embargo, y en varios puntos encontraron autoridades, cámaras de comercio y oficiales del ejército sobornables; eso aligeró apenas su carga. Para Hans Bauer aquello fue un infierno doble: sufría por la quebrantada salud de su hijo y él mismo compensaba la falta de su pierna con una muleta hechiza que le ampolló ambas axilas. La comida escaseó durante el trayecto: la Gran Guerra fue una guerra contra el hambre, también.

El domingo 4 de marzo de 1917, ya en la casa de Oświęcim, Joseph Galante, antes registrado bajo el nombre de Franz Bauer, cayó inconsciente. Desde su llegada a Katowice había presentado síntomas de una fuerte gripe con tos y agudos dolores de músculos.

Poco antes de la medianoche de ese mismo día, frente a los ojos sorprendidos y abatidos de Hans Bauer y Yago Galante, murió. Su deformación física lo había salvado de ir a la guerra pero no se pudo reponer a su propia debilidad.

Franz Bauer nació el martes 29 de diciembre de 1896. Falleció bajo el nombre de Yago Galante el domingo 4 de marzo de 1917. Tuvo una vida corta: apenas veinte años y dos meses. Con la mente nublada por el dolor, su padre sacó unos viejos pliegos de papel y los extendió en una mesa, junto a su lecho de muerte. Allí escribió:

Dein Bruder ist gestorben.

Tu hermano ha muerto.

Luego, frente al cuerpo, mientras Yago Galante lo limpiaba con agua de rosas y algo de vodka, garabateó:

10VFPIUGKVFGPCHNFHYHUFU

Hizo una carta de tres párrafos en la que pedía a Franz Bauer, antes Joseph Galante, "fortaleza frente a la guerra". Le exigía, en tono nacionalista, "defender a la patria".

Firmó:

Hans Bauer

Y debajo de la firma:

10VFPIUGKVFGPCHNFHYHUFU

Poco después de enviar la carta, se anunció el armisticio entre las Potencias Centrales y Rusia. La Gran Guerra entraba en su fase final. Cientos de miles de soldados empezaron un largo viaje del Frente Oriental hacia Francia. Iban arrastrándose, cansados, diezmados y hambrientos, a tratar de contener a Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, principalmente, que habían concentrado sus operaciones en la frontera francesa de Prusia y Austria.

Franz Bauer, quien legalmente cambió de nombre por Joseph Galante, fue enterrado al fondo de la finca de Oświęcim por Yago Galante y Hans Bauer. Nadie más estuvo en el entierro ni fueron asistidos por nadie: la Gran Guerra tenía ocupados a los sepultureros de toda Europa.

Sobre sus restos se colocó una pieza de cantera sin grabar. Apenas un trozo que había sobrado de la hechura del patio de la casa de Oświęcim.

Aunque no pudo ser atendido por un médico, en el acta posterior fue declarado "muerto por gripe española". Fue un error. La Gran Epidemia de Gripe que azotó al mundo llegó a Europa desde el Fuerte Riley, en Kansas, Estados Unidos, el 28 de mayo de 1918. Es decir, diez meses después de la muerte de Joseph Galante, quien legalmente fue Franz Bauer.

La gripe española sí llegó a la casa de Oświęcim el año siguiente, pero sólo mató a perros y gatos. La adquirió Yago Galante y se recuperó.

Algunas fuentes sostuvieron, décadas después, que el virus pudo ser liberado por los aliados para mermar a las Potencias Centrales, y que se salió de control. No existen datos contundentes para confirmarlo, como tampoco se sabe por qué la gripe española fue tan mortífera.

El número de muertos por el brote es incierto. Algunos creen que fueron más de cincuenta millones; otros dicen que poco menos de cien millones.

Los gobiernos en guerra ocultaron las cifras para no reflejar la merma en sus ejércitos regulares. Sólo la prensa de España —país que no participó en el conflicto— pudo difundir con libertad el tamaño de la tragedia… pero se quedó con el maleficio: la pandemia llevó su apellido.

La epidemia mató a Gustav Klimt, quien alguna vez fue amante de Alma Maria Schindler, esposa de Gustav Mahler.

También acabó con la vida del pintor Egon Leo Adolf Schiele tres días después de causar el deceso de su esposa, embarazada de seis meses. Ambos murieron en Viena y la ciudad, de por sí acongojada, entristeció más.

Yago Galante y Hans Bauer se enteraron de los detalles por la prensa austriaca, aunque con gran retraso. Para entonces, Oświęcim, Katowice y toda la Alta Silesia eran ya parte de la Segunda República independiente de Polonia.

A finales de 1917, todavía con la Gran Guerra en marcha, Franz Bauer mandó una brevísima carta en la que informaba simplemente que había salido de Francia y Bélgica. Firmaba así:

Franz Bauer

10CFAXIPQ

"Selanik", tradujeron en Oświęcim.

No Thessaloníki o Saloníki, en griego. No Salónica o Tesalónica: Selanik, en judeoespañol.

Franz Bauer, antes Joseph Galante, lamenta en el texto la muerte de "José Galante". Así llama a Joseph Galante, antes Franz Bauer: José Galante. Con acento, y en castellano o, más bien, en judeoespañol.

18.

Era el viernes 4 de marzo de 1921. Yago Galante y Hans Bauer estaban de pie, junto a la loza sin grabar, en el jardín de la finca. Habían pasado cuatro años desde la muerte de Franz Bauer. Lo recordaban en silencio, con el corazón en un puño, quebradizos y desgastados.

—Ha llegado la hora de dejar Oświęcim, Hans. Sus negocios han vuelto a florecer; es usted un ciudadano de la nueva Polonia independiente y hay mucho por reconstruir. Un país, dos países: Europa completa necesita de gente como usted. Yo voy de regreso a Cracovia. Voy a reencontrarme con los míos. He decidido emprender un viaje discreto, con la información que tengo, en busca de Joseph.

—No puede usted abandonar la finca de Oświęcim. No puede irse ahora.

Hans Bauer se ocultaba los ojos con el sombrero.

—¿Qué dice? —murmuró Yago Galante.

—Que le tengo malas noticias; no podrá abandonar la casa de Oświęcim. No ahora, Yago. No ahora.

Yago Galante había tomado la decisión de irse de la finca porque sentía una creciente animadversión por parte de su amigo. Lo percibía áspero, incluso agresivo. Le respondía con evasivas o con preguntas inconexas, como si no le prestara atención. Y no sentía que estas reacciones estuvieran motivadas por el dolor, porque ambos compartían ese dolor y sabían qué era y cómo se expresaba en ellos.

—Yago —dijo Hans Bauer. Levantó la cabeza. Se quitó el sombrero—. ¡Yago! —repitió. Se desplomó sobre su única rodilla.

—¡Hans! —dijo el otro, con alarma. Avanzó hacia él y lo tomó de los antebrazos con la intención de levantarlo.

—Yago, estoy perdiendo la razón.

—Lo entiendo, Hans.

—No. Es literal. Estoy perdiendo la razón, la memoria. No sé por qué me vienen recuerdos de la infancia. No entiendo por qué estoy agresivo con usted, conmigo, con lo que me rodea. Doy respuestas que no quiero, hablo de cosas que no debo. Estoy perdiendo la razón.

Hans Bauer era un hombre de 51 años.

En agosto de 1921, en uno de los más calurosos veranos que se recuerde en la región, Yago Galante llevó a Oświęcim la noticia de la muerte de Enrico Caruso. Habían pasado cinco meses desde que ambos hablaron sobre la demencia prematura de Hans Bauer.

El cantante de origen italiano residía en Estados Unidos, en donde hizo de su carrera una mina de oro. A principios del siglo XX, la Gramophone Company de Gran Bretaña tuvo la visión de darle un contrato para grabar, y Enrico Caruso se convirtió así en uno de los primeros músicos en la historia en volverse un fenómeno global gracias a la venta de discos.

Durante los primeros años de la posguerra, Hans Bauer se dedicó a conseguir esas grabaciones, principalmente las primeras, producidas por Frederick William Gaisberg, un ingeniero norteamericano que rechazaba el término *productor* para sí mismo. Esos primeros discos fueron una sensación desde su lanzamiento, en 1902, pero Hans Bauer los perdió en un viaje casi al inicio del conflicto armado. No tuvo acceso a copias sino hasta después de 1918. Los vinculaba a "los años felices", como él los llamaba; los previos a la guerra.

—*Vesti la giubba* —dijo Hans Bauer cuando vio el periódico extendido sobre su mesa—. Caruso fue un gran payaso, Yago. Un gran *pagliaccio*.

—Lo fue, Hans.

La necrológica en el diario berlinés recordaba que *Vesti la giubba*, aria de la ópera de Ruggero Leoncavallo grabada por Caruso en 1904, fue la primera en vender un millón de copias.

Junto al obituario de Caruso se encontraba otra nota de mucha menor importancia: era la reseña de un discurso de Adolf Hitler, alemán de origen austriaco, al asumir la dirigencia del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei.

—¡Un millón de copias! La tragedia de un hombre que es engañado por su mujer, que llora a gritos el engaño de su mujer. ¡Un millón de copias por la tragedia de un hombre, Yago!

—Qué gritos. De Caruso, nada menos.

—Hay de gritos a gritos —dijo Hans Bauer e inclinó el rostro. Hizo una pausa y continuó—. Yago, querido amigo, necesito hacerle una confesión.

—Dígame.

Otra vez, el frasco de gusanos.

—Vi en Berlín a Sarah años después de que perdí la pierna. Fue una mera casualidad. La encontré en un bar del Hotel Esplanade. Había hecho una rutina en ese bar. Usted me entiende. Allí encontraba clientes. La encontré y en los siguientes meses la estuve siguiendo. No entiendo por qué. Le seguí los pasos. Sabía en dónde vivía, quiénes eran sus clientes regulares, quiénes eran los eventuales. Me obsesioné a tal grado que renté un pequeño piso sobre Potsdamer Platz sólo para observarla; sólo para seguirla. Luego vino su muerte, luego llegó la guerra.

Hans Bauer se quedó viendo a un punto en el infinito.

—Vivir es una gran tragedia, Hans.

—Lo es, querido amigo.

Después de aquella confesión, en los siguientes meses Hans Bauer apenas habló, y fue para darle información a su amigo sobre Joseph Galante, ahora conocido como Franz Bauer.

Después de la Gran Guerra, Alemania formó una fuerza militar provisional de defensa llamada Vorläufige Reichswehr y dividida en dos cuerpos: el Vorläufiges Reichsheer o ejército nacional, y el Vorläufige Reichsmarine o marina.

A finales de 1919 fue organizado un ejército regular en acuerdo con los Tratados de Versalles: el Übergangsheer. En enero

desapareció este cuerpo regular pero transitorio y nació el Reichswehr, limitado a cien mil hombres.

—Poco después de la guerra, Franz Bauer estuvo en un cuerpo de inteligencia militar que se alojó en los Balcanes, Yago —dijo escuetamente Hans Bauer—. Eso me han dicho. No hay más datos porque esa fuerza no existe.

Yago sintió que le hormigueaba el cuerpo.

—¿Y después?

—El Reichswehr. Entró al Reichswehr. Existe en el registro que estuvo en el Reichswehr. Se dio de baja de manera voluntaria.

—¿Y Guderian? —preguntó Yago Galante. Se refería a Heinz Wilhelm Guderian.

—La información que tengo, que no es mucha, me dice que está en el Reichswehr. Entiendo que Joseph sigue trabajando directamente a las órdenes de Guderian. Incluso hoy, que causó baja —dijo. Y regresó al encierro mental, a una de sus recámaras internas.

A Yago Galante no le pareció extraño que su hijo hubiera causado baja del ejército y fuera subordinado de un oficial de esa misma fuerza regular. El Tratado de Versalles fue violado una y otra vez por Alemania, de distintas maneras, durante el periodo conocido como República de Weimar. Miles de soldados fueron entrenados bajo nóminas falsas entre 1919 y 1933, por ejemplo. Y después de que el káiser Friedrich Wilhelm Viktor Albrecht von Hohenzollern, o Guillermo II, abdicara tras la derrota, las autoridades federales impulsaron la industria extractiva y del acero, y luego empezaron a fabricar armas (incluyendo tanques y artillería ligera y pesada) aunque las naciones aliadas les habían establecido cuotas. Por eso, Yago Galante no se sorprendió al saber que su hijo estaba en la nómina del ejército, sin estarlo.

La Gran Guerra había sido brutal, y Joseph Galante, quien combatió como Franz Bauer, había salido con vida. Eso daba a Yago Galante confianza en el futuro, pero no podía alejar de él la tristeza y la desesperación por su silencio.

Por distintos datos sabía que se desempeñaba, desde hacía varios años, en unidades de inteligencia. Sospechaba que había

estado en Tesalónica con un nombre falso y en una misión encubierta. Aun así se preguntaba por qué había espaciado tanto la comunicación.

Tesalónica pertenecía desde 1912 a Grecia, tras la Primera Guerra Balcánica. En la Gran Guerra, la ciudad había peleado del lado de los franceses y británicos a pesar de la oposición del gobierno central. En 1917, poco antes de terminado el conflicto bélico, un enorme incendio destruyó gran parte de la ciudad. Se dijo que había sido un accidente, también se rumoró que fuerzas alemanas encubiertas lo habían provocado.

La destrucción de la ciudad provocó una gran migración de judíos hacia Francia y Palestina. Luego, en 1922, miles de exiliados griegos y hebreos abandonaron Esmirna, en Turquía, y se asentaron en Tesalónica.

También hubo una fuerte migración de judíos hacia Estados Unidos, pero sobre todo a Latinoamérica.

A finales de enero de 1922, Hans Bauer comentó a su amigo que tenía información para creer que Franz Bauer, antes Joseph Galante, había cambiado su nombre por el de José Galante y había migrado hacia Argentina, y luego a México. Para Yago Galante fueron siempre un misterio sus fuentes de información; sabía que le llegaban cartas de cuando en cuando de su hijo. Sin embargo, nunca se atrevió, ni siquiera en los años venideros, a abrir una.

Después de darle aquella información, Hans Bauer volvió al silencio más profundo. Su enfermedad, llamada "demencia senil prematura" por algunos médicos experimentados, modificó su conducta por la de un niño autista de diez años. Y seguía evolucionando.

El viernes 22 de febrero de ese mismo 1922, Yago Galante llevó a Hans Bauer a una revisión médica en Berlín, y estando allá le explicó que se quedarían los siguientes días en Alemania para sacar algunos pendientes de negocios. Sin embargo, el enfermo se puso muy inquieto, incluso violento. Yago Galante sabía por qué: el 4 de marzo era el aniversario luctuoso de su hijo. Trató de convencerlo de que se quedaran pero no lo consiguió.

Yago Galante había recibido la invitación de un viejo amigo, el músico Hans Erdmann, para asistir al estreno de "una sinfonía del horror". En realidad era una película a la que él agregaba música en vivo. Le pareció que era una buena oportunidad para distraer a Hans Bauer, pero fracasó.

El estreno de la obra fue el sábado 4 de marzo en el Primus Palast de Berlín, apenas a unas cuadras de donde ellos se hospedaban. *Nosferatu, eine symphonie des grauens*, decía la invitación. Se promocionaba, efectivamente, como "una sinfonía del horror". No pudo asistir. Tuvieron que regresar.

Para finales de 1922, Hans Bauer era un hombre totalmente indefenso y su vida dependía de la buena voluntad de su amigo. Fue entonces que, por consejo de un conocido de ambos, Yago Galante buscó exhaustivamente una cita con Sigmund Freud, un polémico neurólogo austriaco muy recomendado por varios amigos berlineses.

Sigmund Freud había sido médico de Gustav Mahler, le dijeron. Y eso le daba todavía más confianza a Yago Galante. La cita nunca se logró: al año siguiente, 1923, fue diagnosticado cáncer de paladar a Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, debido a su adicción al puro.

La industria de las almas tuvo, como Yago Galante mismo predijo, un repunte en los siguientes años. Fue un periodo de inestabilidad política porque la Alta Silesia había sido agregada a Polonia con todos sus habitantes, muchos de los cuales pelearon del lado de los alemanes durante la Gran Guerra. Entre 1920 y 1921 hubo varias insurrecciones que fueron aplastadas; las autoridades polacas alentaron otros levantamientos de gente afín, para sofocar a los primeros.

A principios de 1921, fuerzas armadas conjuntas de Francia y Gran Bretaña anunciaron un referéndum para decidir el destino de la Alta Silesia. Se realizó el 20 de marzo de 1921, y la empresa fundada por el padre de Hans Bauer tomó parte de la organización. Una mayoría apoyó su integración a Alemania. Para resolverlo, el territorio fue dividido en dos.

Yago Galante ingresó a la empresa sumas considerables de dinero pero siguió cobrando un salario que actualizaba con la inflación, que en esos años se disparó, principalmente en territorio

alemán. Siguió depositando dinero en la cuenta suiza de Franz Bauer, antes Joseph Galante, aunque desde 1917 no hubo un solo retiro. También en esa cuenta, que estaba a nombre de su hijo, se agregaba mensualmente un monto generoso del fondo de estudios.

Las propiedades de Hans Bauer se administraban de la misma manera que antes y a finales de esa década, con tantos ahorros y la cantidad de ingresos que Yago Galante generó, la cuenta de Suiza y las de la empresa formaban una enorme fortuna.

Catorce meses después de aquel viaje médico y de negocios, Yago Galante regresó a Berlín. Le habían recomendado que adquiriera una serie de aparatos para obligar a Hans Bauer a ejercitar su cuerpo, que pasaba demasiado tiempo en la cama.

Era miércoles 11 de abril de 1923 cuando Yago Galante leyó en la prensa berlinesa parte del discurso del nuevo líder emergente de Alemania, Adolf Hitler: "En lugar de representación de intereses patrios, se hizo política dinástica; en lugar de política nacional, la internacionalización. Las palabras 'echar un puente entre todos los antagonismos', de fraternización, de tregua y otras similares, minaron la fuerza del pueblo alemán hacia adentro y hacia afuera. La judaización fue la consecuencia inmediata de esta política tibia; la judaización de la nación alemana, porque el judío no renuncia a su propia nacionalidad. No es el proletario el que ha llegado a ser señor, sino que el judío galitziano se puso en el lugar de reyes que van cayendo. Ahora ya hace más de cien años que está trabajando en la desintegración de los estados europeos. Siempre ha encontrado auxiliares y los encuentra aún hoy: Severing aquí, Poincaré allá".

"Un loco más", pensó Yago Galante, nacido en Cracovia y, por lo tanto, judío galitziano.

Y siguió con sus propias preocupaciones, que no eran pocas.

19.

—*Soave sia il vento*… —dijo Hans Bauer.

—Suave es el viento, Hans.

—*Soave sia il vento, tranquilla sia l'onda…* —agregó.

—Es usted impresionante.

Hans Bauer tenía al menos dos años sin hablar.

Yago Galante tenía a su amigo agarrado de la mano. Ambos estaban sentados con la espalda pegada a la pared trasera de la casa de Oświęcim. Allí les habían ordenado que permanecieran.

Dos soldados que fumaban relajados les apuntaban con armas. El lugar era un hervidero de oficiales y tropa; se preparaban para acampar.

A la distancia se escuchaban rugir los motores de los pánzer. La *blitzkrieg* o guerra relámpago tomaba por asalto la Alta Silesia. Era el sábado de 9 de septiembre de 1939.

Una semana antes, en domingo, Reino Unido y Francia le habían declarado la guerra a Adolf Hitler.

—*Soave sia il vento*… —insistió Hans Bauer con la voz muy baja, como lamentándose. Su mano temblorosa apuntaba a los soldados.

—*Soave sia il vento*… —repitió Yago Galante—. Del *Cossi fan tutte*. Una hermosa historia de amor y de engaño. Mozart, Hans.

Y de pronto, Yago Galante vio a su querido Hans Bauer demasiado joven, demasiado fuerte, demasiado de una sola pieza. Y de pronto cayó en cuenta de que ese hombre solitario y silencioso había conservado, en su enfermedad, el gusto por la música.

"Qué robusto se debe ser para tomar una decisión así. Hans decidió llevarse sólo la música a la isla desierta de su enfermedad", se dijo.

Recordó cierta ocasión, mientras recorrían la Alta Silesia, cuando se preguntaron por qué los compositores y casi todos los escritores mejoran con el tiempo, pero los poetas no, salvo honrosas excepciones.

"Si ha sido llamado por la música, si está en él esa materia, no hay compositor que no mejore con los años. Pero con los poetas no es posible saber si mejorarán. Se puede ser poeta joven y ser genial, pero más vale que su vida termine pronto, o todo se irá a la basura. O se puede ser Mozart y nacer compositor y no hacer otra cosa que seguir mejorando", razonó Hans Bauer aquella vez, y él estuvo de acuerdo. Ahora lo recordaba.

Le pareció que Hans Bauer era más joven. "Y es la música", se dijo con cierta fiebre: "Qué manera de demostrar que la música nos vuelve jóvenes con la edad; la música es la suma de las edades".

Luego se dirigió a él y le dijo, con cariño:

—Qué joven se ve, querido amigo.

Razonó que pocas veces había acompañado la palabra *amigo* de los calificativos *querido* o *estimado*. Y lo lamentó.

—Tantas veces usted me dijo "querido amigo", "estimado Yago"; tantas veces. Debí decirle en algún momento que lo quería, Hans. Debí decirle que lo estimaba y no se lo dije. Se lo digo hoy —expresó con la voz suelta, sin moderar.

Recargado sobre el muro, con las piernas estiradas, Yago Galante vio a lo lejos que la tropa avanzaba sobre el caserío del pueblo de Oświęcim. Le pareció una película vieja, rayada. Le pareció que ya había vivido aquello mismo en otra época. "Pogromo", pensó. "Un pogromo", dijo en voz alta, y enseguida su mente hizo lo que debía hacer: le dio imágenes dolorosas de otros siglos y otras latitudes; imágenes de gente que corre, de niños que lloran, de madres que claman piedad. Imágenes de ese pueblo y de otros pueblos.

Abrazó a Hans Bauer. Sacudió la cabeza para alejar lo que observaba y dijo, en voz alta, en un intento por dejar de pensar:

—Mahler murió a los 51 años, Hans. Nos ha tocado una vida larga y llena de satisfacciones. Es curioso cómo los más grandes compositores del siglo pasado murieron jóvenes, o relativamente jóvenes. Piénselo:

Schumann, 46 años.

Berlioz, de 61.

Schubert, 31.

Borodín, 54.

Puccini, 66.

Donizetti, 51.

Chopin, 39.

Bellini, 34.

Weber, 40.

Incluso Paganini murió joven: de 57 años. Y Beethoven, murió de 57.

Hizo una pausa.

—Aunque Beethoven no murió en el siglo pasado —se corrigió.

Otra pausa.

Clavó la vista en Hans Bauer y notó que él, a su vez, la sostenía en un punto a lo lejos. Yago Galante no quiso voltear. Siguió, entretenido, con su recuento. Un recuento de memoria.

—Beethoven murió, de hecho, demasiado joven para cualquier siglo. Como Mozart y Purcell. Porque antes de ellos, en el clasicismo y antes, hubo varios longevos. Su querido Lully murió de 55 años. Jovencísimo. Pero no todos.

Monteverdi murió de 76, por ejemplo.

Bach murió de 65; pero Rameau de 81.

Scarlatti, 72.

Handel, 74.

Vivaldi, 66. Mmm. Quizá sea demasiado joven. No sé. Depende de cómo nos vaya hoy, Hans.

Telemann, 86.

Albinoni, 79…

Una pausa más.

Cerró los ojos y escuchó un largo concierto de disparos y explosiones.

—¡Señores, atención! —brincó Yago Galante como un resorte. Se dirigía a los soldados en perfecto alemán. Ellos lo vieron con indiferencia—. ¡Atención, señores, han cometido un error! ¡Hemos servido a la gran Alemania durante toda nuestra vida! ¡Somos

ciudadanos alemanes! ¡Exijo ver a un oficial! ¡Exijo ver al oficial a cargo!

Uno de dos soldados le clavó la vista desde lejos. Dio una gran fumada y apagó el cigarro con la bota. Se caló el rifle en la espalda y caminó, rodeando la casa de Oświęcim hacia la entrada principal.

En aquella ocasión, cuando recorrían la Alta Silesia, Yago Galante reflexionó sobre un tema que no le preocupaba, hasta que le preocupó.

—¿Y qué pasará —preguntó a su amigo en una pausa de su largo viaje— con ese nuevo filtro que se nos ha impuesto a los aficionados con la música grabada?

—¿A qué se refiere? —preguntó Hans Bauer. Estaba realmente interesado.

—Muy simple: ¿quiénes decidirán qué música se debe grabar si los compositores y los directores, las salas de concierto o las sinfónicas y filarmónicas no lo decidirán?

—Los mismos que deciden todo, amigo querido: los que tienen el poder. Los técnicos. Ingenieros. Empresarios. Gente que no sabe de música pero que conoce de grabaciones. Gente que pudo no haber ido nunca a un concierto y sabe de embarques y tiendas. La música pasará a manos de gente que no conoce la música. Ellos decidirán cuál tiene calidad y cuál no. Se volverán poderosos como un cardenal, un papa, un arzobispo. Ellos decidirán a cuáles artistas debemos oír, cuáles se deben grabar, cuáles son para las masas y *deben* ser difundidos.

Yago Galante recordaba eso ahora, mientras un grupo de extraños con poder y armas decidía su destino.

El soldado no tardó más de una hora. Regresó con dos oficiales.

—Judío —dijo uno de los recién llegados.

—¡Soy un ciudadano alemán! ¡Somos ciudadanos alemanes! ¡Mi hijo sirve al ejército alemán!

—Judío —dijo el mismo oficial, y encendió un cigarro. Vio a los dos soldados. Les hizo una seña.

—*Il Commendatore* —murmuró Hans Bauer.

Otra vez hablaba de Mozart.

—Es usted impresionante —dijo Yago Galante, ahora con tristeza.

Lo entendió perfectamente. *Il Commendatore* se lleva a don Juan al infierno.

Se les ordenó que se pusieran de pie. Yago Galante no dijo una palabra: tomó a Hans Bauer de ambos brazos, como a un niño, y lo abrazó para incorporarlo. Y así, abrazado del inválido, se agarró de un borde saliente de ladrillo. Intentaba mantenerse de pie, mantenerlos de pie.

Y repentinamente, los dos soldados tomaron distancia.

Dispararon.

Los dos hombres cayeron sobre la yerba fresca del patio trasero de la casa de Oświęcim.

Yago Galante volteó el rostro con gran dificultad para ver a Hans Bauer, tendido a su lado. Estaba muerto. Tenía exposición de masa encefálica porque un tiro que había entrado por la quijada le atravesó la lengua y salió por la nuca. Desvió la vista.

Miró al cielo: nubes cerradas, grises y sin forma, desabridas.

Los rostros de los soldados se atravesaron entre el cielo y él. Y en ellos, en esos rostros, Yago Galante vio a su hijo.

—Vivir es una gran tragedia, Joseph —le dijo.

Un segundo después vino el tiro de gracia.

Yago Galante tenía 69 años. Hans Bauer, 71.

Dos semanas después, Sigmund Freud pediría a Max Schur, su médico, que le suministrara tres inyecciones de heroína. Era mucho el dolor del cáncer provocado por su adición terrible al puro. Vivía en Londres. Murió el 23 de septiembre, también sábado.

20.

La operación Fall Weiss, que sorprendió al mundo por su efectividad, fue la primera campaña militar de Alemania en el conflicto que se conoce como Segunda Guerra Mundial. Polonia no resistió el ataque más de dos meses y fue ocupada, otra vez.

El año siguiente de la invasión, en 1940, el gobierno alemán ordenó la demolición del pueblo de Oświęcim.

Le borró el nombre, que recuperaría hasta después de la guerra. Se lo cambió por el de Auschwitz. Los materiales de las casas fueron utilizados para la construcción de un centro de trabajo forzado.

El nudo ferroviario de Katowice y la red de trenes de la Alta Silesia sirvieron para trasladar de toda Europa y de los Balcanes a judíos y otras minorías que primero fueron explotados y después ejecutados, por millones. Se desconoce si las listas y contactos de la compañía de las almas fue utilizada para ubicar a sus víctimas; es probable, porque cayeron desde antes en manos de Alemania y los datos actualizados pudieron ser encontrados en la casa de Oświęcim.

La finca de Hans Bauer fue demolida. Algunos materiales y todos los muebles; la colección de libros, de grabaciones de música culta y de aparatos de sonido fueron empacados y enviados a Berlín. Lo demás se sumó para la construcción de barracas para detenidos.

Rudolf Franz Ferdinand Höß o Rudolf Hoess o Rudolf Franz Ferdinand Höss dirigió el campo de exterminio hasta 1943 y su extensión, Auschwitz II o Auschwitz-Birkenau. Cuando Alemania perdió la guerra, fue capturado y conducido a los juicios de Núremberg. Fue condenado a la horca.

Un miércoles 16 de abril de 1947 murió colgado dentro de las instalaciones Auschwitz, muy cerca de donde alguna vez estuvo la finca de Oświęcim.

Heinz Wilhelm Guderian, estratega, traductor, instructor, militar de carrera, especialista en telecomunicaciones y en inteligencia y gran estudioso de los textos de Winston Churchill y Charles de Gaulle, sirvió al Tercer Reich y al Führer y murió en libertad el viernes 14 de mayo de 1954. Sus condecoraciones fueron muchas; dos en la Gran Guerra y el resto durante el régimen nazi. El 7 de agosto de 1944, la revista norteamericana *Time* le dedicó la portada, adulándolo.

La lápida sin inscripción de Franz Bauer fue reducida a piedra de mortero. No se sabe bien a bien en dónde quedó sepultado, mucho menos porque esa zona fue, en sí misma, un enorme camposanto.

Las cuentas de la compañía de las almas, así como la que estaba a nombre de Franz Bauer, "desaparecieron" en los libros contables de los banqueros suizos. El 12 de diciembre de 1996, después de décadas de litigio, el gobierno de Suiza accedió a crear la Bergier Commission o Comisión Independiente de Expertos (ICE, por sus siglas en inglés) para investigar a los bancos y devolver su dinero a las familias de los sobrevivientes del nazismo.

Los banqueros, con un comportamiento antisemita comprobado durante la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial, se han resistido durante años y años a restituir esas fortunas. Nunca se sabrá con cuánto se quedaron de las familias que, como los Bauer y los Galante, desaparecieron casi por completo y, se entiende, no pudieron demandar.

También se desconoce el destino que tuvieron las propiedades de la familia Bauer, que, se supone, estaban por toda Europa.

No existen registros de que un tal Franz Bauer, nacido en Berlín el martes 29 de diciembre de 1896, combatiera en la Gran Guerra. Tampoco que fuera parte del ejército prusiano, del alemán o del austriaco.

La documentación que sobrevivió sobre la existencia de Joseph Galante indica que murió en Oświęcim el domingo 4 de marzo de 1917, "a causa de la pandemia de influenza española".

Sarah Querido, oficialmente, nunca existió. No hay registros de ella en Polonia, Austria o Alemania. Se cree que su acuerdo matrimonial con Hans Bauer fue destruido, junto con miles de documentos, en las oficinas del despacho de abogados que administró las propiedades de la familia Bauer desde el siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial.

El despacho se volvió humo y también desapareció.

21.

Caminaron en silencio rumbo a la cafetería Cyganeria, que en esos años ocupaba el primer piso de la casona marcada con el número 38 de la calle Szpitalna.

Al llegar pegaron un brinco hacia atrás porque un puñado de adolescentes abrió de golpe la puerta doble de cristal y corrió por la banqueta.

En el *allegro* de su vida, alborotadas bajo el sol desparpajado de la mañana cracoviana, las jovencitas mal cocidas se acercaban y alejaban de los varones, lampiños y torpes, en una danza graciosa de pájaros.

Era imposible no dejarse arrastrar, como hojas sin voluntad, por ese huracán que acompaña a casi todas las mujeres jóvenes del mundo: feroz huracán, dulce huracán que nace en los labios recién calcados.

La cafetería, como era de esperarse, estaba llena. "No cabe un alma aquí", dijo Yago Galante, y de manera involuntaria pensó en Hans Bauer, en Franz Bauer y en la finca de Oświęcim.

Joseph Galante sugirió que mejor caminaran hacia el jardín frontal del Teatro Juliusz Słowacki. Una vez allí, Yago Galante se apuró a sentarse en un murillo de piedra.

—Este teatro es nuestro orgullo, Joseph —dijo.

—Franz. Me llamo Franz —atajó el otro.

—Este teatro es nuestro orgullo, Franz —corrigió Yago Galante con falsa obediencia.

—Es importante que entiendas lo delicado de mi posición, papá. Por favor. Todos arriesgamos demasiado en esto —replicó Joseph Galante, ahora Franz Bauer.

—¿Y sigo siendo tu padre? —preguntó Yago Galante. Esta vez no fue irónico. Realmente quería leer, en los ojos de ese hombre madurado a golpes, si seguía pensando en él como su padre.

Pero cuando le dirigió la vista pudo advertir, en los ojos de Joseph Galante, una tragedia que se avecinaba.

—Hijo, debo preguntarte si has abandonado tu religión. Debo preguntártelo, aunque tenga miedo a la respuesta.

—Soy judío por nacimiento, padre. A eso no puedo renunciar.

—¿Y por religión?

Entonces Joseph Galante, ahora Franz Bauer, le preguntó:

—Y tú, padre, ¿eres todavía el agnóstico que conocía? ¿Aún dudas de Dios? ¿Eres o no eres el que me decía que las decisiones que tomara me serían respetadas, y que incluso me invitaba a vivir sin religión? —Hizo una pausa. Luego retomó—: No puedo estar mucho tiempo aquí. Sólo he venido a despedirme.

—Lo sé, hijo.

—He venido para advertirte personalmente que debes abandonar cuanto antes Polonia, que debes dejar la Alta Silesia y Alemania, papá. Y también he venido para decirte que yo ya no estoy aquí.

—¿En dónde estás, hijo? ¿A dónde te has marchado?

—He reiniciado mi vida en América.

—¿En dónde, hijo? ¿A dónde te…?

—Papá —interrumpió Joseph Galante con una voz grave—, vengo a advertirte que huyas, que huyan porque grandes calamidades vendrán sobre estas tierras.

—¿De qué hablas, hijo?

—Toma a Hans, vendan lo que puedan vender ahora mismo y huyan. Vayan a América.

—¿Cómo me voy a América, hijo? ¿Sabes en qué condiciones se encuentra Hans? ¿A dónde, América? ¿Estados Unidos, México, Argentina? ¿Por qué para allá? ¿Qué hay allá?

Yago Galante se sentía desorientado y preguntaba con honestidad.

—He venido a decirte que el odio no va a parar, padre. No se va a detener. Miles de hombres trabajan como una sola maquinaria para ir a la guerra otra vez. Miles de hombres alimentados por el

odio, la sed de venganza, el deseo de ser alguien o por las patrañas que se inventan otros hombres. Miles. En todo Europa, e incluso en Asia y en América. Miles.

Yago Galante lo vio a los ojos otra vez sin decir una sola palabra. Franz Bauer, antes Joseph Galante, continuó:

—He visto a los hombres morir de desesperanza en las trincheras; los he visto volar en miles de pedazos y volverse a acomodar, parte por parte, para seguir odiando. He visto en las trincheras de Francia y de Alemania el mismo deseo de matar, padre. No hay diferencia. Los vi arrastrarse por el lodo, pararse sobre una piedra para apuntar con sus fusiles o para clavar sus bayonetas. Y eso no se detendrá, padre. Ninguna tragedia es suficiente, nunca. Ninguna tragedia es suficiente.

—Lo entiendo, hijo.

—Huye. Vete de aquí. Vuélvete a Selanik, de donde vinieron tus abuelos, y de allí vete más lejos. Huye, padre, te lo ruego. Un ejército de hombres nos preparamos para la siguiente guerra —dijo.

—¿Nos preparamos?

—Nos preparamos, padre.

Ambos se quedaron mudos.

—¿Qué tanto platicaste con Hans? —dijo Franz Bauer

—Poco. De ti muy poco. ¿Hay algo que debo saber?

—Hans decidió mantenerte alejado de todos los eventos que se vinieron después de la Gran Guerra, papá, pero el ejército alemán sabe de mi cambio de identidad. Sabe que soy judío. Estos años he cumplido como soldado todo cuanto se me ha pedido para garantizar tu tranquilidad, papá; y la de Hans, y la de Joseph.

—¿Qué hiciste, hijo?

—Tengo mucho de qué avergonzarme. Mucho.

Yago Galante se puso de pie. Con los ojos en el piso empezó a caminar, alejándose de su hijo.

Franz Bauer se cubrió el rostro y luego le gritó:

—¡Huye, padre, huye! ¡Huyan! ¡Escóndanse! ¡Grandes calamidades vendrán sobre los hijos de Dios y de los hombres!

Era el sábado 31 de mayo de 1930.

Yago Galante regresó a la finca de Oświęcim y no dijo una sola palabra de ese encuentro.

Padre e hijo no volvieron a verse jamás.

Tercera parte
Madrid

1.

Era Ana Blanco una mujer hermosa y delicada. Su piel respondía a su apellido y su cabello rojo y abundante se veía aún más rojo y abundante cuando lo llevaba suelto porque se inflaba en una borla espesa que no le tocaba los hombros. Los dedos de sus manos eran delgados y finos como escurrimientos de miel, y aunque era ligera como la vara de las flores de ajo se podía advertir una extraña fortaleza en su gesto.

Ana Blanco era, sin embargo, una mujer complicada. Padecía desde niña espasmos que la sustraían, que la dejaban muda y viendo un punto indefinido, con los ojos abiertos y la mandíbula caída. Había que estrujarla por los hombros y obligarla a cerrar los párpados como se hace con los muertos, si es que se deseaba volverla en sí, aunque el más viejo en la casa de los Blanco había recomendado no despertarla de golpe y, por el contrario, permitirle soñar, o meditar, o cualquier cosa que hiciera mientras se quedaba suspendida. Y sólo la interrumpían cuando era muy necesario: si el espasmo le daba caminando por la calle o por el pequeño mercado de Hot Springs, o si había visitas importantes en casa, o si la sorprendía la tarde a la intemperie con un frío de los que hacen perder el oído y el tiempo.

Su belleza y aquella particularidad daban a Ana Blanco un aire de santa que no gustaba a su familia y mucho menos a los habitantes del Condado de Sierra, que en su mayoría eran blancos, mexicanos, navajos, apaches chiricahuas, mescaleros y una muy pequeña colonia de tihuas de la nación tanoana, que eran conocidos como indios pueblo y venían, tal vez, de los antiguos anasazi. Había además descendientes de españoles por aquí y por allá, que llegaron

en fechas distintas e indefinidas y conservaban, muchas décadas o siglos después, ceceos y seseos, según su origen.

El abuelo Blanco decía que Ana Blanco era "una santa nacida en el lugar equivocado, en el pueblo equivocado, en la familia equivocada, con apellido equivocado y en un año equivocado" y de inmediato acotaba: "Pero no hay en Sierra una niña más hermosa que mi Ana. El Río Grande se inclina ante ella; los manantiales se la pelean por las mañanas para templarle el agua y el valle de Santa Bárbara agradece su paso porque los campos de chile y cebolla verdean". (El abuelo Blanco recitaba historias de cuando los apaches eran libres y dominaban la región, y se negaba a abandonar el nombre de Santa Bárbara para un pueblo y su valle rebautizados unos años antes como Hatch en honor a un cazador de indios llamado Edward Hatch, soldado del ejército regular de Estados Unidos, coronel del Noveno Regimiento de Caballería y después un Comandante del Departamento de Arizona que sirvió, en la Guerra Civil, bajo las órdenes del general Ulysses S. Grant).

Y a pesar de los sueños que la secuestraban, Ana Blanco era de una salud física estable. La alcanzaban, a veces, las enfermedades de temporada y desde su vida adolescente los ciclos propios de una mujer. Comía bien y dormía las horas que le correspondían; rendía en el trabajo y daba más cuando era necesario, y casi siempre era necesario porque la vida del campo es dura.

Cuando se quejaba, el abuelo Blanco solía apaciguarla con historias de su juventud, cuando recorrían sierras y llanuras, bosques y desiertos, montañas y valles de Nuevo México, Arizona y Texas en busca de empleo en las minas.

"Bajábamos al Cañón de Hembrillo —repetía—, y en bestias recorríamos las montañas de San Andrés o el condado de Doña Ana en busca de minas de talco o de carbón. Íbamos al sur hasta Arenas Blancas, cerca de Alamogordo y en la cuenca de Tularosa. Por hambre, buscábamos las minas de carbón en Río Arriba, en Taos, en Mora, en Socorro, en San Miguel, en Valencia. Abastecíamos en Las Cruces o en El Paso y seguíamos hacia Pico de Salinas, Tres Ríos y Orogrande. Ahora se olvida que la vida era realmente difícil en otros tiempos."

Ana Blanco, sin embargo, vivía atormentada, y no por aquellos espasmos, sino porque había nacido con el don de la adivinación. Algunos decían que padecía epilepsia. Pero el abuelo Blanco no había permitido que se le diagnosticara.

A causa de ese don peculiar, Ana Blanco llevó la vida con zozobra, contando los días para que una tragedia, una gran tragedia que se le había revelado en sueños, alcanzara a los que la rodeaban.

Era Ana Blanco una mujer hermosa y delicada que sufría a causa de la gran tragedia que aguardaba en el porvenir.

2.

—Vi todo lo que quería ver y ya no quiero ver más, —decía el viejo Blanco—. Vi suficiente como para entender que la belleza de este mundo está en las cosas más simples.

—¿Y qué es eso que dices, abuelo? —preguntaba Ana Blanco.

Era un juego que seguían desde que ella era una niña y él empezaba a perder la vista.

—Que he visto lo que tenía que ver; que no hay una niña más hermosa que tú. Que el Río Grande se inclina ante ti; que los manantiales se pelean por las mañanas para templarte el agua…

—…y que el valle de Santa Bárbara agradece mi paso porque los campos de chile y cebolla verdean…

Ana Blanco se sonrojaba y el abuelo podía adivinarlo.

—Huele a chile colorado —decía él, como parte del mismo juego —. ¿Alguien hace chile colorado?

Ana Blanco había aprendido los secretos del chile de Nuevo México básicamente por él. Los cocinaba verdes en primavera y verano, y rojos a finales del otoño y en el invierno. Sabía confeccionar las ristras; o desvenar y moler a la manera tradicional. Sabía incluso preparar la pasta de chile sin tener que utilizar el colador.

Una mañana cualquiera, si estaba en el ánimo, preparaba para ambos unos huevos fritos y los bañaba con una salsa espesa que tenía un fino toque de hierbabuena. Hidrataba los chiles, los cocía en poca agua de sal y los molía con delicadeza hasta crear la pasta sin colar; luego ponía aceite en una sartén, le agregaba ajo finamente picado, una pizca de harina de trigo y después la salsa, y al apagar el fuego el sabor de Ana Blanco no tenía igual.

El abuelo le contaba que había aprendido a preparar el chile-con-carne-sin-carne en las minas de Madrid, un minúsculo pueblo entre Santa Fe y Alamogordo. Allí, en las vetas de carbón, el abuelo entregó gran parte de su vida entre mineros miserables que trabajaron para un patrón poco generoso.

Cuando los primeros españoles llegaron, se cree que en 1540, la región era habitada por apaches. Pronto dejaron esa zona montañosa porque la montaña, a veces, no da de comer. Regresaron en los primeros años de los 1800 atraídos por las vetas de carbón y fundaron Madrid con cinco, diez casas.

Cuando el tratado de 1848 traspasó esa parte de México a Estados Unidos, muchos de los habitantes apenas se enteraron. Supieron, sí, de una guerra previa; y luego comenzaron a ver la paulatina llegada de hombres muy distintos a ellos, blancos que hablaban inglés.

Los nuevos migrantes, blancos del norte de Estados Unidos, modificaron la pronunciación de Madrid por *Mad-rid*, separado la palabra en dos de tal manera que ya no se refería a la capital española y podría traducirse como "deshacerse del mal" o "deshacerse del enojo".

Mad-rid. Así se le dicen algunos hasta nuestros días, aunque se escribe junto: Madrid.

Pues fue allí, en Madrid, donde el abuelo Blanco conoció a Josh A. Kaufman, un hombre que tendría un peso importante en los acontecimientos por venir.

—Vi todo lo que quería ver y ya no quiero ver más, —decía el viejo Blanco—. Vi suficiente para saber que la belleza de este mundo está en las cosas más simples.

—¿Y qué es eso que dices, abuelo? —preguntaba Ana Blanco.

Era ése el juego que seguían desde que ella era niña y él empezaba a perder la vista.

3.

No es posible establecer con precisión cuándo fue la primera vez que el viejo Blanco conversó con Josh A. Kaufman, un renegado de las tradiciones (sobre todo los sábados) aunque no de su origen judío; un individuo que había cruzado la juventud anunciando su inminente boda, "una muy ortodoxa, con una mujer ortodoxa que entienda lo importante de cubrirse el cabello y los hombros; que respete a su esposo y no extienda la mano a cualquiera".

La vida de ambos pudo haberse cruzado en Shamokin, Pennsylvania, pero no antes de 1868 porque ese año nació, allí, Josh A. Kaufman. O posiblemente se vieron en la Universidad de Bucknell en Lewisburg, en donde intentó estudiar. O coincidieron hasta Nuevo México, cuando llegó en busca de negocios viables, para ofrecerse lo mismo como banquero que como inversionista o director de proyectos. No se sabe.

No hay detalles de ese primer encuentro porque el viejo Blanco no habló de ello y porque nunca dejó Nuevo México, o si salió fue para visitar estados colindantes: Arizona y Texas, y posiblemente Chihuahua y Sonora.

Josh A. Kaufman, en cambio, fue de lugar en lugar y cuando llegó a Nuevo México era un hombre medianamente conocido. Hay registro de su primer trabajo formal en el estado: fue en un comedor para pasajeros de tren conocido como The Harvey Eating Houses, propiedad de la empresa Santa Fe Railroad Company. Se sabe que estuvo como agregado de la oficina del fiscal general en Albuquerque y que poco después aceptó el puesto de contador en el condado de Bernalillo, y ambos empleos le dieron acceso a

innumerables políticos, a quienes tuvo la oportunidad de servir y en los que basó su crecimiento profesional en los siguientes meses.

Posteriormente, está documentado, MM. A. Grant Enterprises se lo llevó para administrar un negocio petrolero en El Paso. De allí pasó a la Automatic Telephone Co. y luego a la maderera Albuquerque Lumber Wood Company.

Para 1897, sus conexiones lo hicieron lo suficientemente fiable como para ser socio fundador del despacho legal MM, SS, Hahn & Co., aunque su apellido no quedó en la firma.

Sin embargo, en 1901, cuando tenía apenas 33 años, Josh A. Kaufman se declaró "harto de tanto rodar" y abandonó el despacho MM, SS, Hahn & Co. y fundó Las Almas Sheep Company, en una apuesta por la industria de la lana y una vida en el campo. Pero nunca produjo lana ni tuvo ovejas o terreno para su cría o herramienta alguna para la esquila. Y tampoco se estableció en el campo.

Con otro colega identificado sólo como Mr. Kaseman presentó en 1902 Las Almas Sheep Company como el fondo de inversión con el que se instaló el primer teléfono a distancia entre Albuquerque y Madrid, Nuevo México. Después, en una cena en El Paso, los dos dieron a conocer que compraban las minas Dico y Moors, que quedaron subordinadas a la empresa Arenas Blancas Coal and Mineral Company, que, a su vez, pertenecía al corporativo Las Almas Sheep Company.

Y con toda seguridad se puede establecer, porque está documentado, que Arístides Blanco y Josh A. Kaufman se encontraron en 1902 en Madrid, Nuevo México.

El primero era representante de los trabajadores ante la empresa minera. El segundo llegó como uno de los nuevos dueños.

Arístides Blanco encabezaba un comité compuesto por tres mineros más: Elfego Vacuno, quien distribuía cada mes 250 ejemplares de un periódico registrado legalmente como *La Ormiga de Plata*, pero que después del segundo ejemplar se publicó como *La Hormiga de Plata*; Gamboa Las Vegas, un indio navajo que apenas entendía el español y que jamás pudo comprender una sola palabra del inglés, y Oriundo Laredo, un amoroso, simpático,

encantador, solidario, poco inteligente y malhablado gambusino, demasiado ignorante y confiado como para estar en ese comité.

Josh A. Kaufman tenía 34 años y no se había casado; Arístides Blanco, de 49, tenía mujer e hijos, todos ellos establecidos, en ese momento, en Madrid, Nuevo México.

Ese año de 1902, Josh A. Kaufman se presentó en la mina y llamó a todos para darse a conocer.

—Aquí, en *Mad-rid*… —dijo el nuevo dueño al empezar su primer discurso, el de toma de posesión de la mina.

—¡Madrid! —corrigió Arístides Blanco de entre la bola—. ¡Se dice Madrid, no *Mad-rid*!

Los mineros y el personal administrativo soltaron una enorme carcajada y Josh A. Kaufman se sintió profundamente lastimado aunque no hablaba español y no había entendido la corrección.

—Aquí, en *Mad-rid*… —retomó.

Y cuando los presentes soltaron una segunda carcajada al aire dio dos patadas al suelo de tierra y escupió.

Se subió a su caballo. Los vio de arriba hacia abajo y partió a galope. Dejó sus documentos y el discurso sobre una pileta de agua. Tuvo que mandar por ellos después.

Ese momento sí está documentado, aunque no es posible establecer con precisión cuándo fue la primera vez que el viejo Blanco y Josh A. Kaufman se vieron, si es que se vieron antes.

Lo que se sabe es que Josh A. Kaufman no renegaba de su origen judío y sí de sus tradiciones, y a la edad de 34 no había encontrado una mujer que le llenara el ojo, "una muy ortodoxa que entienda lo importante de cubrirse el cabello y los hombros; que respete a su esposo y no extienda la mano a cualquiera".

4.

Quizá fue una granja de piojos lo que puso todo junto. Quizá fue el destino, casualidades, coincidencias o aciertos.

En los siguientes quince años, Josh A. Kaufman y Arístides Blanco apenas se vieron. El primero no regresó en todo ese tiempo a Sandía Mountain, el sistema montañoso del que estaba colgado el pueblo de Madrid. Y el otro no salió de allí, absorbido por la mina de carbón en la que antes hubo turquesas, dicen, y hasta plata.

Fueron quince años en los que ambos se vieron de lejos, como dos rivales.

Pero las cosas cambiaron a finales de 1919, cuando una epidemia postró a los trabajadores y a sus familias en Madrid, Nuevo México. La mina cerró y de inmediato las autoridades sanitarias de Estados Unidos declararon cuarentena. Dijeron que se trataba de la llamada fiebre de las Montañas Rocallosas y tendieron un cerco para tratar de contener el brote.

Josh A. Kaufman tuvo un legítimo interés por encontrar la mejor respuesta disponible en esos años para la epidemia. Y no sólo eso: se instaló, con todas las precauciones de una emergencia de salud, en el pueblo.

Estaba asustado, quizá, por haber castigado al pueblo por aquél incidente inocuo, el de su primer discurso, el de la toma de posesión de la mina. Le había negado mejores condiciones a los trabajadores aunque la huelga estallara casi todos los años. Les había recetado una moneda de una sola cara: la miseria. Y pensaba que la pobreza habría influido en el estallido de la epidemia.

Para 1920, apenas se había instalado, Josh A. Kaufman recibió una llamada a sus oficinas temporales de Madrid. Era un tal Rudolf

Stefan Weigl.

No pudieron entenderse porque uno hablaba sólo inglés y algo de yiddish y el otro alemán, francés y polaco.

Rudolf Stefan Weigl era un científico que buscaba respuestas para el tifus. Josh A. Kaufman apuntó su nombre en un papel pero no pudo ir a más.

Pero fue otro hombre el que unió a Josh A. Kaufman y a Arístides Blanco. Un hombre extraordinario: Howard Taylor Ricketts, cuya investigación de los últimos años había atraído fuertemente a los biólogos y patólogos europeos.

Norteamericano, nacido el 9 de febrero de 1871 en Findlay, Ohio, Howard Taylor Ricketts descubrió, cuando era apenas un jovencito, que una garrapata era la causante de la fiebre de las Montañas Rocallosas, una variedad de tifus que afectaba el territorio estadounidense.

Desesperado por encontrar respuestas y frustrado por la cantidad de muertos que la fiebre provocaba en distintas partes del mundo (y en particular en Estados Unidos), Howard Taylor Ricketts ponía en riesgo su propia vida.

Sus asistentes contarían, años después de su muerte, que se inyectaba el agente infeccioso para ver la evolución y experimentarla en su propio cuerpo. Y es por eso que una familia de parásitos intracelulares lleva su apellido hasta hoy: *Rickettsia*.

Howard Taylor Ricketts fue tomando más y más riesgos cada vez. Hasta que un día, como podría suponerse, fue demasiado lejos.

Había escuchado rumores de que en México iba a estallar o había estallado una guerra civil, pero eso no lo detuvo. Dejó a sus hijos y a su mujer, Myra Tubbs Ricketts, para viajar hasta la capital mexicana en busca de garrapatas, piojos y pulgas que provocaban una fiebre conocida como tabardillo, documentada desde 1570 en el primer libro de medicina publicado en la Nueva España, *Opera medicinalia*, de Francisco Bravo, así como en el posterior *Tratado breve de anothomia y chirugia* de 1579, escrito por García de Farfán, nacido Pedro y renombrado Agustín tras convertirse en monje agustino.

Howard Taylor Ricketts se instaló en México por un tiempo muy breve. Se infectó de tabardillo. No sobrevivió.

Murió en la capital el 3 mayo de 1910, antes de que cayera la dictadura de Porfirio Díaz y de que formalmente iniciara ese largo proceso que se conoce como Revolución mexicana.

A pesar del sacrificio y de los innegables avances logrados por él, la fiebre de las Montañas Rocosas —provocada por una bacteria que ahora lleva su nombre y apellido: *Rickettsia rickettsii*— siguió causando muertes tanto en Europa como en América, principalmente en las regiones más pobres.

Los ejércitos veían el tifus como una amenaza real, como otro combatiente, porque la tropa en campaña, expuesta a parásitos de manera cotidiana, era sometida a condiciones de promiscuidad y hacinamiento que facilitaban el contagio. También había temores de que fuera utilizado como estrategia de guerra. Por eso muchos esfuerzos de investigación detonaron dentro de los cuerpos médicos militares durante todo el siglo XX.

Laboratorios privados, instituciones y gobiernos aceleraron la búsqueda de la vacuna del tifus con el vector de transmisión determinado no sólo por Howard Taylor Ricketts y por el biólogo francés Charles Jules Henri Nicolle. Pero muchas vidas se perdieron en el camino.

Aquí es donde Rudolf Stefan Weigl es importante. Era un científico de origen alemán nacido el 2 de septiembre de 1883 en Přerov —entonces parte del Imperio Austrohúngaro y más adelante de la República Checa— y criado en Polonia.

Rudolf Stefan Weigl retomó el trabajo de Howard Taylor Ricketts y muchos otros investigadores y se encerró durante años a buscar una vacuna.

Cuando surgió el brote de Madrid, de inmediato se enteró. Tomó el teléfono y pidió una llamada a Nuevo México, Estados Unidos. Al pueblo en particular. Y el único aparato telefónico allí era el de la oficina de Josh A. Kaufman.

—¿Aló? —escuchó del otro lado.

Trató de explicarse, trataron de explicarse. No pudieron.

Rudolf Stefan Weigl decidió, entonces, buscar a alguien que hablara español. No inglés: español. Pensaba que esa era la lengua mayoritaria allí, en Madrid. Y estaba en lo cierto.

5.

Como Howard Taylor Ricketts, Rudolf Stefan Weigl también puso muchas veces su salud en riesgo para acelerar una posible cura. Se enfrentó a todo tipo de garrapatas, piojos y pulgas, incluyendo —años más adelante— la peor de todas esas especies: los nazis.

Especializado en parasitología, no fue difícil que en 1920 le llegaran noticias de que una variedad de tifus tenía postrado a un pueblo llamado Madrid, en Nuevo México. Le intrigó saber que era la llamada fiebre de las Montañas Rocallosas, que no tiene nada que ver con el sistema montañoso conocido como Rocallosas, que cruzan desde Alaska hasta Nuevo México. Pero era materia de estudio de Howard Taylor Ricketts y él había leído todo sobre él, hasta la saciedad.

Rudolf Stefan Weigl conocía incluso los trabajos de Howard Taylor Ricketts en México; sabía de los riesgos que asumía y le guarda respeto.

Todo, pues, lo empujó a hacer la llamada. Buscó un mapa, ubicó el pueblo, llamó a la operadora y listo.

Pero no pudo darse a entender.

Entonces hizo contacto con colegas, entre ellos varios que habían formado parte del ejército alemán, disuelto para entonces después de la derrota de la Gran Guerra.

Uno de sus amigos, un condecorado militar, le recomendó a un ciudadano germánico que había radicado en Tesalónica y que hablaba español, "como seguramente todos en Nuevo México, donde no se debe hablar más que español".

El joven intérprete se llamaba José Galante y resultó, además, especialista en comunicaciones.

Rudolf Stefan Weigl se hizo acompañar de él en una segunda llamada a Madrid, Nuevo México.

Del otro lado del teléfono, durante la llamada, estaba el representante de los trabajadores, Arístides Blanco, que en efecto hablaba español. Y junto a él, el empresario Josh A. Kaufman.

El traductor permitió que intercambiaran datos y documentación durante meses.

Sin embargo, poco pudieron hacer. Los médicos del gobierno de Estados Unidos, Josh A. Kaufman, Arístides Blanco, José Galante y Rudolf Stefan Weigl perdieron la batalla contra la fiebre de las Montañas Rocallosas en Madrid, Nuevo México. Familias fueron diezmadas. Y la mina cerró.

Pero Josh A. Kaufman, Arístides Blanco y José Galante sellaron una amistad a partir de ese episodio.

Y por cosas del destino, las casualidades, las coincidencias o los aciertos: resultó que Las Almas Sheep Company necesitaba especialistas en comunicaciones porque era su nuevo campo de expansión, y el traductor y experto en la materia aceptó una oferta.

Así fue como José Galante viajó para instalarse en Hot Springs, Nuevo México.

Las Almas Sheep Company también requería de alguien que atendiera los baños termales, parte de uno de los giros de la empresa. Arístides Blanco se desplazó con su nieta, Ana Blanco, al mismo pueblo.

Así conoció José Galante a Ana Blanco en Hot Spings, Nuevo México. Fue en el año de 1920.

6.

Rudolf Stefan Weigl no desistió de la vacuna contra el tifus. Instaló un laboratorio permanente en Polonia financiado por varias naciones. Las fuerzas alemanas dieron con él durante la invasión. También sorprendieron a su equipo de científicos, casi todos de origen judío.

En octubre de 1939, cuando los nazis interrumpieron su trabajo, Rudolf Stefan Weigl estaba ya muy cerca de la vacuna gracias a un método extremo de estudio: los "comederos de piojos". Los criaba en ambientes controlados; luego metía una colonia en pequeños contenedores de madera del tamaño de una caja de cerillos que estaban atados a un cinturón.

Una cara de los contenedores tenía orificios minúsculos por los que sólo podía salir la cabeza del piojo. Se colocaba el cinturón a una pierna y listo: los piojos podían alimentarse de él durante doce días.

Los piojos no transmiten la bacteria a través del piquete sino mediante las heces fecales. Ese es descubrimiento de Rudolf Stefan Weigl. Por eso era importante mantener control de la colonia dentro de la caja: se alimentaba de un ser vivo sin contaminar con excremento.

El ejército alemán sabía de la importancia de la investigación pero tenía una objeción: los científicos judíos. Rudolf Stefan Weigl, de origen germánico, les dijo que los exponía al contagio del tifus; que eran simples "animales para experimentación científica". Intentaba salvar a su equipo de las bestias.

El científico ocultó a los nazis que en 1936, tres años antes de la invasión de Polonia, había experimentado por primera vez con una

vacuna que resultó positiva. Todos allí estaban vacunados de tiempo atrás.

Rudolf Stefan Weigl tuvo otras osadías durante la guerra. Convenció a los nazis de que lo dejaran "experimentar con humanos" en los guetos de Polonia, por ejemplo. Lo que en realidad hizo fue vacunar a cientos de judíos que vivían en condiciones óptimas para adquirir el tifus.

Josh A. Kaufman, Arístides Blanco y José Galante le perdieron la pista a Rudolf Stefan Weigl. Murió el 11 de agosto de 1957, siete años después de que el pueblo de Hot Springs, Nuevo México, cambiara su nombre.

En 1950, el famosísimo locutor de radio Ralph Edwards lanzó una convocatoria nacional en Estados Unidos; una convocatoria que era casi una broma: ofreció compensar ampliamente a la primera ciudad que se cambiara el nombre por el de su programa, Verdad o Consecuencias (*Truth or Consequences*).

Hot Springs lo hizo: deseosos de la publicidad que significaba tal arrojo, los ciudadanos votaron a favor de abandonar su nombre y se bautizaron habitantes de Truth or Consequences, Nuevo México.

Durante los siguientes años, Ralph Edwards transmitió su programa en vivo desde el pueblo, una semana completa cada vez.

Truth or Consequences, antes llamado Hot Springs, nunca tuvo más de 7 000 habitantes. Nunca. Hasta nuestros días.

7.

Arístides Blanco estaba encantado con las noticias sobre cristianismo que le llevó ese extraño hombre, de acento extraño y origen extraño que ahora era parte de su vida. Noticias tan viejas como dos mil años. Noticias resumidas exhaustivamente por José Galante, extraídas de las bibliotecas balcánicas o de las griegas; de sus propias búsquedas en Berlín, en Tesalónica o en Cracovia.

José Galante decía compartir la religión del viejo: era protestante. Pero como el apóstol Pedro ante aquella primera feligresía, uno era casi un erudito y el otro, el viejo, neófito.

Aquellas conversaciones estrecharon aún más la relación entre uno y otro.

—Imagínese, abuelo, a quiénes debía evangelizar Pablo. Romanos, judíos, paganos, impíos, campesinos. De todo. Y cualquiera que fuera su condición, rango, clase social u origen, era gente muy ignorante. A pesar de ser urbana. A pesar de habitar las ciudades, que fue en donde se aceptó y adoptó primero el cristianismo. La evidencia nos dice que Pablo escribía y escribía cartas a las distintas comunidades del mundo antiguo para contarles la buena nueva, para hablarles de la muerte de Jesús y su inminente regreso. Unas trece cartas le son atribuidas en el Nuevo Testamento, pero podrían ser menos o más. No se sabe bien a bien. Durante los primeros años, hubo quien escribió en nombre de Pablo y muchas cartas del mismo Pablo se perdieron. Algunas de las cartas del apóstol se perdieron y lo sabemos porque el mismo Pablo cita esas cartas en aquellas que conservamos hasta hoy en el Nuevo Testamento. Pablo escribía y escribía cartas que debían ser leías ante las comunidades. Lo dice: "Que esta comunicación se lea a los

congregados". No con esas palabras, claro. Las cartas eran dirigidas a una feligresía que no sabía leer. Y es probable que la mayoría no entendiera sino un idioma; aunque no nos queda un testimonio de que Pablo pidiera específicamente traducir sus cartas, puede inferirse. Lo que es más: algunos de los mismos apóstoles no sabían leer ni escribir. El libro de Hechos así lo refiere de dos: Pedro y Juan. Recuerde: "Entonces viendo la constancia de Pedro y de Juan, sabido que eran hombres sin letras e ignorantes, se maravillaban; y les conocían que habían estado con Jesús…".

Arístides Blanco escuchaba atento. Reflexionaba las palabras de José Galante y se hacía preguntas que no planteaba por vergüenza. No es fácil para los viejos aceptar que los más jóvenes pueden compartirles conocimiento.

—¿Dice usted que el Nuevo Testamento está incompleto?

—Podemos asumir que el Nuevo Testamento, al igual que el Antiguo, es apenas *una colección de lo disponible*. No tenemos tanta información del Antiguo como del Nuevo. Pero es fácil establecer que ambos fueron confeccionados con lo disponible.

—¿Lo disponible?

—Una colección de lo disponible, abuelo. Muchas cartas de Pablo se perdieron en los primeros años. En Primera de Corintios, él mismo menciona al menos una carta que escribió anteriormente a otras comunidades y que no está en el Nuevo Testamento. La del pueblo de Laodicea, hoy ubicado en el Imperio otomano o lo que queda del Imperio otomano, es una epístola que no está disponible. La menciona. Creo que en otra carta, una enviada a los tesalonicenses. Esa carta cita la otra, la enviada a Laodicea y a los laodicenses. Esta mención hace dos revelaciones: una es la carta inexistente, y otra es que estaba consciente de que muchos no leían y que, por lo tanto, debían escuchar de viva voz lo que se les estaba comunicando.

José Galante agregó:

—El pueblo cristiano inauguró un complejo sistema postal que alcanzó todo el mundo conocido. Nunca antes en la historia de la humanidad tantas personas se regularon a partir de un intercambio epistolar tan grande y clandestino. Debe recordar, abuelo, que la diáspora judía nos enseñó la importancia de este intercambio de

ideas a través de textos escritos, enviados y reenviados y adicionados durante siglos. Con el cristianismo la experiencia se masificó, se multiplicó: los seguidores de Cristo mandaron infinidad de cartas para informar la *buena nueva* y esas cartas se copiaron una y otra vez hasta que pudieron ser impresas, cientos y cientos de años después. Es impactante. Piense que Pablo escribía una carta, luego esa carta se leía a una comunidad que a su vez la copiaba para reenviarla a otros cristianos. Ahora imagine esto: que muchas cartas debían ser traducidas o reinterpretadas en idiomas y dialectos. También es probable que muchos detalles de las cartas se perdieran. Las traducciones son así. No sabemos cuán cercanas son las cartas que conservamos hoy, cartas que llamamos Evangelios, a lo que en su momento fue escrito por cada uno de sus autores. En ausencia de un Nuevo Testamento, las comunidades cristianas de la primera época en la nueva era de Cristo recurrían al Antiguo Testamento, es decir, a la Tanaj o Biblia Hebrea. Allí encontraban la base moral, ética, religiosa y de vida de su Mesías. Pero, ¿qué Biblia era ésa, la que los primeros cristianos consultaban y que no contenía el Nuevo Testamento porque estaba en construcción? La Septuaginta o Biblia de los Setenta. Estaba en griego. Fue traducida del hebreo y del arameo antiguo. Pero estaba en griego, es decir, debía leerse por gente que no sabía griego y, entonces, debió traducirse de manera espontánea para quienes asistían a reuniones.

—Dígame, José, ¿usted cree entonces que el Nuevo Testamento es un pastiche de la casualidad, reformado y ampliado y modificado de un original?

—Lo es y no lo es. Las versiones que tenemos del Antiguo Testamento y del Nuevo quedaron donde deben quedar. ¿Qué quiero decir con esto? Que lo que tenemos como testimonio, como herencia, responde a las mentes más agudas, a los devotos más profundos; a hombres que dedicaron su vida a ello. Y también hay casualidad. Seguramente en ambos documentos hubo manos poco santas. Pero las modificaciones permitieron que este texto sea comprensible hasta nuestros días.

El abuelo no pareció convencido y no quiso ahondar. Hicieron una pausa. Aprovechó para ir por una jarra de agua fresca. Estaban en

Hot Springs.

—Imagino, José, cómo se reunían los primeros cristianos. Imagino cómo sería… —comentó Arístides Blanco como para dar pie a seguir conversando.

—Apasionante tema —dijo José Galante—. Muchas veces fue en la clandestinidad. Recuerde que los romanos, que dominaban un imperio que después se convertiría al cristianismo, tenían celos del nuevo Mesías. Por lo regular, los romanos eran tolerantes con las culturas y las religiones de sus colonias si pagaban sus impuestos a tiempo. A Jesús, sin embargo, lo calificaban como rebelde y el cristianismo por lo tanto estaba proscrito. Los cristianos realizaban sus reuniones a escondidas. Poco a poco se fueron abriendo, aunque no en todas partes. Las reuniones eran muy sencillas: se leían las cartas una y otra vez. Eso era la liturgia: leer las cartas. No había imágenes, santos, cuadros; estaba la luz de las velas y ya. Y los libros no eran considerados sagrados, aunque su contenido sí. En ese primer momento del cristianismo había un gran interés en la vida de Jesús y por eso los primeros capítulos del Nuevo Testamento son crónicas sobre la vida y obra de Jesús, hasta su muerte. Cuando pasaron los años, también la vida de los Apóstoles empezó a causar interés; sobre todo la de aquellos que conocieron al Cristo. Por eso, después de Mateo, Marco, Lucas y Juan vienen los Hechos de los Apóstoles.

José Galante se guardaba, sin embargo, datos que revelaran su origen judío. Hablaba como un cristiano y procuraba no dar acentos distintivos en la conversación.

—Déjeme regresar un momento, José. Si sigo bien la conversación, usted habla de una Biblia hecha por los jirones de la casualidad, por el azar y las contingencias del tiempo. Si creo en lo que usted dice, el Nuevo Testamento fue alterado *por necesidad*. ¿Es así?

—No quiero decirle qué pensar. Sólo quiero explicarle algo: el griego antiguo, al cual fueron traducidas muchas cartas que hoy están en el Nuevo Testamento, se escribía sin puntuación, sin mayúsculas o minúsculas, sin espacios siquiera. A eso se le llamaba

scriptio continua. Imagine usted qué fue lo que quedó de los textos originales. Imagine. No le digo más.

Arístides Blanco encontró dudas en José Galante; dudas sobre la fe que decía profesar.

Cuando se hizo el silencio entre ambos, José Galante pudo advertir el recelo del viejo. Y no sólo del cristianismo, sino de su religión madre; de aquella en la que habían creído sus padres y, antes de ellos, sus abuelos.

—La verdad es algo inasible. Por eso tenemos la fe como consuelo —dijo el mistagogo con aires de apóstata.

8.

—Ana, mi amor, tú misma eres una carta cerrada y misteriosa. Así te imagino. Cada uno de los poros de tu piel lleva un secreto que ni siquiera yo me atrevo a indagar —dijo él.

Apenas unos días antes, Ana Blanco le había dado la noticia de que estaba embarazada.

—Será niña, José. Llamémosla Esther, como mi madre.

—Llamémosla Esther, como tu madre —respondió José Galante, y al tiempo resbaló por un túnel del tiempo. Fue a Cracovia, a su infancia. A las *yeshivot*, las escuelas talmúdicas en las que estudió. A las matracas de los niños en la fiesta de Purim. Al *Meguilá* o Libro de Esther.

—Le llamaremos Esther. Esther Galante. Y será hermosa. Dios la tendrá entre sus ojos para protegerla siempre, para no perderla de vista. Eso es lo que Él me ha prometido —dijo Ana Blanco.

José Galante le había dicho que era protestante; ella había nacido protestante.

Él era un hombre feliz.

Ana Blanco le hizo una confesión:

—Cuando te vi por primera vez supe que te había conocido en otra parte, en otras circunstancias y, no sé cómo explicarlo, incluso en otro tiempo. Tu nombre me suena a libros viejos, a países lejanos; tu cabello huele a sal y a mar, aunque no he conocido el mar todavía. No tengo que explicármelo porque es como si fuera algo que siempre supe. No puedo explicarlo y no me sorprende porque iba a llegar en algún momento. Y ese momento es ahora.

José Galante era un hombre que conocía el mundo. Pero ella siempre estuvo allí, en Nuevo México. Sucedía, sin embargo, que a

cada intercambio de palabras un velo caía de los ojos de ambos y era como si hubiera estado en cada uno de los lugares de los que él hablaba.

Ella lo atribuía al amor. Y él así también se lo explicaba.

—Los sabores de tu cocina me recuerdan muchos otros lugares que he visitado. Son sabores de lugares que no conoces —dijo él.

Ana Blanco y José Galante estaban sentados a la orilla de un camino y el sol era amable y los abrazaba. A lo lejos se extendía un valle verde, con pinos y parcelas de siembra, y se escuchaba el agua dulzona correr no lejos, quizás a tiro de piedra o detrás del árbol. Agua dulzona que corría con cierta prisa sobre lechos recién inventados, como pasa por el deshielo, arrullando flores y carrizos.

José Galante le propuso un juego que repetirían muchas veces mientras estuvieron juntos. Un juego de nombres, sabores, ciudades y países.

—Dime uno de tus platillos, luego los ingredientes y la preparación, y yo te diré en dónde más he probado algo similar, que no sea Nuevo México.

—Mmm. A ver, la ensalada picosa de zanahorias, que le gusta al abuelo. Son rodajas de zanahoria cocida; se le agrega jugo de limón, comino molido, una pizca de azúcar, poquito aceite y chile rojo molido.

—Marruecos.

—¿Marruecos?

—Marruecos.

—La sopa de ajos, quelites y papas. También favorita del abuelo. Se pone a hervir caldo de pollo; se le agregan ajos picados, quelites y papas. Aparte se inflan huevos con crema. Se sirven juntos, con el caldo muy caliente. El huevo inflado se termina de cocer en el plato. Se le agrega, al final, rabo de cebollín y, si hay, perejil.

—Salónica.

—¿Salónica?

—Salónica.

José Galante supo que Ana Blanco no sabía en dónde estaban Tesalónica o Marruecos.

—Salónica está entre los Balcanes y Grecia —sintetizó—. Y Marruecos, arriba, mero arriba de África.

—Mmm. A ver. Pienso. Arroz con piñones. Es arroz hervido pero al horno, blanco, con apenas poquita sal. Antes de que el agua se evapore totalmente, se le agregan piñones tostados. Una tasa. Y listo.

—¡Uy, Ana! Eso se come en todos lados. Es un platillo judío tradicional. Con azafrán y laurel, se sirve en el *sabbath*.

—¿Qué es *chabat*?

—Una fiesta judía.

—¿Judía? Bueno, sigo. Las empanadas.

—Ana, las empanadas se hacen en todas partes. Hasta los ingleses las preparan.

—¿Con carne, como las mías?

—De donde yo vengo las llamamos *impanadas*. Y llevan pescado, o carne.

—¿De dónde vienes, José?

—De aquí y de allá, Ana.

José Galante le llevaba veinte años, aproximadamente. Era culto y muy hábil. Le había guardado secretos sin necesidad de generar sospechas.

Interrumpieron el juego y se fueron a casa, a la cama.

Y un poco más tarde, ese mismo día, él le dijo:

—Tu cocina es judía, Ana. ¿Cómo llegó a ti, cómo la conservas?

—No sé. Mi madre. No sé. Mi abuela.

—Es judía.

—¿Tú eres judío? —preguntó ella. Realmente no sabía, bien a bien, qué era *ser judío*.

—Siempre seré judío, Ana. Siempre. Aunque no lo quisiera…

9.

José Galante transmitió la siguiente información:

Que el presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, tenía planeado llegar el sábado 4 de marzo de 1939 a Nuevo México con la intención de visitar las aguas termales de Hot Springs y celebrar allí sus primeros seis años en la Casa Blanca.

Que varias razones llevaban a Franklin Delano Roosevelt a esa población, aunque en apariencia la más importante fuera su delicado estado de salud. Desde 1924, todos los años asistía a las aguas termales de Warm Springs, Georgia, con el objetivo de tratar los males de polio que lo habían dejado inválido en 1921. Había escuchado, porque era un entusiasta del tema, que las de Nuevo México tenían efectos medicinales todavía más poderosos. Los informes indicaban que el mandatario tenía interés por invertir en la zona. Warm Springs, en Georgia, se transformó en una comunidad próspera a partir de que él había comprado allí una propiedad para aprovechar las aguas termales; desde 1933, esa propiedad era conocida como Little White House o la Pequeña Casa Blanca; la publicidad que se hizo entorno a sus visitas y algo de inversión gubernamental en infraestructura convirtieron una zona rural fundada en el siglo XVIII en una villa y un resort muy exitosos. Nuevo México, y en particular Warm Springs, le significaba una oportunidad bien aprovechada de inversión.

Que había información suficiente para confirmar que Franklin Delano Roosevelt asistiría a reuniones privadas relacionadas con la guerra en Europa. Los datos filtrados a la prensa sobre una "visita de salud" a Hot Springs, Nuevo México —que a su vez serviría para celebrar sus seis años en la Casa Blanca— podrían servir para

ocultar sus otras intenciones, como reunirse con un grupo de científicos y altos oficiales del Ejército de Estados Unidos con el objetivo de revisar personalmente los avances de cierta arma de grandes capacidades que estaba en etapa embrionaria en Los Álamos, en el mismo estado.

Que también tenía datos para suponer que el presidente sostendría conversaciones con personalidades de esa zona, duramente afectada por la Gran Depresión, para reforzar la segunda fase de su proyecto económico conocido como New Deal o Nuevo Trato.

Que Franklin Delano Roosevelt quería lanzar una gran cruzada de seguridad social desde Nuevo México, una entidad con pobreza extrema. Lo atraía la idea de crear una "oficina del sur", para esta fase del New Deal, que le permitiera impulsar no sólo Nuevo México, sino también Texas y Arizona, igualmente dañados por la pobreza extrema.

Que la visita del presidente de Estados Unidos estaba confirmada por una fuente muy cercana y que sólo una jugada del destino podría cancelarla.

Que él estaba listo y que su misión tenía amplias posibilidades de llevarse a cabo con éxito.

La información que José Galante transmitió fue llevada hasta territorio mexicano por escrito, en clave. De allí fue transmitida por telégrafo hasta la capital mexicana, y desde allí se emitió verbalmente hasta Grecia y de Grecia llegó a los mandos correspondientes en Europa.

10.

José Galante garabateó algo en la libreta sobre su escritorio. Eran las cinco de la mañana, en verano, y el sol calentaba la tierra.

Durante la madrugada había pensado cómo informar los últimos acontecimientos: había cambios en la agenda del presidente de Estados Unidos, y tenía sospechas de que era vigilado.

Había analizado además todas las reacciones posibles de los mandos cuando los enterara que había decidido "dormir" su puesto por su propia seguridad y la seguridad de los proyectos que tenía asignados.

Pensaba en Ana Blanco. Realmente amaba a esa mujer. Realmente amaba a su hija.

Porque alguna vez, y era una posibilidad hasta hoy, se había planteado abandonarlas; alguna vez se había preguntado hasta dónde iría con ellas. Y ese día se dio una respuesta: hasta el fin del mundo iría con ellas. Nadie puede huir de sí mismo para siempre, se dijo; ellas eran parte de él.

—*Es muss sein!* —dijo en voz alta.

Estaba en el estudio que se había construido junto a la casa en la que vivía con Ana Blanco.

Es muss sein. Tiene que ser. Un *tiene que ser* que recordaba la respuesta alegre de Ludwig van Beethoven a sus propias dudas; la respuesta que dejó, para la posteridad, en su *Cuartero de cuerdas n.*o *16* llamado, no por nada, *La difícil decisión*.

—*Es muss sein.*

Caminó por el piso de madera, apenas alumbrado; arañó las paredes sin ninguna intención. Con la palma de la mano limpió sin detalle uno de los vidrios.

Es muss sein, escribió en su propio vaho.

Pensó en su padre y se le apretó el corazón. ¿Qué será de él?, dijo. Bajó el rostro y empezó a sollozar.

En ese momento se vio caminando con él muchos años antes por la estación de ferrocarril, con un maletín pequeño y boletos de tren Katowice-Cracovia y Cracovia-Katowice.

Por la estación, los dos. De la mano.

Pensó que todo este tiempo lo había abandonado por su seguridad, y se dijo: "No lo haré nunca más. No abandonaré a alguien para salvarlo. Prefiero correr todos los riesgos que abandonar. Prefiero".

Es muss sein. Ludwig van Beethoven, un cuarteto, su padre, Hans y Franz Bauer. Recordar lo hizo feliz.

Regresó al escritorio y se sentó, y como la luz era un poco más intensa, se enteró de que no estaba solo. No pudo creerlo. Entornó los ojos y vio y sí: era observado. El viejo Blanco, inmóvil, lo veía con los ojos cerrados, con una respiración suave como la de un pájaro que ha caído del árbol y no se sabe si ha muerto; como el viento imperceptible que requiere un diente de león cuando su melena está alborotada y lista.

—Abuelo —dijo él.

El viejo Blanco estaba sentado, recto, con la barbilla un poco levantada y un bastón en ambas manos; con las piernas cerradas y las puntas de los zapatos unidas; con un suéter abotonado ligero y una camisa blanca debajo. Con sombrero puesto. Con reloj de cadena. Eran sus ropas más elegantes y, por tanto, era un día especial para él.

—Abuelo —insistió José Galante.

Tenía una enorme curiosidad por saber qué hacía allí, y un apuro desesperado por conocer desde hacía cuánto.

—José —le dijo el viejo Blanco, y respiró hondo—. ¿O quizá deba llamarlo Joseph? ¿O Franz? ¿Cómo debo llamarlo?

Se hizo una pausa corta o larga: eterna.

—José. Ése es mi nombre.

—¿Qué es lo mejor, José, usted explíqueme? ¿Enterar a mi Ana que se llama José o decirle que su verdadero nombre es Joseph?

—Usted dígame.

—No, usted dígame. Dígame todo. Dígame cuántas vidas tiene, Franz.

—No tengo *muchas vidas*, abuelo. Tengo una sola vida hecha en tramos.

Más silencio.

El abuelo Blanco se puso de pie.

—Usted tendrá que enterar a Ana o lo haré yo. Está usted obligado a sacarla de la oscuridad, porque ella no…

—…No.

José Galante se incorporó lentamente de la silla del escritorio.

Al mismo tiempo, el abuelo Blanco caminó hacia él con pasos recios y sin prisa.

Se pusieron frente a frente. El viejo abrió los ojos: dos pupilas blancas, dos lunas sin luz. José Galante lo superaba por más de veinte centímetros.

El abuelo Blanco tenía ambas manos en el bastón. José Galante escurrió las suyas a los hombros del viejo, y luego las deslizó hacia el cuello y empezó a apretar.

El abuelo tosió, pero se quedó inmóvil. Tosió otra vez, y jaló algo de aire.

José Galante apretó más, y más.

—Lobo es el hombre para el hombre, viejo —susurró—. Usted debería saberlo.

El viejo abrió la boca y mostró la lengua morada. Abrió grandes los ojos y José Galante pensó que le había regresado la vista.

Dos minutos, tres minutos, diez quizás. El cuerpo del viejo se colgó como un trapo.

Y así murió, a los 86 años de edad.

11.

El bastón cayó e instantes después, el abuelo Blanco.

Ninguno de los dos hizo ruido al desplomarse. Como la hoja que se desprende de un árbol y cae sobre las otras hojas secas del otoño; como las horas que se deslizan una tarde cualquiera de campo.

—Sólo me he deshecho del pasado —dijo José Galante, antes Franz Bauer y nacido Joseph Galante—. Hoy me he deshecho de mi pasado.

El rostro sin vida del abuelo Blanco tenía un gesto recio: el ceño fruncido, los labios apretados y los ojos abiertos eran dos charcos pardos que reflejaban un cielo sin estrellas.

—Hoy me he deshecho de mi pasado —repitió José Galante, inmóvil, con la cabeza agachada.

Cuánta razón. Más incluso de la que imaginaba.

Era el sábado 9 de septiembre de 1939.

Al otro lado del mundo, Yago Galante y Hans Bauer eran fusilados en la pared trasera de la finca de Oświęcim, en la Polonia ocupada.

Sobre sus pies nacería un complejo de exterminio nazi: el *Konzentrationslager Auschwitz*.

Una semana antes, en domingo, Reino Unido y Francia le habían declarado la guerra a Adolf Hitler. El mismo día en que murió Josh A. Kaufman, a los 71 años de edad.

El instinto llevó los ojos de José Galante a la ventana y pudo ver, a través del vidrio que había limpiado, que Ana Blanco estaba de pie con cara de espanto.

Salió sin prisa. Caminó hacia ella y se le paró enfrente.

—Vivir es una gran tragedia —le dijo.

Ana Blanco tenía la vista clavada en un punto de la ventana, con los ojos abiertos y la mandíbula caída. Él pensó que sería difícil volverla en sí; que tendría que estrujarla por los hombros y obligarla a cerrar los párpados como se hace con los muertos.

Su belleza y aquella particularidad, pensó José Galante, le daban un aire de santa.

La tomó en sus brazos y se la echó a los hombros. La cargó rumbo a la casa porque escuchó el llanto de su niña, Esther Galante, nacida apenas unos meses atrás.

—Vivir es una gran tragedia —dijo, tomando a la niña entre sus brazos—, pero no hay en Sierra una niña más hermosa que mi Esther. El Río Grande se inclina ante ella y los manantiales se la pelean por las mañanas para templarle el agua y este valle, este hermoso valle que ahora es nuestro, agradece su paso porque los campos de chile y cebolla verdean.

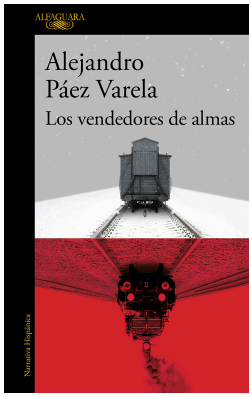
Era Esther Galante una niña hermosa y delicada. Su cabello era negro y, a pesar de su corta edad, abundante. Los dedos de sus manos eran delgados y finos como escurrimientos de esa miel lodosa de las sierras de Nuevo México. Y aunque era ligera como la vara de las flores de ajo se le podía advertir una extraña fortaleza que contrastaba con lo terso de su gesto. Cualquiera podría decir que Esther Blanco era una santa nacida en el lugar equivocado, en la ciudad equivocada, en la familia equivocada, con apellido equivocado y en un año equivocado. El abuelo Blanco era quien lo decía así, en tono de broma.

José Galante, entonces de 46 años, acomodó en la cama a Esther Galante junto a Ana Blanco.

—Suave es el viento… —dijo.

Y con los dedos cerró los ojos de Ana Blanco y la besó en los labios. Y luego se acomodó con ellas y cerró los suyos también. Se quedó dormido abrazado de su hija.

La voz suave del mediodía arrulló el sueño de los tres, y así se quedaron, acurrucados unos a los otros, hasta bien entrada la tarde. Hasta el fin del *sabbath*.



«He venido para decirte que yo ya no estoy aquí.»

Corre el año de 1666 y Salónica forma parte del vasto Imperio otomano. Una figura amenaza con provocar el mayor cisma de la diáspora judía desde Jesús: Sabbatai Zevi, a quienes muchos llaman el Mesías. Este profeta incomoda a las autoridades turcas pero aún más a los rabinos, quienes conjuran para ordenar su arresto. Inmersos en la vorágine, Ana Blanco y José Galante se ven obligados a huir de la ciudad junto con sus familias, dejando trunco su amor y sabiendo que una desgracia más grande que el destierro espera en el horizonte.

Las vidas de Yago Galante y Hans Bauer se cruzan en 1904, en Cracovia. A pesar de sus orígenes diversos, surge entre ellos una amistad casi instantánea. Hans invita a Yago a participar en su empresa: la compraventa de almas, es decir, la contratación y el desplazamiento de trabajadores por toda Europa. Los años pasan y el negocio prospera, se especializa de acuerdo con las supuestas aptitudes de los pueblos. Se levantan censos que caerán en las manos equivocadas. Poco a poco un odio ciego y terrible asoma su rostro desde el fondo de la historia.

Los vendedores de almas es una novela de ecos en el tiempo, de dobles que niegan su reflejo. Alejandro Páez Varela ha escrito el relato de la minuciosa gestación del mal, en el corazón de las personas y en el escenario de la historia. Pero también, y sobre todo, la luminosa constatación de que el amor —entre amigos, entre padres e hijos, entre amantes— permanece y nos salva.



Alejandro Páez Varela
(Ciudad Juárez, 1968), periodista y escritor, es autor de las novelas *Corazón de Kaláshnikov*, *El reino de las moscas*, *Música para perros* —que forman una trilogía— y *Oriundo Laredo*. El libro *No incluye baterías* recopila artículos y textos sueltos, y *Paracaídas* que no abre es prosa poética. Ha sido mandadero, reportero, editor, subdirector, director de medios; inició su carrera en la prensa como adolescente, siguiendo los pasos de su familia. En el género de biografía ha participado en varios libros con investigaciones sobre Roberto Hernández, Cuauhtémoc Cárdenas, Julio César Chávez, Marcelo Ebrard, Miguel Ángel Mancera, entre otros. Junto con el también periodista Álvaro Delgado tiene tres libros: *Izquierda*, *Derecha* y *La disputa por México*.


Disponible
en audiolibro



Los vendedores de almas

Edición en formato digital: junio, 2025

D. R. © 2025, Alejandro Páez Varela
Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / Mariana Vega
Imagen de portada: Composición creada con material de iStock by Getty images
Fotografía de semblanza: © Cortesía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o

préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-385-930-1

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx